

ONE CHOICE CAN DESTROY YOU



# INSURGENT

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR  
VERONICA ROTH



Como un animal salvaje, la verdad es demasiado ponderosa para permanecer  
encerrada.

—Del manifiesto de la facción Sinceridad.

## *Sinopsis*

Una decisión puede transformarte, o puede destruirte. Pero toda decisión tiene consecuencias y, mientras la sublevación se asienta en las facciones a su alrededor, Tris Pior debe seguir intentando salvar a aquellos a los que aprecia —y a sí misma— mientras lidia con demoledoras preguntas de desdicha y benevolencia, identidad y lealtad, política y amor.

El día de la iniciación de Tris debió estar lleno de celebración y victoria con la facción de su elección; en cambio, el día terminó con horrores espantosos. Ahora, la guerra está en ciernes, mientras el conflicto entre las facciones y sus ideologías crece. Y en tiempos de guerra, bandos deben ser escogidos, secretos saldrán a flote, y las decisiones se volverán más irrevocables e, incluso, más poderosas. Transformada por sus propias disposiciones pero también por la desdicha y la culpa que le agobian, descubrimientos radicales y relaciones en proceso de cambio, Tris debe abrazar por completo su Divergencia, incluso si desconoce lo que podría perder al hacerlo.

## *Capítulo Uno.*

Me despierto con su nombre en mi boca.

Will.

Antes de abrir los ojos, lo miro deformado en el pavimento otra vez. Muerto.

Mi obra.

Tobías se agacha delante de mí, su mano sobre mi hombro izquierdo. Los coches del tren golpean sobre los rieles, y Marcus, Peter, y Caleb se paran por la puerta. Tomo una respiración profunda y la mantengo en un intento de aliviar un poco de la presión que se construye en mi pecho.

Hace una hora, nada de lo que sucedió se sentía real para mí. Ahora lo hace.

Exhalo, y la presión sigue ahí.

"Tris, vamos", dice Tobías, mientras sus ojos buscan los míos. "Tenemos que saltar."

Es demasiado oscuro para ver dónde estamos, pero si estamos saliendo, es probable que estemos cerca de la valla. Tobías ayuda a levantarme y me guía hacia la puerta.

Los otros saltan de uno a uno: Peter primero, y luego Marcus, a continuación, Caleb. Tomo la mano de Tobías. El viento levanta cuando nos encontramos en el borde de la apertura de coche, como una mano que me empuja hacia atrás, hacia la seguridad.

Pero nos lanzamos en la oscuridad y aterrizamos fuertemente en el suelo. El impacto hace doler la herida de bala en mi hombro. Me muerdo los labios para no llorar, y busco a mi hermano.

"¿Estás bien?" Digo cuando lo veo sentado en la hierba a pocos metros, frotándose la rodilla.

Él asiente con la cabeza. Lo escucho esnifar como si estuviera defendiéndose de las lágrimas, y tengo que dar la vuelta.

Aterrizamos en la hierba cerca de la valla, varios metros de distancia del camino trillado por donde los camiones de Concordia viajan para entregar alimentos a la ciudad, y de la puerta que les permite salir— la puerta que en este momento está cerrada, bloqueándonos. La valla se eleva sobre nosotros, demasiado alta y flexible como para pasar por encima, demasiado resistente para pasar por abajo.

"Se supone que deberían haber guardias de Intrepidez aquí", dice Marcus. "¿Dónde están?"

"Ellos probablemente están bajo la simulación," dice Tobías, "y ahora..." Hace una pausa. "Quién sabe dónde, haciendo quién sabe qué."

Nosotros detuvimos la simulación—el peso del disco duro en mi bolsillo trasero me lo recuerda— pero no nos paramos para ver las consecuencias. ¿Qué les pasó a nuestros amigos, nuestros compañeros, nuestros líderes, nuestras facciones? No hay forma de saberlo.

Tobías se aproxima a una pequeña caja de metal en el lado derecho de la puerta y la abre, revelando un teclado.

"Esperemos que los de Sabiduría no piensen en cambiar esta combinación", dice mientras escribe una serie de números. Se detiene en el octavo, y la puerta abierta hace clic.

"¿Cómo lo supiste?", Dice Caleb. Su voz suena ronca por la emoción, tan ronca que me sorprende que no lo ahogue mientras sale.

"Yo trabajaba en la sala de control Intrepidez, monitoreando el sistema de seguridad. Sólo cambiamos los códigos dos veces al año ", dice Tobías.

"Qué suerte", dice Caleb. Él le da una mirada cautelosa Tobías.

"La suerte no tiene nada que ver con eso", dice Tobías. "Yo sólo trabajé allí porque quería asegurarme de que podía salir."

Me estremezco. La forma en que habla sobre salir, —es como si pensara que estamos atrapados. Nunca pensé de esa manera antes, y ahora parece una tontería.

Caminamos en un grupo pequeño, Peter sosteniendo su brazo ensangrentado en el pecho —el brazo al cual le disparé, y Marcus con la mano en el hombro de Peter, manteniéndolo estable. Caleb se limpia las mejillas cada pocos segundos, y sé que él está llorando, pero no sé cómo calmarlo, o por qué no estoy llorando también. En lugar de tomar la iniciativa, Tobías está en silencio a mi lado, y aunque no me toca, me estabiliza.

Unos puntos de luz son la primera señal de que nos estamos acercando a la sede de Concordia. Luego cuadrados de luz que se convierten en ventanas que brillan intensamente. Un grupo de madera y edificios de cristal. Un conjunto de edificios de madera y vidrio.

Antes de que podamos llegar a ellos, tenemos que caminar a través de un huerto. Mis pies se hunden en el suelo, y por encima de mí, las ramas se convierten en una sola, formando una especie de túnel. Fruta negra cuelga entre las hojas, a punto de caer. El

olor dulce y penetrante de las manzanas podridas se mezcla con el olor de la tierra mojada en mi nariz.

Cuando nos acercamos, Marcus deja de sostener a Peter y se va al frente. "Yo sé a dónde ir", dice.

Él nos conduce más allá del primer edificio, hacia el segundo a la izquierda. Todos los edificios, excepto los invernaderos están hechos de la misma madera oscura, sin pintar, áspera. Oigo la risa a través de una ventana abierta. El contraste entre la risa y la quietud de piedra dentro de mí es desagradable.

Marcus abre una de las puertas. Me sorprendería por la falta de seguridad si no estuviéramos en la sede de Concordia. A menudo, se encuentran a horcajadas en la línea entre la confianza y la estupidez.

En este edificio el único sonido es el de nuestras botas chirriantes. No oigo llorar Caleb, pero él estaba en silencio antes.

Marcus se detiene antes de una habitación abierta, donde Johanna Reyes, representante de la Concordia, se sienta, mirando por la ventana. La reconozco porque es difícil de olvidar la cara de Johanna, No importa si la has visto una o mil veces. Una cicatriz se extiende en una línea gruesa desde su ceja derecha hasta sus labios, dejándola ciega de un ojo y dándole un ceceo cuando habla. Sólo la he oído hablar una vez, pero lo recuerdo. Ella podría haber sido una mujer hermosa si no fuera por esa cicatriz.

"Gracias a Dios", dice cuando ve a Marcus. Ella camina hacia él con los brazos abiertos. En lugar de abrazarlo, ella sólo le toca los hombros, como si recordara la aversión de Abnegación por el contacto físico casual.

"Los otros miembros de su grupo llegaron aquí hace unas horas, pero no estaban seguros de sí lo habían logrado", dice ella. Se refiere al grupo de Abnegación que estaban con mi padre y Marcus en la casa de seguridad. Yo ni siquiera pienso preocuparme por ellos.

Ella mira por encima del hombro de Marcus, primero a Tobías y Caleb, entonces a mí, luego a Peter.

"Oh", dice ella, sus ojos demorándose en la sangre que empapaba la camisa de Peter. "Voy a llamar a un médico. Te puedo conceder todos los permisos para pasar la noche, pero mañana, nuestra comunidad debe decidir juntos. "Y —sus ojos en Tobías y yo— es probable que no se entusiasmen con una presencia de Intrepidez en nuestro recinto. Yo, por supuesto, le pediré que entreguen cualquier arma que pueda tener".

Me pregunto, de repente, ¿cómo sabe que yo soy Intrepidez?

Todavía estoy con una camisa gris. La camisa de mi padre.

En ese momento, su olor, que es una mezcla homogénea de jabón y sudor, flota hacia arriba, y llena mi nariz, mi cabeza se llena toda con él. Aprieto mis manos con tanta fuerza en un puño que mis uñas se me clavan en la piel. No aquí. No aquí.

Tobías pasa sus manos sobre su arma, pero cuando llego a mi espalda para sacar mi propia arma escondida, agarra mi mano, guiándola lejos de mi espalda. Luego enlaza sus dedos con los míos para encubrir lo que acaba de hacer.

Sé que es inteligente mantener una de nuestras armas. Pero habría sido un gran alivio entregarla.

"Mi nombre es Johanna Reyes", dice ella, extendiendo su mano hacia mí, y luego a Tobías. Un saludo Intrépido. Estoy impresionado por su conocimiento de las costumbres de otras facciones. Siempre se me olvida cuan considerados son los de Cordialidad hasta que lo veo por mí misma.

"Este es T" comienza Marcus, pero Tobías le interrumpe.

"Mi nombre es cuatro", dice. "Esta es Tris, Caleb, y de Peter."

Hace unos días, "Tobías" era un nombre que solo yo sabía, entre los Intrepidez, era la pieza de sí mismo que él me dio. Fuera de la sede de Intrepidez, recuerdo por qué ocultó ese nombre del mundo. Lo ata a Marcus.

"Bienvenido al complejo Concordia." Los ojos de Johanna se fijan en mi cara, y ella sonrío con malicia. "Vamos a cuidar de ti."

Y se lo permitimos. Una enfermera de Concordia me da un bálsamo —desarrollado por el erudito para acelerar la curación— para poner en mi hombro, y luego acompaña a Peter a la sala de hospital para reparar el brazo.

Johanna nos lleva a la cafetería, donde se encuentran algunos de Abnegación que se encontraban en la casa de seguridad con Caleb y mi padre. Susan está ahí, y algunos de nuestros viejos vecinos y filas de mesas de madera, tan grandes como la habitación en sí.

Nos saludan, sobre todo a Marcus, con lágrimas cohibidas y sonrisas reprimidas. Me aferro al brazo de Tobías. Me hundo bajo el peso de los miembros de la facción de mis padres, sus vidas, sus lágrimas.

Uno de Abnegación pone una taza de líquido de cocción al vapor bajo mi nariz y dice: "Bebe esto, te ayudará a dormir, como ayudó a los otros. No hay sueños".

El líquido es de color rosa-rojo, como las fresas. Agarro la taza y bebo de forma rápida. Por unos segundos, el calor del líquido me hace sentir como que estoy llena de algo de nuevo. Y cuando vacío las últimas gotas de la copa, me siento relajada. Alguien me lleva por el pasillo, a una habitación con una cama. Eso es todo.



## *Capítulo dos*

Abrí los ojos, aterrada, mis manos aferrándose a las sábanas. Pero no estoy corriendo por las calles de la ciudad o en los corredores de la sede de Intrepidez. Estoy en una cama en la sede de Concordia, y el olor del aserrín está en el aire.

Me muevo, y siento como algo excava en mi espalda. Alcanzo mi espalda, y mis dedos se envuelven alrededor de la pistola.

Por un momento veo a Will de pie delante de mí, nuestras armas entre nosotros—su mano, yo podría haber disparado su mano, ¿por qué no lo hice?, ¿por qué?—Y casi grito su nombre. Luego, se ha ido.

Me levanto de la cama y levanto el colchón con una mano, sosteniéndolo con mi rodilla. Entonces meto la pistola debajo de él y dejo que el colchón la entierre. Una vez que está fuera de mi vista y ya no presiona en mi piel, mi cabeza se siente más clara.

Ahora que la adrenalina de ayer se ha ido, y lo que sea que me hizo dormir ha desaparecido, los dolores profundos y el disparo en mi hombro son intensos. Estoy con la misma ropa que llevaba la noche anterior. La esquina de la unidad de disco duro se asoma por debajo de la almohada, donde lo empujé justo antes de que me quedara dormida. En ella están los datos de simulación que controlaba Intrepidez y el registro de lo que Sabiduría hizo. Se siente demasiado importante incluso para que me toque, pero no puedo dejarlo aquí, así que lo agarro y lo aplasto contra el aparador y la pared. Una parte de mí piensa que sería una buena idea destruirlo, pero sé que contiene el único registro de las muertes de mis padres, así que me conformo con mantenerlo oculto.

Alguien llama a mi puerta. Me siento en el borde de la cama y trato de suavizar mi pelo suelto.

"Ven", le digo.

La puerta se abre, y Tobías camina medio camino, la puerta dividiendo su cuerpo a la mitad. Lleva los mismos pantalones que ayer, pero una camiseta de color rojo oscuro en vez de negra, probablemente tomada de uno de Concordia. Es un color extraño en él, demasiado brillante, pero cuando inclina la cabeza hacia atrás —contra el marco de la puerta, veo que hace que el color azul de sus ojos aún más claros.

"Concordia se reúne en media hora." Él tuerce de sus cejas, y añade, con un toque de melodrama, "Para decidir nuestro destino."

Niego con la cabeza. "Nunca pensé que mi destino estaría en manos de un grupo de Concordia."

"Yo tampoco. Ah, te he traído algo. "El desenrosca el tapón de una botella pequeña y cuenta con un gotero lleno de líquido claro. "Medicamentos para el dolor. Tome un gotero cada seis horas. "

"Gracias". Aprieto el gotero en la parte posterior de mi garganta. La medicina sabe a limón viejo.

Se engancha el dedo pulgar en una de las presillas del cinturón y dice: "¿Cómo estás, Beatrice?" "¿Acabas de llamarme Beatrice?"

"Pensé que podría darle una oportunidad.", Sonríe. "¿No es bueno?"

"Tal vez en ocasiones especiales solamente. Días de iniciación, días de elegir... "Hago una pausa. Estaba a punto de recitar unas vacaciones más, pero Abnegación son los únicos que la celebran. Intrepidez tienen vacaciones por su cuenta, supongo, pero no sé lo que son. Y de todos modos, la idea de celebrar nada en este momento es tan ridícula que paro.

"Es un acuerdo". Su sonrisa se desvanece. "¿Cómo estás, Tris?"...

No es una pregunta extraña, después de lo que hemos pasado, pero me tensa cuando lo pregunta, me preocupa que de alguna manera él pueda ver en mi mente. No le he hablado de Will todavía. Quiero, pero no sé cómo. Sólo la idea de decir las palabras en voz alta me hace sentir tan pesada que podría romper a través de las tablas del suelo.

"Yo estoy..." Niego con la cabeza un par de veces. "Yo no sé, cuatro. Estoy despierta. Yo... ". Todavía estoy sacudiendo la cabeza. Él desliza su mano sobre mi mejilla, un dedo anclado detrás de mi oreja. Luego inclina la cabeza hacia abajo y me besa, enviando un dolor caliente a través de mi cuerpo. Yo envuelvo mis manos alrededor de su brazo, sujetándolo allí tanto tiempo como me sea posible. Cuando me toca, la sensación de hueco en mi pecho y el estómago no es tan notable.

Yo no tengo que decirle. Sólo puedo tratar de olvidar—él puede ayudarme a olvidar.

"Lo sé", dice. "Lo siento. Yo no debería haber preguntado".

Por un momento todo lo que puedo pensar es: ¿Cómo es posible que lo sepa? Pero algo en su expresión me recuerda que él sabe algo sobre la pérdida. Perdió a su madre cuando era pequeño. No recuerdo cómo murió, sólo que asistimos a su funeral.

De pronto me acuerdo de él sosteniendo las cortinas en la sala de su casa, alrededor de nueve años de edad, vestido de gris, sus ojos negros cerrados. La imagen es fugaz, y podría ser mi imaginación, no un recuerdo.

Él me libera. "Te dejaré alistar".

El baño de mujeres está a dos puertas más abajo. El suelo es de baldosas de color marrón oscuro, y cada ducha tiene paredes de madera y una cortina de plástico separándola del pasillo central. Un letrero en la pared del fondo, dice **RECUERDE: PARA AHORRAR RECURSOS, LAS DUCHAS SOLO FUNCIONAN POR CINCO MINUTOS.**

La corriente de agua está fría, así que no querría los minutos extra, incluso si pudiera tenerlos.

Me lavo rápidamente con la mano izquierda, dejando la mano derecha colgando a mi lado. El medicamento para el dolor que me dio Tobías trabajó rápido—el dolor en mi hombro ya se ha desvanecido a un latido sordo.

Cuando salgo de la ducha, una pila de ropa me espera en la cama. Contiene algo de amarillo y rojo de Concordia, y algunos gris, de Abnegación, colores que rara vez se ve al lado del otro. Si tuviera que adivinar, diría que Abnegación puso la pila a mi lado. Es algo que ellos pensarían en hacer.

Me pongo un par de pantalones rojos oscuros de mezclilla—tengo que tirar tres veces—y una camisa gris de Abnegación que es demasiado grande para mí. Las mangas llegan a mis manos, y las enrolló. Duele mover mi mano derecha, por lo que mantengo los movimientos suaves y lentos.

Alguien llama a la puerta. "¿Beatrice?" La suave voz es de Susan.

Abro la puerta para ella. Lleva una bandeja de comida, que pone en la cama. Busco en su rostro una señal de lo que ella ha perdido—su padre, un líder de Abnegación, no sobrevivió al ataque—pero sólo veo la placida determinación que es característica de mi facción vieja.

"Lo siento, que la ropa no te queda bien," dice ella. "Estoy segura de que podemos encontrar algo mejor para ti, sí Concordia les permite quedarse".

"Están bien", le digo. "Gracias".

"He oído que te dispararon ¿Necesitas mi ayuda con tu pelo? ¿O con los zapatos?".

Estoy a punto de rechazar, pero realmente necesito ayuda.

"Sí, gracias."

Me siento en un taburete frente al espejo, y ella está detrás de mí, con los ojos obedientemente puestos en la tarea a mano en vez de en su reflejo. No se levantan ni siquiera por un instante, mientras corre un peine por mi cabello. Ella no pregunta sobre mi hombro, cómo me dispararon, lo que sucedió cuando salí de la casa segura de Abnegación para detener la simulación. Tengo la sensación de que si yo fuera a reducirla gradualmente hasta su médula, sería Abnegación hasta el final.

"¿No has visto a Robert todavía?" Le digo. Su hermano, Robert, eligió Concordia cuando elegí Intrepidez, por lo que está en algún lugar de este compuesto. Me pregunto si su reunión será algo como la de Caleb y la mía.

"En pocas palabras, ayer por la noche", dice ella. "Lo dejé hacer duelo con su facción, como hice con la mía. Es agradable volver a verlo, de todas maneras. "

Oigo una finalidad en su tono que me dice que el tema está cerrado.

"Es una lástima que esto ocurrió ahora," dice Susan. "Nuestros líderes estaban a punto de hacer algo maravilloso."

"¿En serio? ¿Qué? "

"No sé". Susan se ruboriza. "Yo sabía que algo estaba pasando. No tenía la intención de ser curiosa, solo me di cuenta de cosas".

"No te culpo por ser curiosa, incluso si lo hubieras sido."

Ella asiente con la cabeza y se mantiene peinando. Me pregunto lo que los dirigentes de Abnegación—incluyendo a mi padre— estaban haciendo. Y no puedo dejar de maravillarme ante Susan suponiendo que lo sea que estaban haciendo era una maravilla. Me gustaría poder creer que la gente de nuevo.

Si es que lo he hecho.

"Intrepidez lleva el pelo hacia abajo, ¿verdad?", Dice.

"A veces", le digo. "¿Sabe usted cómo trenzar?".

Así que sus hábiles dedos transforman piezas de mi cabello en una trenza que me hace cosquillas en mi columna vertebral. Me quedo mirando duramente mi reflejo hasta que termina. Le doy las gracias por lo que ha hecho, y se va con una pequeña sonrisa, cerrando la puerta detrás de ella.

Sigo mirando, pero no me veo a mí misma. Todavía puedo sentir sus dedos rozando la parte de atrás de mi cuello, como los dedos de mi madre, la última mañana que pasé con ella. Mis ojos se llenan de lágrimas, me mezo de un lado a otro en el taburete, tratando de sacar la memoria de mi mente. Me temo que si me pongo a llorar, nunca voy a parar hasta que me marchite como una pasa.

Veo un kit de costura en el tocador. Hay dos colores de hilo, de color rojo y amarillo, y un par de tijeras.

Me siento tranquilo cuando deshago la trenza en el pelo y lo peino de nuevo. Me parto el pelo por la mitad y me aseguro que está recto y plano. Cierro las tijeras sobre el cabello por mi barbilla.

¿Cómo puedo lucir igual, cuando ella se ha ido y todo es diferente? No puedo.

Corto en una línea tan recta como puedo, con mi mandíbula como guía. La parte difícil es la parte de atrás, que no puedo ver muy bien, así que hago lo mejor que puedo a través del tacto en lugar de la vista. Mechones de pelo rubio me rodean en el suelo en un semicírculo.

Dejo la habitación sin mirar a mi reflejo de nuevo.

Cuando Tobías y Caleb vienen a buscarme más tarde, me miran como si fuera la persona a la que conocieron ayer.

"Te cortaste el pelo", dice Caleb, sus cejas altas. Aferrándose de los hechos en medio de la conmoción es muy Sabiduría de él. Su pelo se pega en el lado donde dormía, y sus ojos están inyectados en sangre.

"Sí", le digo. "Está... demasiado caliente para el cabello largo."

"Es justo".

Caminamos juntos por el pasillo. Los pisos de madera crujen bajo nuestros pies. Echo de menos la forma en que mis pasos resonaban en el recinto de Intrepidez, echo de menos el aire fresco de metro. Pero sobre todo echo de menos los temores de las últimas semanas, que resultaron ser pequeños en comparación con mis miedos ahora.

Salimos del edificio. Las presas de aire exterior a mí alrededor, como una almohada con la intención de ahogarme. Huele a verde, cuando una hoja lo hace cuando la cortas por la mitad.

"¿Saben todos que estas con el hijo de Marcus?" Dice Caleb. "La abnegación, quiero decir"

"No que yo sepa", dice Tobías, mirando a Caleb. "Y yo le agradecería que no lo mencionara."

"Yo no necesito hablar de ello. Cualquiera que tenga ojos lo puede ver por sí mismo", Caleb frunce el ceño ante él. "¿Cuántos años tienes, de todos modos?"

"Dieciocho".

"¿Y no crees que estás demasiado viejo para estar con mi pequeña hermana?"

Tobías deja escapar una breve carcajada. "Ella no es tu pequeña nada."

"Ya está bien. Ustedes dos", les digo. Una multitud de personas de amarillo caminan delante de nosotros, hacia un edificio amplio, en cuclillas, de cristal. La luz del sol se refleja en los cristales se siente como un pellizco a mis ojos.

Una multitud de personas de color amarillo camina delante de nosotros, hacia un amplio y desproporcionado edificio hecho completamente de cristal. La luz del sol que se refleja en los cristales se siente como un pellizco en mis ojos. Protejo mi cara con la mano y sigo caminando.

Las puertas del edificio están abiertas. Alrededor del borde del invernadero circular, las plantas y árboles crecen en bateas de agua o piscinas pequeñas.

Decenas de aficionados situados alrededor de la habitación sólo sirven para expulsar el aire caliente alrededor, así que ya estoy sudando. Sin embargo, eso desaparece de mi mente cuando la gente delante de mí se junta y veo el resto de la habitación.

En su centro crece un árbol enorme. Sus ramas se extienden por la mayor parte del invernadero, y las raíces burbujan desde el suelo, formando una densa red de corteza. En los espacios entre las raíces, no veo la suciedad, sino agua, y varillas de metal que sostienen las raíces en su lugar. Yo no debería estar sorprendido—Concordia pasa su vida cumpliendo hazañas de la agricultura como ésta, con la ayuda de la tecnología de Sabiduría.

Parada en un grupo de raíces está Johanna Reyes, con el pelo cayendo sobre la mitad de su cara llena de cicatrices. Yo aprendí en Historia de Facciones que Concordia no reconoce ningún líder oficial—que votan por todo, y el resultado está por lo general cerca de la unanimidad. Son como muchas partes de una sola mente, y Johanna es su portavoz.

Los de Concordia se sientan en el suelo, la mayoría con las piernas cruzadas, en los nudos y grupos que me recuerdan vagamente a las raíces de los árboles. Los de Abnegación se sientan en filas apretadas a pocos metros a mi izquierda. Mis ojos buscar en la multitud durante unos segundos antes de darme cuenta de lo que estoy buscando: mis padres.

Antes de que nos sentemos, él pone su boca cerca de mi oreja y dice: "Me gusta el pelo de esa manera."

Encuentro una pequeña sonrisa para darle, y me apoyo en él cuando me siento, mi brazo contra el suyo.

Johanna levanta sus manos y baja la cabeza. Toda la conversación en la sala cesa antes de que pueda sacar mi próximo aliento. Todo a mi alrededor —Concordia se sienta en silencio, algunos con los ojos cerrados, algunos con los labios pronunciando

palabras que no pueden oír, algunos mirando a un punto lejano. Cada segundo irrita. En el momento en que Johanna levanta la cabeza estoy cansado hasta los huesos.

"Tenemos ante nosotros una cuestión urgente", dice ella, "que es: ¿Cómo nos comportamos en este tiempo de conflicto como personas que buscan la paz?"

Cada Concordia en la sala se voltea hacia la persona junto a él o ella y empieza a hablar.

"¿Cómo podrán hacer nada?" Le digo, mientras los minutos de habla pasan.

"Ellos no se preocupan por la eficiencia", dice Tobías. "Ellos se preocupan por estar de acuerdo. Ve".

Dos mujeres en vestidos amarillos a pocos metros se levantan y se unen a un trío de hombres. Un joven se desplaza de modo que su pequeño círculo se convierte en una grande con el grupo próximo a él.

Todo alrededor de la sala, las multitudes más pequeñas crecen y se expanden, y menos y menos voces llenan la habitación, hasta que sólo quedan tres o cuatro. Sólo puedo escuchar piezas de lo que dicen: "La paz—Intrepidez—Sabiduría—Casa Segura—Participación"

"Esto es extraño", le digo.

"Creo que es hermoso", dice.

Yo le doy un vistazo.

"¿Qué?" Se ríe un poco. "Cada uno tiene un papel igual en el gobierno, cada uno de ellos se sienten igualmente responsables. Y hace que ellos se preocupen, los hace agradables. Creo que eso es hermoso. "

"Creo que es insostenible", le digo. "Claro, funciona para Concordia. ¿Pero qué sucede cuando no todo el mundo quiere a tocar banjos y cultivar? ¿Qué sucede cuando alguien hace algo terrible y hablar de ello no puede resolver el problema? "

Se encoge de hombros. "Creo que vamos a averiguar".

Eventualmente, alguien de cada uno de los grandes grupos se levanta y se acerca a Johanna, abriéndose paso con cuidado sobre las raíces del gran árbol. Espero que aborden con el resto de nosotros, pero se paran en un círculo con Johanna y los voceros de los otros y hablan en voz baja. Empiezo a tener la sensación de que nunca voy a saber lo que están diciendo.

"No van dejarnos discutir con ellos, verdad", le digo.

"Lo dudo", dice.

Estamos perdidos.

Cuando todo el mundo ha dicho su pieza, se sientan de nuevo, dejando a Johanna sola en el centro de la habitación. Ella voltea su cuerpo hacia nosotros y junta las manos delante de ella.

"Nuestra fracción ha tenido una estrecha relación con Sabiduría durante tanto tiempo que cualquiera de nosotros puede recordarlo. Nos necesitamos unos a otros para sobrevivir, y siempre hemos colaborado uno con los otros ", dice Johanna. "Pero también hemos tenido una fuerte relación con Abnegación en el pasado, y no creo que sea correcto revocar la mano de la amistad, cuando por tanto tiempo se ha extendido."

Su voz es dulce como la miel, y se mueve como la miel también, lentas y cuidadosa. Me seco el sudor de mi cabello con la palma de mi mano.

"Creemos que la única forma de preservar nuestras relaciones con las dos facciones es ser imparcial y no involucrarnos", continúa. "Su presencia aquí, aunque sea bienvenida, complica eso".

Aquí viene, creo.

"Hemos llegado a la conclusión de que vamos a establecer nuestra sede de la facción, como una Casa de Seguridad para los miembros de todas las facciones", dice ella, "Bajo un conjunto de condiciones. La primera es que no se permiten armas de ningún tipo en el compuesto. La segunda es que si surge un conflicto grave, ya sea verbal o físico, a todas las partes involucradas se les pedirá que se vayan. La tercera es que el conflicto no se puede discutir, ni siquiera en privado, dentro de los límites de este compuesto. Y el cuarto es que todo el que se queda aquí tiene que contribuir al bienestar de este entorno de trabajo. Vamos a informar de esto a Sinceridad, Sabiduría, e Intrepidez tan pronto como sea posible".

Su mirada se desplaza a Tobías y a mí, y se queda allí.

"Ustedes son bienvenidos a quedarse aquí sí y sólo si pueden cumplir con nuestras normas", dice ella. "Esa es nuestra decisión."

Pienso en la pistola que escondí debajo de mi colchón, y la tensión entre Peter y yo, y Tobías y Marcus, y mi boca se siente seca. No soy buena en evitar el conflicto.

"No vamos a ser capaces de permanecer mucho tiempo", le digo a Tobías en voz baja. Hace un momento, él seguía sonriendo levemente. Ahora, las comisuras de sus labios han desaparecido en un ceño fruncido.



"No, no lo haremos."

## Capítulo tres

Por la noche vuelvo a mi habitación y deslizo mi mano por debajo de mi colchón para asegurarme de que el arma sigue ahí. Mis dedos pasan sobre el gatillo, y mi garganta se aprieta como si estuviera teniendo una reacción alérgica. Retiro mi mano y me arrodillo en el borde de la cama, tomando tragos duros de aire hasta que la sensación disminuye.

¿Qué está mal conmigo? Niego con la cabeza. Cálmate. Y eso es lo que se siente: tirando de las diferentes partes de mí como un cordón de zapato. Me siento sofocada, pero al menos me siento fuerte. Veo un destello de movimiento en mi periferia, y miro por la ventana que da al huerto de manzanas. Johanna Reyes y Marcus Eaton pasean lado a lado, haciendo una pausa en el jardín de hierbas para arrancar hojas de menta de sus tallos.

Estoy fuera de mi habitación antes de que pueda evaluar por qué Quiero seguirlos.

Yo corro a través del edificio para no perderlos. Una vez que estoy fuera, tengo que tener más cuidado. Ando por el otro lado del invernadero y, después de ver a Johanna y Marcus desaparecer en una hilera de árboles, me arrastro hasta la siguiente fila, esperando que las ramas me oculten si uno de ellos mira hacia atrás.

"... confundido sobre si es el momento del ataque", dice Johanna. "¿Es solo que Jeanine finalmente terminó la planificación, y actuó, o hubo un incidente incitador de algún tipo?"

Veo la cara de Marcus, a través de un tronco de árbol dividido. Aprieta los labios y dice: "Mmm".

"Supongo que nunca lo sabremos." Johanna levanta la ceja bien. "¿Lo haremos?"

"No, tal vez no."

Johanna pone su mano en su brazo y se vuelve hacia él. Estoy rígida, temo porque un momento ella me vea, pero ve sólo a Marcus. Me hundo en cuclillas y me arrastro hacia uno de los árboles para que el tronco me oculte. La corteza pica mi espalda, pero no me muevo.

"Pero tú sabes", dice ella. "Sabes por qué ella atacó cuando lo hizo. No podre ser más Sinceridad, pero todavía puedo saber cuándo alguien me está mintiendo. "3

"La curiosidad es egoísta, Johanna".

Si yo fuera Johanna, lo golpearía por un comentario como ese, pero ella dice amablemente:

"Mi fracción depende de mí para aconsejarlos, y si sabes información tan crucial, es importante que yo lo sepa también para compartirlo con ellos. Estoy seguro de que puedes comprender eso, Marcus. "

"Hay una razón por la que no sabes todas las cosas que yo sé. Hace mucho tiempo, Abnegación se les confió cierta información sensible ", dice Marcus. "Jeanine nos atacó para robarla. Y si no tengo cuidado, va a destruirla, eso es todo lo que puedo decir. "

"Pero, sin duda—"

"No", Marcus le corta. "Esta información es mucho más importante de lo que te puedas imaginar. La mayoría de los líderes de esta ciudad, arriesgaron sus vidas para protegerla de Jeanine y murieron, y no lo voy a poner en peligro ahora por el bien de saciar su curiosidad egoísta".

Johanna está tranquilo durante unos segundos. Está tan oscuro ahora que apenas puedo ver mis propias manos. El aire huele a polvo y manzanas, y trato de no respirar demasiado fuerte.

"Lo siento", dice Johanna. "Debo haber hecho algo que te haga creer que no soy digna de confianza."

"La última vez que le confié esta información a un representante de la facciones, todos mis amigos fueron asesinados", responde. "No confío en nadie más."

No puedo— me inclino hacia adelante para poder ver alrededor del tronco del árbol. Tanto Marcus y Johanna están demasiado preocupados para notar el movimiento. Ellos están muy juntos, pero sin tocarse, y nunca he visto a Marcus parecer tan cansado o a Johanna tan enojada. Pero su rostro se ablanda, y ella toca el brazo de Marcus, esta vez con una suave caricia.

"Para tener paz, primero debemos tener confianza", dice Johanna. "Así que espero que cambies de opinión. Recuerda que siempre he sido tu amiga, Marcus, incluso cuando no tenías muchos para hablar de ello. "

Ella se inclina y le besa la mejilla, luego camina hasta el final de la huerta. Marcus se para por unos segundos, al parecer aturdido, y se dirige hacia el recinto.

Las revelaciones de la media hora de rumores en mi mente. Pensé que Jeanine había atacado la Abnegación para tomar el poder, pero los atacaron para robar información— la información que sólo ellos conocían.

A continuación, cuando los rumores paran, recuerdo algo más, Marcus dijo: La mayoría de los líderes de esta ciudad, arriesgaron sus vidas por ello. ¿Fue uno de los líderes de mi padre?

Tengo que saberlo. Tengo que averiguar qué podría ser lo suficientemente importante para que Abnegación renuncie a la vida— Y Sabiduría mate por ello.

Hago una pausa antes de llamar a la puerta de Tobías, y escucho lo que está pasando en el interior.

"No, no es así", dice Tobías entre risas.

"¿Qué quiere decir con, 'no es así'? Te imitaba perfectamente. "

La segunda voz pertenece a Caleb.

"No lo hiciste."

"Bueno, volver a hacerlo, entonces."

Abro la puerta justo cuando Tobías, que está sentado en el suelo con una pierna estirada, lanza un cuchillo de mantequilla a la pared opuesta. Se pega; con el mango afuera, a un gran trozo de queso que está en la parte superior de la cómoda. Caleb, de pie junto a él, mira con incredulidad, primero al queso y luego a mí.

"Dime que es una especie de prodigio Intrepidez", dice Caleb. "¿Puedes hacer esto también?"

Se ve mejor de lo que lo hacía antes—sus ojos ya no están rojos y algunas de las viejas chispas de curiosidad están en ellos, como si estuviera interesado en el mundo de nuevo. Su pelo marrón está alborotado, los botones de la camisa en los ojales equivocados. Es guapo de una manera descuidada, mi hermano, como si no tuviera idea de cómo se ve la mayor parte del tiempo.

"Con mi mano derecha, tal vez", le digo. "Pero sí, Cuatro es una especie de prodigio de Intrepidez. ¿Puedo preguntar por qué estás lanzando cuchillos en el queso? "

Los ojos de Tobías alcanzan los míos en la palabra "Cuatro". Caleb no sabe que Tobías usa su excelencia todo el tiempo en su propio alias.

"Caleb vino a hablar de algo", dice Tobías, apoyando su cabeza contra la pared mientras mira a mí. "Y acabó en lanzamiento de cuchillos de alguna manera."

"Como ocurre tan a menudo", le digo, una pequeña sonrisa avanza poco a poco su camino a través de mi cara.

Se le ve tan relajado, la cabeza hacia atrás, con el brazo colgando de su rodilla. Nos miramos el uno al otro durante unos segundos más de lo que es socialmente aceptable. Caleb se aclara la garganta.

"De todos modos, yo debería volver a mi habitación", dice Caleb, mirando de Tobías a mí y viceversa. "Estoy leyendo este libro sobre los sistemas de filtración de agua. El chico que me lo dio me miró como si estuviera loco por querer leerlo. Creo que se supone que es un manual de reparación, pero es fascinante. "Hace una pausa. "Lo siento. Probablemente pienses que estoy loco también. "

"No, en absoluto", dice Tobías con sinceridad fingida. "Tal vez debería leer el manual de reparación también, Tris. Suena como algo que te gustaría. "

"Puedo prestártelo," dice Caleb.

"Tal vez más tarde", le digo. Cuando Caleb cierra la puerta detrás de él, le doy a Tobías una mirada sucia.

"Gracias por eso", le digo. "Ahora va a hablar en mi oreja sobre la filtración del agua y cómo funciona. Aunque supongo que podría preferir eso a lo que él realmente quiere hablar conmigo. "

"¿Ah, sí? ¿Y qué es eso? "Tobías levanta sus cejas.

"¿Aquaponics?"

"Aqua-qué?"

"Es una de las formas en que crecen los alimentos aquí. No quiere saber. "

"Tienes razón, no quiero", le digo.

"¿A qué vino a hablar contigo?"

"Tú", dice.

"Creo que fue la charla del hermano mayo. 'No te metas con mi hermana' y todo eso."

Se pone de pie.

"¿Qué le dijiste?"

Él viene hacia mí.

"Le dije cómo es que estamos juntos, así es como el lanzamiento de cuchillos vino", dice, "y yo le dije que no estaba jugando."

Me siento acalorada por todas partes. Envuelve sus manos alrededor de mis caderas y me aprieta suavemente contra la puerta. Sus labios encuentran los míos. No recuerdo por qué vine aquí, en primer lugar.

Y no me importa.

Envuelvo mi brazo sano a su alrededor, tirando de él en mi contra. Mis dedos se encuentran en el borde de su camiseta, y se deslizan debajo de ella, estirándose por la parte baja de la espalda. Se siente tan fuerte.

Me besa de nuevo, esta vez con más insistencia, sus manos apretando mi cintura. Su respiración, mis respiraciones, su cuerpo, mi cuerpo, estamos tan cerca no hay ninguna diferencia.

Retrocede, sólo unos pocos centímetros. Casi no le dejo llegar tan lejos.

"Esto no es lo que viniste a hacer aquí," dice.

"No."

"¿A qué has venido entonces?"

"¿A quién le importa?"

Empujo mis dedos por su pelo, y acerco su boca a la mía de nuevo. Él no se resiste, pero después de unos segundos, murmura, "Tris", contra mi mejilla.

"Está bien, está bien." Cierro los ojos. Yo he venido aquí para algo importante: decirle la conversación que escuché.

Nos sentamos al lado del otro en la cama de Tobías, y comienzo desde el principio. Le digo que seguí Marcus y a Johanna en el huerto. Le digo la pregunta de Johanna sobre el momento del ataque de simulación, y la respuesta de Marcus, y el argumento que le siguió. Mientras lo hago, veo su expresión. No parece sorprendido o curioso. En cambio, su boca se abre paso en el pliegue amargo que se forma con cualquier mención de Marcus.

"Bueno, ¿qué te parece?" Digo una vez que termino.

"Yo creo", dice con cuidado, "que Marcus está tratando de sentirse más importante de lo que es".

Esa no era la respuesta que yo esperaba.

"Así que... ¿qué? ¿Crees que acaba de decir tonterías? "

"Creo que probablemente hay algo de información que Abnegación sabía que Jeanine quería saber, pero creo que está exagerando su importancia. Tratando de construir su propio ego haciendo que Johanna crea que tiene algo que quiere y no le dará. "

"Yo no..." Frunzo el ceño. "No creo que tengas razón. No sonaba como si estuviera mintiendo. "

"No lo conoces como yo. Él es un mentiroso excelente. "

Está en lo cierto—no conozco a Marcus, y desde luego no tan bien como él lo hace. Sin embargo, mi instinto fue creerle a Marcus, y por lo general confío en mis instintos.

"Tal vez tengas razón", le digo, "¿pero no debemos averiguar qué está pasando? Sólo para estar seguros"

"Creo que es más importante hacerle frente a la situación actual", dice Tobías. "Volver a la ciudad. Averiguar lo que está pasando allí. Encontrar una manera de tomar Sabiduría. Entonces tal vez podamos saber lo que Marcus estaba hablando, después de que todo esté resuelto. , ¿Vale? "

Asiento con la cabeza. Suena como un plan—un plan inteligente. Pero no creo que él—no creo que sea más importante para avanzar que averiguar la verdad. Cuando me enteré de que yo era Divergente... cuando me enteré que Sabiduría atacaría Abnegación... esas revelaciones lo cambiaron todo.

La verdad tiene una forma de cambiar los planes de una persona.

Pero es difícil convencer a Tobías a hacer algo que no quiere hacer, y aún más difícil de justificar mis sentimientos con ninguna evidencia, salvo mi intuición.

Así que estoy de acuerdo. Pero no cambio de opinión.

## Capítulo cuatro

"La biotecnología ha estado alrededor por un tiempo, pero no siempre ha sido muy eficaz", dice Caleb. Comienza con corteza de su tostada, del cual se comió el primera mitad, al igual que solía hacer cuando éramos pequeños.

Se sienta frente a mí en la cafetería, en la mesa más cercana a las ventanas. Tallado en la madera por la orilla de la mesa están las letras "D" y "T" unidas por un corazón, tan pequeñas que casi no las veo. Paso los dedos sobre la madera mientras Caleb habla.

"Pero los científicos de Sabiduría desarrollaron esta solución mineral altamente efectiva hace un tiempo. Era mejor para las plantas que el polvo ", dice. "Es una versión anterior de ese bálsamo que ponen en el hombro—que acelera el crecimiento de nuevas células. "

Sus ojos están salvajes con la nueva información. No todos los Sabiduría están hambrientos de poder y carentes de conciencia, al igual que su líder, Jeanine Matthews. Algunos de ellos son como Caleb: fascinados por todo, insatisfechos hasta que descubren cómo funciona.

Apoyo mi barbilla en la mano y sonrío un poco a él. Parece optimista esta mañana. Me alegro de que haya encontrado algo que lo distraiga de su dolor.

"¿Por lo tanto Sabiduría y Concordia trabajan juntos, entonces?" Le digo.

"Más cerca que Sabiduría y cualquier otra facción", dice. "¿No te acuerdas de nuestro libro de Historia de facciones? Las llaman las "facciones esenciales"—sin ellas, seríamos incapaces de sobrevivir. Algunos de los textos Sabiduría las llaman "facciones enriquecedoras." Y unas de las misiones de Sabiduría como facción era convertirse en ambas —esencial y enriquecedora. "

Eso no me sienta bien, ¿cuánto necesita nuestra sociedad de Sabiduría para funcionar? Pero ellos *son* esenciales—sin ellos, habría agricultura ineficiente, insuficiencia de tratamientos médicos, y ningún avance tecnológico.

Muerdo mi manzana.

"¿No te vas a comer la tostada?", Dice él.

"El pan tiene un sabor extraño", le digo. "Puedes tenerlo si quieres.

"Estoy asombrado por la forma en que viven aquí", dice mientras toma la tostada de mi plato. "Son completamente autosuficientes. Ellos tienen su propia fuente de energía, sus



propias bombas de agua, su propia filtración de agua, sus propias fuentes de alimento... Son independientes”.

“Independiente”, le digo, “y no se involucran. Debe ser agradable”.

Es agradable, por lo que puedo decir. Las grandes ventanas al lado de nuestra mesa dejan entrar tanta luz de sol que me siento como si estuviera sentada afuera. Grupos de Concordia se sientan en las otras mesas, sus ropas brillantes contra de su piel bronceada. En mí el amarillo se ve opaco.

“Así que creo que Concordia no era una de las facciones para la cuales tenías aptitud”, dice él, sonriendo.

“No”. El grupo de Concordia a unos pocos asientos de distancia de nosotros se echa a reír. Ni siquiera miraron en nuestra dirección desde que nos sentamos a la comer.

“Manténlo bajo, ¿de acuerdo? No es algo que quiera transmitir”.

“Lo siento”, dice, inclinándose sobre la mesa para poder hablar más bajo. “Entonces, ¿cuáles eran?”

Me siento tensa, erguida. “¿Por qué quieres saber?”

“Tris”, dice, “Soy tu hermano. Me puedes decir cualquier cosa”.

Sus ojos verdes nunca flaquean. Ha abandonado los espectáculos inútiles que llevaba como miembro de Sabiduría a favor de la camisa gris de Abnegación y su corte de pelo corto. Se ve tal como lo hacía hace unos meses, cuando vivíamos cruzando el pasillo el uno del otro, los dos considerando cambiar de facción, pero no teniendo el valor suficientemente como para decirle al otro. No confiando en él lo suficiente como para decirle es un error que no quiero cometer de nuevo.

“Abnegación, Intrepidez”, le digo, “y Sabiduría”.

“¿Tres facciones?” Levanta las cejas.

“Sí. ¿Por qué?”

“Solo que parece mucho”, dice. “Cada uno de nosotros tuvo que elegir un enfoque de investigación en la iniciación de Sabiduría, y la mía era la simulación de la prueba de aptitud, así que sé mucho acerca de la forma en que está diseñada. Es muy difícil para una persona para obtener dos resultados—el programa en realidad no lo permite. Sin embargo, para conseguir tres... ni siquiera estoy seguro de cómo eso es posible”.

“Bueno, la administradora de la simulación tuvo que alterar las pruebas”, le digo. “Ella obligó a ir a esa situación en el autobús para que pudiera descartar Sabiduría, excepto que no se descartó”.

Caleb apoyo el mentón en su puño. “Un programa anulado”, dice. “Me pregunto cómo tu administradora de la prueba sabía hacerlo. No es algo que sea enseñado”.

Fruncí el ceño. Tori era una artista del tatuaje y una voluntaria para la prueba de aptitud—¿cómo sabía cómo modificar el programa de la prueba de aptitud? Si ella era buena con las computadoras, era sólo como hobby, y dudo que un hobby de computación le permitiera a alguien jugar con una simulación de Sabiduría.

Luego algo de una de mis conversaciones con ella sale a la superficie. Mi hermano y yo somos transferidos de Sabiduría.

“Ella era Sabiduría”, le digo. “Se transfirió de facción. Tal vez así es como”.

“Tal vez”, dice, tamborileando los dedos—de izquierda a derecha—contra su mejilla. Nuestros desayunos se sientan, casi olvidados, entre nosotros. “¿Qué quiere decir esto acerca de la química de tu cerebro? ¿O de la anatomía?”

Me río un poco. “No lo sé. Lo único que sé es que siempre estoy consiente durante las simulaciones, y a veces me puedo despertar de ellas. A veces ni siquiera funcionan. Como la simulación del ataque”.

“¿Cómo te despiertas de ellas? ¿Qué haces?”

“Yo...” Trato de recordar. Siento que ha pasado mucho tiempo desde que estuve en una, aunque sólo fue hace unas pocas semanas. “Es difícil de decir, porque las simulaciones de Intrepidez se suponen que terminan cuando nos hemos calmado. Pero en una de las mías... en la que Tobías descubrió lo que era... hice algo imposible. Rompí el vidrio con sólo poner mi mano sobre él”.

La expresión de Caleb se hace lejana, como si estuviera buscando en lugares lejanos. Nada como lo que acabo de describir le ha pasado a él en la simulación de la prueba de aptitud, lo sé. Así que tal vez se pregunta cómo se sentiría, o cómo es posible. Mis mejillas se vuelven más calientes—él está analizando mi cerebro como si analizara una computadora o una máquina.

“Hey”, le digo. “Vuelve”.

“Lo siento”, dice, centrándose en mí otra vez. “Es sólo...”

“Fascinante. Sí, lo sé. Siempre te ves como si alguien te hubiera chupado la vida cuando algo te fascina”.

Él se ríe.

“¿Podemos hablar de otra cosa, entonces?” Le digo. “Puede que no haya ningún Sabiduría o traidores de Intrepidez alrededor, pero todavía se siente extraño, hablar en público así”.

“Muy bien”.

Antes de que pueda seguir, las puertas de la cafetería se abren, y un grupo de Abnegación entra. Visten la ropa de Concordia, como yo, pero también como yo, es obvio de que facción realmente son. Son silenciosos, pero no sombríos—sonríen a los Concordia mientras pasan, inclinando sus cabezas, algunos de ellos se detienen para intercambiar cumplidos.

Susan se sienta junto a Caleb con una pequeña sonrisa. Su cabello está recogido en su nudo de costumbre, pero su pelo rubio brilla como el oro. Ella y Caleb se sienten sólo un poco más cerca de lo que los amigos lo harían, a pesar de que no se tocan. Ella meneas su cabeza para saludarme.

“Lo siento”, dice ella. “¿Interrumpí?”

“No”, dice Caleb. “¿Cómo estás?”

“Estoy bien. ¿Cómo estás tú?”

Estoy a punto de abandonar el comedor en vez de participar en la cuidadosa, educada conversación Abnegación cuando Tobías entra, viéndose acalorado. Él debe haber estado trabajando en la cocina esta mañana, como parte de nuestro acuerdo con Concordia. Tengo que trabajar en la lavandería mañana.

“¿Qué pasó?” digo mientras él se sienta a mi lado.

“En su entusiasmo por la resolver conflictos, Concordia aparentemente se olvidaron que la intromisión crea más conflictos”, dice Tobías. “Si nos quedamos aquí mucho más tiempo, voy a golpear a alguien, y no va a ser lindo”.

Tanto Caleb como Susan levantan sus cejas a él. Algunos de la mesa de Concordia cerca a la nuestra deja de hablar para mirar.

“Me escucharon”, les dice Tobías. Todos miran hacia otro lado.

“Como dije”, digo, tapándome la boca para ocultar mi sonrisa, “¿qué pasó?”

“Te lo diré más tarde”.

Debe tener que ver con Marcus. A Tobías no le gusta la dudosa mirada que Abnegación le da cuando se refiere a la crueldad de Marcus, y Susan está sentada frente a él. Junto mis manos en mi regazo.

Los Abnegación se sientan en nuestra mesa, pero no junto a nosotros—con una distancia respetuosa de dos asientos, aunque la mayoría de ellos todavía asienten con la cabeza hacia nosotros. Ellos eran amigos de mi familia y vecinos y compañeros de trabajo, y antes, su presencia me habría animado a ser tranquila y modesta. Ahora me dan ganas de hablar más alto, de estar tan lejos de esa vieja identidad y del dolor que la acompaña como sea posible.

Tobías se queda completamente quieto cuando una mano se posa en mi hombro derecho, enviándome lanzas de dolor a mi brazo. Aprieto los dientes para evitar gemir.

“Ella recibió un disparo en ese hombro”, dice Tobías sin mirar al hombre detrás de mí.

“Mis disculpas”. Marcus levanta la mano y se sienta a mi izquierda. “Hola”.

“¿Qué quieres?” Le digo.

“Beatrice”, Susan dice en voz baja. “No hay necesidad de—”

“Susan, por favor”, dice Caleb en voz baja. Ella aprieta los labios en una línea y mira hacia otro lado.

Frunzo el ceño a Marcus. “Te hice una pregunta”.

“Me gustaría hablar de algo contigo”, dice Marcus. Su expresión es tranquila, pero él está enojado—la tensión en su voz lo delata. “Los otros Abnegación y yo hemos discutido y decidido que no deberíamos quedarnos aquí. Creemos que, dada la inevitabilidad de mayores conflictos en nuestra ciudad, sería egoísta que nos quedemos aquí, mientras que lo que queda de nuestra fracción se encuentra dentro del alambrado. Nos gustaría pedirte que nos escoltes”.

No me esperaba eso. ¿Por qué Marcus quiere volver a la ciudad? ¿Realmente es sólo una decisión de Abnegación, o él intenta hacer algo allí—algo que tiene que ver con toda la información que tiene Abnegación?

Lo miro durante unos segundos y luego miro a Tobías. Él se ha relajado un poco, pero

mantiene sus ojos fijos en la mesa. No sé por qué actúa de esta manera alrededor de su padre. Nadie, ni siquiera Jeanine, puede hacer a Tobías encogerse.

“¿Qué piensas? digo.

“Creo que deberíamos irnos pasado mañana”, dice Tobías.

“Está bien. Gracias”, dice Marcus. Se levanta y se sienta en el otro extremo de la mesa con el resto de Abnegación.

Me acerco más a Tobías, sin estar segura de cómo consolarlo sin empeorar las cosas. Agarro mi manzana con la mano izquierda, y agarro su mano debajo de la mesa con la derecha.

Pero no puedo mantener mis ojos lejos de Marcus. Quiero saber más sobre lo que le dijo a Johanna. Y a veces, si quieres la verdad, tienes que exigirla.

## *Capítulo cinco*

Después del desayuno, le digo a Tobías que voy a dar un paseo, pero en vez de eso sigo a Marcus. Espera que caminara hasta los dormitorios de huéspedes, pero atraviesa el campo que está detrás del comedor y entra en el edificio de filtración de agua. Dudo en el último escalón. ¿Realmente quiero hacer esto?

Camino por las escaleras y atravieso la puerta que Marcus acaba de cerrar tras de sí.

El edificio de filtración es pequeño, sólo una habitación con unas pocas máquinas de gran tamaño. Por lo que puedo decir, algunas de las máquinas toman el agua sucia del resto del recinto, algunas de ellas la purifican, otras las prueban, y las últimas bombas envían el agua limpia de vuelta al recinto. Los sistemas de tuberías están todos enterrados excepto uno, que corre por el suelo para enviar agua a la planta de energía, cerca del alambrado. La planta proporciona energía a la ciudad entera, usando una combinación de viento, agua, y energía solar.

Marcus se para cerca de las máquinas que filtran el agua. Allí, los tubos son transparentes. Puedo ver el agua marrón corriendo a través de una tubería, desapareciendo en la máquina, y emergiendo clara. Ambos vemos la purificación ocurrir, y me pregunto si está pensando lo mismo que yo: que sería bueno si la vida funcionara de esa manera, despojándonos de la suciedad y enviándonos limpios al mundo. Pero un poco de suciedad está destinado a permanecer.

Miro a la parte posterior de la cabeza de Marcus. Tengo que hacer esto ahora.

Ahora.

“Te escuché, el otro día”, deje escapar.

Marcus mueve la cabeza alrededor. “¿Qué estás haciendo, Beatrice?”

“Te seguí aquí”. Doblo mis brazos sobre mi pecho. “Te escuche hablar con Johanna sobre lo que motivó el ataque de Jeanine a Abnegación”.

“¿Intrepidez te enseñó que es correcto invadir la privacidad de otras personas, o tú misma te lo enseñaste?”

“Soy una persona naturalmente curiosa. No cambies el tema”.

La frente de Marcus se arruga, sobre todo entre las cejas, y hay profundas líneas cerca

de su boca. Parece a un hombre que ha pasado la mayor parte de su vida con el ceño fruncido. Podría haber sido guapo cuando era más joven—quizá todavía lo es, para las mujeres de su edad, como Johanna—pero todo lo que veo cuando lo miro son los ojos negro del paisaje de miedo de Tobías.

“Si me escuchaste hablando con Johanna, entonces sabes que ni siquiera le dije a ella sobre esto. Entonces, ¿qué te hace pensar que voy a compartir la información contigo?”

No tengo una respuesta en un primer momento. Pero después viene a mí.

“Mi padre”, le digo. “Mi padre está muerto”. Es la primera vez que lo digo desde que le dije a Tobías, en el tren que nos trajo, que mis padres murieron por mí. “Murieron”, era sólo un hecho para mí entonces, separado de la emoción. Pero “muerto”, se mezcla con la agitación y el burbujeo de los ruidos de esta sala, golpea como un martillo en mi pecho, y el monstruo de la pena se despierta, arañando mis ojos y garganta.

Me obligo a continuar.

“Es posible que realmente no se haya muerto por cualquiera que sea la información a la que te estas refiriendo”, le digo. “Pero quiero saber si se trataba de algo por lo que él arriesgó su vida”.

La boca de Marcus se mueve.

“Sí”, dice. “Lo fue”.

Mis ojos se llenan de lágrimas. Las parpadeo lejos.

“Bueno”, le digo, casi ahogándome, “entonces ¿qué rayos era? ¿Era algo que estaban tratando de proteger? ¿O robar? ¿O qué?”

“Era...” Marcus niega con la cabeza. “No voy a decirte eso”.

Doy un paso hacia él. “Pero lo quieres de vuelta. Y Jeanine lo tiene”.

Marcus es un buen mentiroso—o al menos, alguien que es experto en esconder secretos. Él no reacciona. Me gustaría ver como Johanna ve, como Sinceridad ve—me gustaría poder leer su expresión. Él podría estar cerca de decirme la verdad. Si solo presionó con la fuerza suficiente, tal vez él se quiebre.

“Podría ayudarte”, le digo.

Los labios superiores de Marcus se curvan. “No tienes idea de cuan ridículo suena eso”. Escupe las palabras hacia mí. “Es posible que hayas tenido éxito al apagar el ataque de la simulación, niña, pero eso fue por pura suerte, no habilidad. Me moriría de shock si te las arreglas para hacer algo útil de nuevo por un largo tiempo”.

Este es el Marcus que Tobías conoce. El que conoce bien dónde golpear para causar el mayor daño.

Mi cuerpo se estremece de rabia. “Tobías tiene razón acerca de usted”, le digo. “No eres más que una pedazo de basura soberbia y mentirosa”.

“¿Él dijo eso, lo hizo?” Marcus levanto las cejas.

“No”, le digo. “Él no te menciona lo suficiente como para decir algo así. Lo descubrí por mi cuenta”. Aprieto mis dientes. “Eres casi nada para él, sabes. Y a medida que pasa el tiempo, te conviertes en menos”.

Marcus no me responde. Él se da vuelta hacia el purificador de agua. Me quedo parada un momento en mi triunfo, el sonido del agua se combina con el latido de mi corazón en mis oídos. Después dejo el edificio, y no es hasta que estoy del otro lado del campo que me doy cuenta de que no gané. Marcus lo hizo.

Cualquiera que sea la verdad, voy a tener que conseguirla de algún otro lugar, porque no se lo voy a preguntar de nuevo.

Esa noche sueño que estoy en un campo, y me encuentro con una bandada de cuervos agrupados en el suelo. Al apartar unos pocos de ellos, me doy cuenta de que estaban encima de un hombre, picoteando sus ropas, que son grises como las de Abnegación. Sin advertencia, alzan vuelo, y me doy cuenta de que el hombre es Will.

Entonces me despierto.

Doy vuelta la cara en la almohada y liberó, en lugar de su nombre, un sollozo que arroja mi cuerpo contra el colchón. Siento al monstruo de la pena de nuevo, retorciéndose en el espacio vacío donde mi corazón y mi estómago estaban antes.

Jadeo, presionando ambas palmas de las manos en mi pecho. Ahora la cosa



monstruosa tiene sus garras alrededor de mi cuello, apretando mi vía aérea. Me giro y pongo mi cabeza entre las rodillas, respirando hasta que la sensación de la estrangulación me deja.

A pesar de que el aire es caliente, me estremezco. Me levanto de la cama y me arrastro por el pasillo hacia la habitación de Tobías. Mis piernas desnudas casi brillan en la oscuridad. Su puerta cruje cuando la abro, lo suficientemente alto como para despertarlo. Me mira por un segundo.

“C’mere”, dice, lento por el sueño. Se mueve en la cama para dejarme espacio.

Debería haber pensado en esto. Duermo con una camiseta larga que Concordia me prestó. Termina un poco más abajo de mi trasero, y no pensé en ponerme un par de pantalones cortos antes de venir aquí. Los ojos de Tobías rozaron mis piernas desnudas, haciendo que mi cara se calentara. Me acuesto, enfrentándolo.

“¿Mal sueño?”, dice.

Asiento.

“¿Qué pasó?”

Niego con la cabeza. No puedo decirle que estoy teniendo pesadillas acerca de Will, o tendría que explicarle el por qué. ¿Qué pensaría de mí, si supiese lo que hice? ¿Cómo me miraría?

Él mantiene su mano en mi mejilla, moviendo su pulgar sobre mi pómulo ociosamente.

“Estamos bien, sabes”, dice. “Tú y yo. ¿Vale?”

Mi pecho duele, y yo asiento.

“Nada más está bien”. Su susurro me hace cosquillas en la mejilla. “Pero nosotros lo estamos”.

“Tobías”, digo. Pero lo que sea que estaba por decir se pierde en mi cabeza, y presiono mi boca en la suya, porque sé que besarlo me distrae de todo.

Él me besa en respuesta. Su mano empieza en la mejilla, y luego acaricia mi costado, adecuándose a la curva de mi cintura, curvándose por encima de mi cadera, deslizándose a mi pierna desnuda, haciéndome temblar. Me presionó más cerca de él

y envuelvo la pierna a su alrededor. Mi cabeza zumba con nerviosismo, pero el resto parece saber exactamente lo que está haciendo, ya que todo pulsa al mismo ritmo, todo quiere lo mismo: escaparse de sí mismo y convertirse en una parte de él en su lugar.

Su boca se mueve contra de mía, y sus manos se deslizan por debajo del dobladillo de la camiseta, y no lo parpo, aunque sé que debería. En lugar de eso un leve suspiro se me escapa, y el calor se precipita a mis mejillas, vergüenza. O él no me escuchó o no le importa, porque presiona la palma de su mano en mi espalda, acercándose. Sus dedos se mueven lentamente por mi espalda, trazando mi espina dorsal. Mi camisa se desliza por mi cuerpo, y no la tiro hacia abajo, incluso cuando siento el aire frío en mi estómago.

Él me besa el cuello, y le agarro el hombro para sostenerme, arrugando su camisa con mi puño. Su mano llega a la parte superior de mi espalda y se dobla alrededor de mi cuello. Mi camiseta está torcida alrededor de su brazo, y nuestros besos se desesperan. Sé que mis manos tiemblan por toda la energía nerviosa dentro de mí, así que aprieto mi puño en su hombro para que no se dé cuenta.

Entonces sus dedos rozan el vendaje en mi hombro, y un dardo de dolor pasa a través de mí. No me dolió mucho, pero me hace volver a la realidad. No puedo estar con él de esa manera, si una de mis razones para querer esto es distraerme del dolor.

Me inclino hacia atrás y con cuidado tiro del dobladillo de la camiseta hacia abajo para que me cubra de nuevo. Por un segundo sólo nos quedamos ahí, nuestras respiraciones pesadas se mezclándose. No quiero llorar—ahora no es un buen momento para llorar; no, tiene que parar—pero no sacar las lágrimas de mis ojos, no importa cuántas veces parpadee.

“Lo siento”, le digo.

Él dice casi con severidad, “No te disculpes”. Remueve las lágrimas de mis mejillas.

Sé que soy como un pájaro, algo angosta y pequeña, como para tomar vuelo, construida recta y frágil. Pero cuando él me toca es como si no pudiese soportar alejar su mano, no deseo ser diferente.

“No quería ser un desastre”, le digo, mi voz quebrada. “Es solo que me siento tan...” Niego con la cabeza.

“Está mal”, dice. “No importa si tus padres están en un mejor lugar—no están aquí

contigo, y eso está mal, Tris. No debería haber sucedido. No debería haberte pasado a ti. Y cualquiera que te diga que está bien, es un mentiroso”.

Un sollozo golpea a mi cuerpo otra vez, y él envuelve sus brazos a mí alrededor con tanta fuerza que tengo dificultades para respirar, pero eso no importa. Mi digno llanto da paso a uno lleno de fealdad, mi boca abierta y mi rostro desfigurado y suena como un animal moribundo que sale de mi garganta. Si esto continúa me voy romper, y tal vez eso sería mejor, tal vez sería mejor romperme y no aguantar nada.

Él no habla por un largo tiempo, hasta que otra vez estoy en silencio.

“Duerme”, dice. “Voy a luchar contra los malos sueños si vienen por ti”.

“¿Con qué?”

“Mis propias manos, obviamente”.

Envuelvo mi brazo alrededor de su cintura y tomo una respiración profunda de su hombro. Huele a sudor, aire fresco y menta, de pomada que a veces usa para relajar sus doloridos músculos. Huele a seguridad, también, como paseos iluminados por el sol en la huerta y desayuno en silencio en el comedor. Y en el momento antes de que me quede dormida, casi me olvido de nuestra ciudad devastada por la guerra y todo el conflicto que pronto vendrá a encontrarnos, si no lo encontramos primero.

En el momento antes de quedarme dormida, le escucho susurrar, “Te amo, Tris”.

Y tal vez se lo diría en respuesta, pero estoy demasiado lejos.

## *Capítulo seis.*

Esa mañana me despierto con el zumbido de una máquina de afeitar eléctrica. Tobías está parado delante del espejo, la cabeza inclinada para que pueda ver el ángulo de su mandíbula.

Abrazo mis rodillas, cubiertas por la sábana, y lo miro.

“Buenos días”, dice. “¿Cómo dormiste?”

“Bien”. Me levanto, y mientras él inclina la cabeza hacia atrás para poder pasarse la máquina de afeitar por la barbilla, envuelvo mis brazos alrededor de él, presionando mi frente en su espalda, donde el tatuaje de Intrepidez se asoma por debajo de su camisa.

Él pone la máquina abajo y cruza sus manos sobre las mías. Ninguno de los dos rompe el silencio. Escucho su respiración, y él acaricia mis dedos ociosamente, la tarea en sus manos olvidada.

“Debería ir a prepararme”, digo después de un tiempo. Estoy reacia a marcharme, pero se supone que debo trabajar en la lavandería, y no quiero que Concordia diga que no estoy cumpliendo con mi parte del trato que nos ofreció.

“Te traeré algo para que lo uses”, dice.

Camino descalza por el pasillo unos minutos más tarde, con la camiseta con la que dormí y un par de pantalones cortos que Tobías tomo prestado de Concordia. Cuando regreso a mi habitación, Peter está de pie junto a mi cama.

El instinto me hace enderezarse y buscar en la habitación por un objeto contundente.

“Sal”, le digo tan duro como puedo. Pero es difícil hacer que mi voz no temblara. No puedo dejar de recordar la mirada en sus ojos mientras me sostenía de la garganta sobre el abismo o cuando me golpeó contra la pared en el recinto de Intrepidez.

Se da vuelta para mirarme. Últimamente cuando me mira es sin su habitual malicia— en lugar de eso sólo parece agotado, su postura encorvada, con el brazo herido en un cabestrillo. Pero no me dejo engañar.

“¿Qué estás haciendo en mi habitación?”

Él se acerca más a mí. “¿Qué estás haciendo acechando a Marcus? Te vi ayer, después del desayuno”.

Hago coincidir su mirada con la mía. “Eso no es asunto tuyo. Fuera de aquí”.

“Estoy aquí porque no sé por qué eres tú la que mantiene el disco duro”, dice. “No es como si fueras muy estable estos días”.

“¿Yo soy inestable?” Me río. “Encuentro eso un poco divertido, viniendo de ti”.

Peter aprieta los labios y no dice nada.

Entrecierro mis ojos. “¿Por qué estás tan interesado en el disco duro de todos modos?”

“No soy tonto”, dice. “Sé que contiene más que los datos de la simulación”.

“No, no eres tonto, ¿verdad?” Le digo. “Crees que si se lo entregas a Sabiduría, van a perdonar tu indiscreción y te van a permitir volver con buena gracia”.

“No quiero estar de vuelta con buena gracia”, dice, dando un paso adelante de nuevo. “Si lo hubiera hecho, no te hubiera ayudado en el recinto de Intrepidez”.

Lo golpeo con mi dedo índice en el esternón, clavando mi uña. “Me ayudaste porque no querías que te disparara de nuevo”.

“Puede que no sea un traidor de facción amante de Abnegación”. Se apodero de mi dedo. “Pero nadie puede controlarme, menos un Sabiduría”.

Tiro de mi mano hacia atrás, girando de modo que él no sea capaz de aguantar. Mis manos están sudorosas.

“No espero que entiendas”. Me limpio las manos en el borde de mi camisa mientras me muevo hacia el aparador. “Estoy segura que si hubiera sido Sinceridad y no Abnegación quien fue atacada, hubieses dejado que tu familia recibiera disparos entre los ojos sin protestar. Pero yo no soy así”.

“Cuidado con lo que dices sobre mi familia, Estirada”. Él se mueve conmigo, hacia la cómoda, pero con cuidado cambio de camino para interponerme entre él y los cajones. No voy a revelar la ubicación del disco duro sacándolo mientras él esté acá, pero no quiero dejar el camino despejado, tampoco.

Sus ojos se mueven a la cómoda detrás de mí, hacia el lado izquierdo, donde el disco duro se esconde. Frunzo el ceño, y entonces me doy cuenta de que algo no vi antes: un bulto rectangular en uno de sus bolsillos.

“Dámelo”, le digo. “Ahora”.

“No”.

“Dámelo, o te voy a matar cuando estés dormido”.

Él sonríe. “Si tan sólo pudieras ver lo ridículo que te ves cuando amenazas a las personas. Como una niña pequeña que me dice que me va a estrangular con su cuerda de saltar”.

Empiezo a ir hacia él, y él se desliza hacia atrás, hacia el pasillo.

“No me llames ‘niña pequeña’”.

“Te voy a llamar como quiera”.

Me jale a la acción, dirigiendo mi puño izquierdo a donde sé que le va a doler más: la herida de bala en el brazo. Él esquiva el golpe, pero en lugar de intentarlo de nuevo, estiro su brazo tan fuerte como me es posible y le hago una llave a un lado. Peter grita con todo sus pulmones, y mientras se está distraído por el dolor, pateo su rodilla con fuerza, y él cae al suelo.

La gente se precipita hacia el pasillo, vistiendo de gris, negro, amarillo y rojo. Peter se da vuelta hacia mí en media cuclilla, y me golpea en el estómago. Me encorvo, pero el dolor no me para—suelto algo entre un gemido y un grito, y me tiro hacia él, mi codo izquierdo hacia atrás cerca de mi boca para poder golpearlo en la cara.

Uno de los Concordia me agarra por los brazos y medio me levanta, medio me tira alejándome de Peter. La herida de mi hombro late, pero casi no lo siento a través del pulso de la adrenalina. Me tuerzo hacia él y trato de ignorar los rostros atónitos de los Concordia y Abnegación—y Tobías—a mí alrededor, una mujer se arrodilla junto a Peter, susurrando palabras en un tono suave de voz. Trato de ignorar sus quejidos de dolor y la culpa apuñalándome en el estómago. Lo odio. No me importa. Lo odio.

“¡Tris, cálmate!”, Dice Tobías.

“¡Él tiene el disco duro!” Le grito. “¡Él me lo robó! ¡Él lo tiene!”

Tobías se acerca a Peter, ignorando a la mujer que estaba agachada junto a él, y presiona el pie en la caja torácica de Peter manteniéndolo en su lugar. Luego mete la mano en el bolsillo de Peter y saca el disco duro.

Tobías le dice—en voz muy baja—“No vamos a estar en la casa segura por siempre, y esto no fue muy inteligente de tu parte”. Luego se da vuelta hacia mí y añade, “No muy inteligente de tu parte, tampoco. ¿Quieres hacer que nos echen?”

Frunzo el ceño. El hombre Concordia con su mano en mi brazo empieza a tirar de mí por el pasillo. Trato de torcer mi cuerpo fuera de su alcance.

“¿Qué crees que estás haciendo? ¡Suéltame!”

“Violaste los términos de nuestro acuerdo de paz”, dice suavemente. “Tenemos que seguir el protocolo”.

“Sólo ve”, dice Tobías. “Necesitas enfriarte”.

Busco en los rostros de la multitud que se ha reunido. Nadie discute con Tobías. Sus ojos eluden los míos. Así que les permito a los dos hombres Concordia escoltarme por el pasillo.

“Cuidado con el escalón”, dice uno de ellos. “Las tablas del piso son desiguales aquí”.

Mi cabeza late, una señal de que me estoy calmando. El hombre canoso de Concordia abre una puerta a la izquierda. Una etiqueta en la puerta dice **HABITACIÓN DE CONFLICTO**.

“¿Me están poniendo en un tiempo de descanso o algo así?” frunzo el ceño. Eso es algo que Concordia haría: ponerme en tiempo de descanso, y luego enseñarme a hacer respiraciones de limpieza o a tener pensamientos positivos.

La habitación es tan brillante que tengo que entrecerrar los ojos para ver. La pared de enfrente tiene grandes ventanales que dan a la huerta. A pesar de esto, la habitación se siente pequeña, probablemente debido a que el techo, las paredes y el piso, también está cubierto con tablas de madera.

“Por favor, siéntate”, dice el hombre más viejo, señalando hacia el taburete en el centro de la habitación. Es, como todos los demás muebles en el recinto de Concordia, está hecho de madera sin pulir, y se ve robusto, como si todavía

estuviese atado a la tierra. No me siento.

“La pelea término”, le digo. “No voy a hacerlo de nuevo. No aquí”.

“Tenemos que seguir el protocolo”, dice el hombre más joven. “Por favor siéntate, y vamos a discutir lo que pasó, y luego te dejaremos ir”.

Todas sus voces son tan suaves. No silenciosa, como Abnegación habla, siempre pisando tierra santa, y tratando de no molestar. Suave, calmante, baja—me pregunto, entonces, si eso es algo que enseñan a sus iniciados aquí. La mejor forma de hablar, moverse y sonreír, para fomentar la paz.

No quiero sentarme, pero lo hago, me siento en el borde de la silla para poder irme rápidamente, si es necesario. El hombre más joven se para delante de mí. Las maderas crujen detrás de mí. Miro por encima de mi hombro—el hombre más viejo es torpe con algo en un mostrador detrás de mí.

“¿Qué estás haciendo?”

“Estoy haciendo el té”, dice.

“No creo que el té realmente sea la solución a esto”.

“Entonces dínos”, dice el hombre más joven, llamando mi atención de nuevo a las ventanas. Él me sonríe. “¿Cuál crees que sea la solución?”

“Sacar a Peter de este recinto”.

“Me parece a mí”, dice el hombre gentilmente, “que tú fuiste la que lo atacó—de hecho, que fuiste tú la que le disparó en el brazo”.

“No tienes idea de lo que hizo para merecer esas cosas”. Mis mejillas se calientan de nuevo e imitando los latidos de mi corazón. “Él trató de matarme. Y otra persona—apunhaló a otra persona en el ojo... con un cuchillo de manteca. Él es malo. Tenía todo el derecho de—”

Siento un fuerte dolor en mi cuello. Manchas oscuras cubren al hombre delante de mí, ocultando mi vista de su rostro.

“Lo siento, querida”, dice. “Solo estamos siguiendo el protocolo”.

El hombre más viejo está sosteniendo una jeringa. Unas pocas gotas de lo que sea



que me inyectó todavía están en ella. Son de color verde brillante, el color de la hierba. Parpadeo rápidamente y desaparecen las manchas oscuras, pero el mundo todavía nada antes de mí, como si me estuviera moviendo hacia adelante y atrás en una silla mecedora.

“¿Cómo te sientes?”, Dice el hombre más joven.

“Me siento...” Enojada, estaba a punto de decir. Enojada con Peter, enojada con Concordia. Pero eso no es verdad, ¿no? Sonrío. “Me siento bien. Me siento un poco como... como si estuviera flotando. O balanceándome. ¿Cómo te sientes tú?”

“El mareo es un efecto secundario del suero. Si lo desea puedes descansar esta tarde. Y me siento bien. Gracias por preguntar”, dice. “Puedes irte ahora, si quieres”.

“¿Podes decirme dónde encontrar a Tobías?” Le digo. Cuando me imagino su cara, el afecto por él brota dentro de mí, y todo lo que quiero hacer es besarlo. “Cuatro, quiero decir. Es guapo, ¿no? Realmente no sé por qué me quiere tanto. No soy muy agradable, ¿verdad?”

“No, la mayoría del tiempo, no”, dice el hombre. “Pero creo que podrías serlo, si lo intentarás”.

“Gracias”, le digo. “Es muy lindo de tu parte decirlo”.

“Creo que lo vas a encontrar en la huerta”, dice. “Lo vi salir afuera después de la pelea”.

Me río un poco. “La pelea. Qué cosa más tonta...”

Y si parece una tontería, golpear tu puño contra el cuerpo de otra persona. Como una caricia, pero demasiado dura. Una caricia es mucho más agradable. Tal vez debería haber corrido mi mano por el brazo de Peter en su lugar. Eso se habría sentido mejor para los dos. Mis nudillos no me dolerían ahora.

Me levanto y me dirijo hacia la puerta. Tengo que apoyarme contra la pared para mantener el equilibrio, pero es resistente, por lo que no me importa. Me tropiezo por el pasillo, riéndome de mi incapacidad para mantener el equilibrio. Soy torpe de nuevo, como cuando era más joven. Mi madre solía sonreírme y decirme, “Ten cuidado de donde pones los pies, Beatrice. No quiero que te hagas daño”.

Camino afuera y el verde de los árboles parece más verde, tan potente que casi

puedo saborearlo. Tal vez pueda saborearlo, y es como la hierba que decidí masticar cuando era un niña sólo para ver cómo era. Estuve a punto de caerme por las escaleras a causa de los vaivenes y estalle en risas cuando la hierba me hizo cosquillas en los pies descalzos. Vague hacia el huerto.

“¡Cuatro!” llame. ¿Por qué estoy llamando a un número? Oh, sí. Porque ese es su nombre. Llamo de nuevo, “¡Cuatro! ¿Dónde estás?”

“¿Tris?”, dice una voz de entre los árboles a mi derecha. Casi suena como si el árbol me estuviese hablando. Me río, pero por supuesto que sólo es Tobías, agachándose bajo una rama.

Corro hacia él, y la tierra se sacude a un costado, así que casi me caigo. Su mano toca mi cintura, estabilizándome. El toque envía choques a través de mi cuerpo, y todo mi interior arde como si sus dedos me hubiesen encendido. Me tiro más cerca de él, presionando mi cuerpo contra el suyo, y levanto la cabeza para darle un beso.

“¿Qué hicieron ellos—” empieza, pero lo detengo con mis labios. Él me besa en respuesta, pero demasiado rápido, por lo que suspiro pesadamente.

“Eso fue lamentable”, le digo. “Bueno, no, no lo fue, pero...”

Me pongo en puntillas para besarlo otra vez, y él presiona con un dedo en mis labios para detenerme.

“Tris”, dice. “¿Qué te hicieron? Estás actuando como una lunática”.

“Eso no fue muy amable de tu parte”, le digo. “Me pusieron de buen humor, eso es todo. Y ahora lo que realmente quiero es darte un beso, así que si sólo te pudieras relajar—”

“No voy a besarte. Voy a averiguar lo que está pasando”, dice.

Deslizo hacia adelante mi labio inferior un segundo, pero luego sonrío cuando las piezas se unen en mi mente.

“¡Eso es por lo que me gustas!” Exclamo. “¡Porque tampoco eres muy agradable! Tiene mucho más sentido ahora”.

“Ven”, dice. “Vamos a ver a Johanna”.

“Me gustas, también”.

“Eso es alentador”, responde rotundamente. “Vamos. Oh, por el amor de Dios. Sólo te llevaré”.

Me balancea en sus brazos, un brazo debajo de mis rodillas y el otro alrededor de mi espalda. Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y le planto de un beso en la mejilla. Entonces descubro que el aire se siente bien en mis pies cuando los pateo, así que muevo los pies hacia arriba y abajo mientras él nos dirige hacia el edificio donde Johanna trabaja.

Cuando llegamos a su oficina, ella está sentada detrás de un escritorio con una pila de papel delante de ella, masticando la goma de borrar de un lápiz. Ella levanta la vista hacia nosotros, y su boca se abre ligeramente. Un poco de su oscuro cabello cubre el lado izquierdo de su cara.

“Realmente no deberías ocultar tu cicatriz”, le digo. “Te ves más linda con el pelo fuera de tu cara”.

Tobías me baja demasiado fuerte. El impacto es discordante y me duele el hombro un poco, pero me gusta el sonido que mis pies hacen cuando llegan al piso. Me río, pero ni Johanna, ni Tobías se ríen conmigo. Extraño.

“¿Qué hicieron con ella?” Tobías dice, lacónico. “¿Qué, en nombre de Dios, hicieron?”

“Yo...” Johanna me frunce el ceño. “Tienen que haberle dado demasiado. Ella es muy pequeña, es probable que no tomaran su altura y peso en cuenta”.

“¿Tienen que haberle dado demasiado de qué?”, dice él.

“Tienes una linda voz”, le digo.

“Tris”, dice, “Por favor, quédate callada”.

“El suero de la paz”, dice Johanna. “En pequeñas dosis, tiene un efecto relajante y mejora el estado de ánimo. El único efecto secundario es un ligero mareo. Lo administramos a los miembros de nuestra comunidad que tienen problemas para mantener la paz”.

Tobías resopla. “No soy un idiota. Cada miembro de tu comunidad tiene problemas para mantener la paz, porque todos son humanos. Probablemente lo ponen en el suministro de agua”.

Johanna no responde por unos segundos. Dobla las manos delante de ella.

“Claramente sabes que no es el caso, o este conflicto no habría ocurrido”, dice ella. “Pero lo que sea que estamos de acuerdo en que hacer aquí, lo hacemos juntos, como una facción. Si pudiera darle el suero a todo el mundo en esta ciudad, lo haría. Ciertamente no estarías en la situación que estas ahora si lo hiciera”.

“Oh, definitivamente”, dice él. “Drogar a toda la población es la mejor solución a nuestro problema. Gran plan”.

“El sarcasmo no es amable, Cuatro”, dice ella gentilmente. “Ahora, siento el error de haberle dado demasiado a Tris, realmente lo hago. Sin embargo, ella violó los términos de nuestro acuerdo, y me temo que ustedes podrían no ser capaces de quedarse aquí mucho tiempo más como resultado. El conflicto entre ella y el chico—Peter—no es algo que podamos olvidar”.

“No te preocupes”, dice Tobías. “Tenemos la intención de salir de acá tan pronto como nos sea humanamente posible”.

“Bueno”, dice ella con una pequeña sonrisa. “La paz entre Concordia e Intrepidez sólo puede ocurrir cuando mantenemos distancia entre nosotros”.

“Eso explica muchas cosas”.

“¿Perdón?”, Dice ella. “¿Qué estás insinuando?”

“Eso explica”, dice, apretando los dientes, “por qué, bajo el pretexto de neutralidad— ¡como si tal cosa fuera posible!—nos dejaron morir en manos de los Sabiduría”.

Johanna suspira en silencio y mira por la ventana. Más allá de ella hay un pequeño patio con enredaderas que crecen en él. Las viñas se arrastran en las esquinas de las ventanas, como si estuviesen tratando de entrar y unirse a la conversación.

“Concordia no haría algo así”, le digo. “Eso es malo”.

“Es por el bien de la paz que permanecemos al margen—”, Johanna comienza.

“Paz”. Tobías casi escupe la palabra. “Sí, estoy seguro de que será muy pacífico cuando todos estemos muertos o acurrucados en sumisión bajo la amenaza del control mental o atrapados en una simulación sin fin”.

La cara de Johanna se contorsiona y la imito, para ver de qué se siente tener la cara de esa manera. No se siente muy bien. No estoy segura de por qué lo hizo ella, para empezar.

Ella lentamente dice, “La decisión no es mía para hacerla. Si lo fuera, tal vez estaríamos teniendo una conversación diferente en estos momentos”.

“¿Estás diciendo que no estás de acuerdo con ellos?”

“Estoy diciendo”, dice, “que no es mi lugar para estar en desacuerdo con mi facción públicamente, pero es posible que lo este, en la intimidad de mi propio corazón”.

“Tris y yo nos iremos en dos días”, dice Tobías. “Espero que tu facción no cambie su decisión de hacer de este recinto una casa segura”.

“Nuestras decisiones no son desechas fácilmente. ¿Qué pasa con Peter?”

“Vas a tener que tratar con él por separado”, dice. “Porque él no viene con nosotros”.

Tobías toma mi mano, y su piel se siente bien contra la mía, aunque no es suave o blanda. Sonríó disculpándome a Johanna y su expresión se mantiene sin cambios.

“Cuatro”, dice ella. “Si a ti y a tus amigos les gustaría quedarse... al margen de nuestro suero, es posible que deseen evitar el pan”.

Tobías le da las gracias sobre su hombro mientras hacemos nuestro camino por el pasillo juntos, yo saltando cada dos pasos.

## Capítulo siete

El suero desaparece cinco horas más tarde, cuando el sol empieza a caer. Tobías me encerró en mi cuarto por el resto del día, controlándome cada hora. Esta vez cuando viene, estoy sentada en la cama, mirando a la pared.

“Gracias a Dios”, dice, presionando la frente en la puerta. “Estaba empezando a pensar que nunca se desgastaría y que tendría que dejarte aquí... para oler flores, o hacer lo que sea que quisieras hacer mientras estabas en esa cosa”.

“Voy a matarlos”, le digo. “Voy a matarlos”.

“No te molestes. Nos vamos pronto de todos modos”, dice, cerrando la puerta tras él. Él saca el disco duro de su bolsillo trasero. “Pensé que podríamos ocultar esto detrás de tu cómoda”.

“Ahí es donde estaba antes”.

“Sí, y por eso Peter no lo buscará ahí de nuevo”. Tobías corre la cómoda de la pared con una mano y mete el disco duro detrás con la otra.

“¿Por qué no pude luchar contra el suero de la paz?” Le digo. “Si mi cerebro es lo suficientemente extraño como para resistir el suero de la simulación ¿por qué no a éste?”

“No lo sé, realmente”, dice. Dejándose caer a mi lado en la cama, empujando el colchón. “Tal vez con el fin de luchar contra un suero, tienes que quererlo”.

“Bueno, obviamente yo lo quería”, le digo, frustrada, pero sin convicción. ¿Lo quería? ¿O fue agradable olvidarse de la ira, olvidarse del dolor, olvidarse de todo durante unas horas?

“A veces”, dice él, deslizando su brazo sobre mis hombros, “la gente sólo quiere ser feliz, aunque no sea real”.

Tiene razón. Incluso ahora, esta paz entre nosotros viene de no hablar de las cosas— de Will, o de mis padres, ni a mí casi disparándole en la cabeza, o de Marcus. Pero no me atrevo a molestarla con la verdad, porque estoy muy ocupada aferrándome a ella por apoyo.

“Puede que tengas razón”, le digo en voz baja.

“¿Estás concediendo?”, Dice, su boca abierta, con fingida sorpresa. “Parece que el suero hizo algo bueno después de todo...”.

Lo empujo tan duro como puedo. “Retira lo dicho. Retíralo ahora”.

“¡Bien, bien!” levanta las manos. “Es sólo que... no soy muy amable tampoco, ya sabes. Es por eso que te gusto tant—”

“¡Fuera!”, Le grito, apuntando a la puerta.

Riendo para sí mismo, Tobías me besa en la mejilla y sale del cuarto.

Esa noche, me siento muy avergonzada por lo que pasó para ir a cenar, por lo que paso el tiempo en las ramas de un árbol de manzana en el otro extremo de la huerta, recogiendo manzanas maduras. Subo tan alto como me atrevo para obtenerlas, los músculos quemando. Descubrí que quedarse sentada deja pequeños espacios para que la pena entre, por lo que me mantengo ocupada.

Estoy limpiando mi frente con el borde de mi camisa, de pie sobre una rama, cuando escucho el sonido. Es débil, en un primer momento, uniéndose al zumbido de las cigarras. Me quedo quieta para escuchar, y después de un momento, me doy cuenta de lo que es: autos.

Concordia es dueño de una docena de camiones que utilizan para transportar las mercancías, pero eso sólo lo hacen los fines de semana. La parte trasera de mi cuello hormiguea. Si no es Concordia, probablemente sea Sabiduría. Pero tengo que estar segura.

Me agarro de la rama por encima de mí con las dos manos, pero tiro de mí misma sólo con mi brazo izquierdo. Me sorprende que todavía sea capaz de hacer eso. Me paro encorvada, ramas y hojas se enredan en mi cabello. Unas pocas manzanas caen al suelo cuando cambio mi peso. Los manzanos no son muy altos; puede que no sea capaz de ver lo suficientemente lejos.

Uso las ramas cercanas para caminar, con las manos para estabilizarme, torciéndome y apoyándome en el laberinto del árbol. Me acuerdo de subir la rueda de la fortuna en el muelle, mis músculos se agitan, mis manos palpitan. Estoy herida ahora, pero más fuerte, y escalar se siente más fácil.

Las ramas se vuelven más delgadas, más débiles. Me chupo los labios y miro a la

siguiente. Tengo que subir tan alto como me sea posible, pero la rama que estoy buscando es corta y se ve flexible. Pongo mi pie en ella, probando su fuerza. Se dobla, pero se sostiene. Empiezo a levantarme a mí misma, para poner el otro pie abajo, y la rama se rompe.

Jadeo mientras caigo hacia atrás, aprovechando el tronco del árbol en el último segundo. Esto tendrá que ser lo suficientemente alto. Me paro en puntillas y espío en la dirección del sonido.

En un primer momento no veo más que un tramo de tierra de cultivo, una franja de terreno vacío, la alambrada, y los campos y los comienzos de los edificios que se encuentran más allá de ella. Pero acercándose a la puerta hay algunas motas en movimiento—plateadas, cuando la luz las atrapa. Autos con techos negros—paneles solares, que significa una sola cosa. Sabiduría.

Un soplo silba entre mis dientes. No me dejo pensar a mí misma; pongo un pie abajo, luego el otro, tan rápido que desprendo cáscaras de corteza de las ramas que caen hacia el suelo. Tan pronto como mis pies tocan la tierra, corro.

Cuento las hileras de árboles mientras las paso. Siete, ocho. Las ramas se vuelven bajas, y paso justo por debajo de ellas. Nueve, diez. Sostengo mi brazo derecho contra mi pecho mientras corro más rápido, la herida de bala en mi hombro palpita con cada paso. Once, doce.

Cuando llego a la fila trece, lanzo mi cuerpo hacia la derecha, por uno de los pasillos. Los árboles están muy juntos en la fila trece. Sus ramas crecen unas con otras, creando un laberinto de hojas, ramitas y las manzanas.

Mis pulmones pican por la falta de oxígeno, pero no estoy muy lejos del final de la huerta. El sudor corre entre mis cejas. Llego al comedor y abro las puertas, empujando a mi camino a través de un grupo de hombres Concordia, y él está ahí; Tobías se sienta en un extremo de la cafetería con Peter, Caleb y Susan. Apenas puedo ver entre las manchas en mi visión, pero Tobías me toca el hombro.

“Sabiduría”, es todo lo que consigo decir.

“¿Vienen?”, Dice.

Asiento.

“¿Tenemos tiempo para correr?”



No estoy segura de eso.

Para ahora, los Abnegación en el otro extremo de la mesa están prestando atención. Ellos se reúnen a nuestro alrededor.

“¿Por qué tenemos que correr?”, Dice Susan. “Concordia estableció este lugar como una casa segura. Ningún conflicto está permitido”.

“Concordia tendrá problemas para aplicar esa política”, dice Marcus. “¿Cómo detener el conflicto sin conflicto?”

Susan asiente.

“Pero no podemos salir”, dice Peter. “No tenemos tiempo. Nos van a ver”.

“Tris tiene un arma”, dice Tobías. “Podemos tratar de pelear nuestro camino afuera”.

Él se dirige hacia el dormitorio.

“Espera”, le digo. “Tengo una idea”. Escaneo la multitud de Abnegación. “Disfraces. Sabiduría no sabe a ciencia cierta que todavía estamos aquí. Podemos pretender ser Concordias”.

“Aquellos de nosotros que no visten como Concordia deben ir a los dormitorios, entonces”, dice Marcus. “El resto de ustedes, pongan su cabello hacia abajo, traten de imitar su comportamiento”.

Los Abnegación que se visten de color gris abandonan el comedor en manada y cruzan el patio hacia los dormitorios de huéspedes. Una vez dentro, corro a mi habitación, me pongo en mis manos y rodillas, y meto la mano debajo del colchón para sacar el arma.

La siento durante unos pocos segundos antes de que la encuentre, y cuando lo hago, mi garganta se cierra, y no puedo tragar. No quiero tocar el arma. No quiero tocarla de nuevo.

Vamos, Tris. Meto el arma en la cintura de los pantalones rojos. Es una suerte que sean tan anchos. Me doy cuenta de los viales de ungüento curativo y el medicamento para el dolor en la mesita de noche y los meto en el bolsillo, sólo en caso de que nos las arreglemos para escapar.

Entonces busco detrás de la cómoda el disco duro.

Si el Sabiduría nos atrapa—lo cual es probable—nos van revisar, y no quiero simplemente entregarles la simulación del ataque de nuevo. Pero este disco duro también contiene las imágenes de vigilancia del ataque. El registro de nuestras pérdidas. De las muertes de mis padres. Lo único que me queda. Y porque Abnegación no toma fotos, es la única documentación que tengo de cómo se veían.

Dentro de unos años, cuando mis recuerdos empiezan a desvanecerse, ¿qué tengo que me recuerden como se veían? Sus rostros van a cambiar en mi mente. Nunca los volveré a ver.

No seas estúpida. Eso no es importante.

Aprieto el disco duro con tanta fuerza que duele.

Entonces, ¿por qué se siente tan importante?

“No seas estúpida”, digo en voz alta. Aprieto los dientes y agarro la lámpara de mi mesita de noche. Tiro del enchufe de la toma, tiro la pantalla de la lámpara sobre la cama, y me agacho sobre el disco duro. Parpadeando las lágrimas en mis ojos, golpeo la base de la lámpara en él, creando una mella.

Dejo caer la lámpara de nuevo, una, otra, y otra vez, hasta que las grietas en el disco duro, se extendieron por el suelo. Entonces pateo los fragmentos debajo del aparador, puse la lámpara de vuelta, y camine por el pasillo, limpiándome los ojos con el dorso de la mano.

Unos minutos más tarde, un pequeño grupo de hombres vestidos de gris y mujeres—y Peter—de pie en el pasillo, clasificaban a través de pilas de ropa.

“Tris”, dice Caleb. “Estás usando gris todavía”.

Agarro la camisa de mi padre, y dudo.

“Era de Papá”, le digo. Si me la cambio, voy a tener que dejarlo atrás. Me muerdo el labio para que el dolor constante que me endurezca. Tengo que deshacerme de ella. Es sólo una camisa. Eso es todo lo que es.

“La voy a poner debajo de la mía”, dice Caleb. “Nunca la verán”.

Asiento y agarro una camiseta roja de la pila cada vez menor de ropa. Es lo

suficientemente grande como para ocultar la protuberancia del arma. Me meto en la habitación cercana para cambiarme, y darle la camisa a Caleb cuando llego al pasillo. Una puerta está abierta, y a través de ella veo a Tobías relleno de basura con la ropa de Abnegación.

“¿Crees que Concordia va a mentir por nosotros?” le pregunto, asomándome a la puerta abierta.

“¿Para evitar un conflicto?” Tobías asiente. “Absolutamente”.

Lleva una camisa roja con cuello y un par de pantalones vaqueros desgastados en la rodilla. La combinación parece ridícula en él.

“Linda camisa”, le digo.

Él me arruga la nariz. “Fue la única cosa que cubría el tatuaje del cuello, ¿de acuerdo?”

Sonrío nerviosamente. Me olvidé de mis tatuajes, pero la camiseta los esconde bastante bien.

Los autos de Sabiduría entran en el recinto. Hay cinco de ellos, todos plateados con techos negros. Sus motores parecen ronronear mientras las ruedas golpean sobre el terreno irregular. Me meto justo en el interior del edificio, dejando la puerta abierta detrás de mí, y Tobías se ocupa de asegurar la papelera de reciclaje.

Todos los autos paran, y las puertas se abren, revelando al menos cinco hombres y mujeres de azul Sabiduría.

Y unos quince en negro de Intrepidez.

Cuando Intrepidez se acerca, veo las tiras de tela azul, envueltas alrededor de sus brazos lo que sólo puede significar su lealtad a Sabiduría. La facción que esclavizó sus mentes.

Tobías toma mi mano y me lleva al dormitorio.

“No pensé que nuestra facción sería tan estúpida”, dice. “Tienes la pistola, ¿verdad?”

“Sí”, le digo. “Pero no hay garantías de que pueda dispararla eficazmente con la mano izquierda”.

“Tienes que trabajar en eso”, dice. Siempre un instructor.

“Lo haré”, le digo. Tiemblo un poco mientras que agrego, “Si vivimos”.

Sus manos rozan mis brazos desnudos. “Sólo rebota un poco cuando camines”, dice, besándome en la frente, “y pretende tener miedo de sus armas” –otro beso entre las cejas– “y actúa como la tímida violeta que nunca podrías ser” –un beso en la mejilla– “y te irá bien”.

“Está bien”, le digo. Mis manos tiemblan mientras lo agarra del cuello de la camisa. Pongo su boca abajo en la mía.

Suena un timbre, una, dos, tres veces. Es una llamada al comedor, donde Concordia se reúne para ocasiones menos formales que la reunión a la que asistimos. Nos unimos a la multitud de Abnegación convertida en Concordia.

Le saco pasadores del cabello a Susan—su peinado es demasiado severo para Concordia. Ella me da una pequeña sonrisa, agradecida ya que su cabello cae sobre sus hombros, es la primera vez que veo de esta manera. Suaviza su cuadrada mandíbula.

Se supone que debo ser más valiente que Abnegación, pero no parecen tan preocupados como yo lo estoy. Se ofrecen sonrisas unos a los otros y caminan en silencio—en demasiado silencio. Me muevo entre ellos y un toco a una de las mujeres mayores en el hombro.

“Dile a los niños que jueguen a la mancha”, le digo.

“¿La mancha?”, Dice.

“Están actuando respetuosos y Estirados...”, le digo, encogiéndome mientras digo la palabra que era mi apodo en Intrepidez. “Y los niños Concordia estarían causando un alboroto. Sólo hazlo, ¿de acuerdo?”

La mujer toca a un niño de Abnegación en el hombro y le susurra algo, y unos segundos más tarde un pequeño grupo de niños corren por el pasillo, esquivando los pies de los Concordia y gritando, “¡Te toque! ¡Vos la traes!” “ ¡No, esa era mi manga!”

Caleb lo entiendo, golpeando suavemente a Susan en las costillas para que ella grite de risa. Trato de relajarme, poniendo un rebote en mi paso como Tobías sugirió,

dejando que mis brazos se balancearan mientras giraba en las esquinas. Es increíble como pretende ser de una facción diferente lo cambia todo—incluso la forma en que camino. Debe ser por eso que es tan extraño que yo fácilmente podría pertenecer a tres de ellas.

Alcanzamos a Concordia que está frente a nosotros mientras cruzamos el patio para llegar al comedor y nos dispersamos entre ellos. Mantengo a Tobías en mi visión periférica, sin querer alejarme demasiado de él. Los Concordia no hacen preguntas; sino que simplemente nos dejan mezclarnos en su facción.

Un par de traidores Intrepidez se paran en la puerta del comedor, con sus armas en mano, y yo me pongo tiesa. Se siente real para mí, de pronto, que estoy desarmada y siendo conducida a un edificio rodeado de Sabiduría e Intrepidez, y si me descubren, no habrá a donde huir. Ellos me dispararan en el acto.

Considero la posibilidad de huir. Pero, ¿a dónde iría para que no puedan agarrarme? Trato de respirar normalmente. Estoy casi más allá de ellos—*no mires, no mires*. Unos pocos pasos lejos—*ojos lejos, lejos*.

Susan cruza su brazo con el mío.

“Te estoy diciendo una broma”, dice ella, “que encontrarás muy divertida”.

Cubro con la mano mi boca y fuerzo una risa que suena aguda y extraña, pero a juzgar por la sonrisa que ella me da, fue creíble. Nos aferramos una a la otra como las chicas Concordia hacen, mirando a los Intrepidez y riéndonos otra vez. Estoy sorprendida de cómo me las arreglo para hacerlo, con la sensación de plomo dentro de mí.

“Gracias”, murmuro una vez que estamos dentro.

“De nada”, responde ella.

Tobías se sienta frente a mí en una de las largas mesas, y Susan se sienta a mi lado. El resto de Abnegación se extiende por todo el ambiente, Caleb y Peter están unos asientos más allá del mío.

Me golpeteo los dedos sobre mis rodillas mientras esperamos a que algo suceda. Durante mucho tiempo solo nos sentamos allí, y finjo estar escuchando la historia que una chica Concordia está contando a mi izquierda. Pero de vez en cuando miro a Tobías, y él me mira en respuesta, como si estuviéramos pasando el miedo de ida y vuelta entre nosotros.

Finalmente Johanna entra con una mujer Sabiduría. Su camisa azul brillante parece resplandecer contra su piel, que es de color marrón oscuro. Ella busca a través de la habitación mientras habla con Johanna. Aguanto la respiración mientras sus ojos encuentran los míos—y la dejo salir cuando ella se mueve adelante sin un momento de vacilación. Ella no me reconoció.

Al menos, no todavía.

Alguien golpea una mesa, y la sala queda en silencio. Esto es todo. Este es el momento en que ella nos entrega, o no lo hace.

“Nuestros amigos de Sabiduría e Intrepidez están buscando a algunas personas”, dice Johanna. “Varios miembros de Abnegación, tres miembros de Intrepidez, y un iniciado de Sabiduría”. Sonríe. “En aras de la plena cooperación, les dije que las personas que están buscando estuvieron, de hecho, aquí, pero han seguido adelante. Les gustaría tener permiso para registrar el recinto, lo que significa que tenemos que votar. ¿Alguna persona objeta la búsqueda?”

La tensión en su voz sugiere que si alguien se opone, deben mantener su boca cerrada. No sé si Concordia agarra ese tipo de cosas, pero nadie dice nada. Johanna asiente a la mujer Sabiduría.

“Tres de usted quedensen alrededor”, dice la mujer a los guardias de Intrepidez agrupados en la entrada”. El resto de ustedes, busquen en todos los edificios e informen si encuentran algo. Vayan”.

Hay tantas cosas que pueden encontrar. Las piezas del disco duro. Ropa que me olvide de tirar. La falta sospechosa de baratijas en las decoraciones de nuestras viviendas. Siento mi pulso detrás de mis ojos mientras los tres soldados que se quedaron atrás recorren arriba y abajo las filas de mesas.

La parte trasera de mi cuello zumba mientras uno de ellos camina detrás de mí, sus pasos fuertes y pesados. No es la primera vez en mi vida, que me alegro de ser pequeña y sencilla. No llamo la atención de la gente a mí.

Pero Tobías sí. Lleva su orgullo en su postura, en la forma en que sus ojos claman todo en lo que aterrizan. Eso no es un rasgo de Concordia. Solo puede ser de un Intrepidez.

La mujer Intrepidez caminando hacia él lo mira de inmediato. Sus ojos se estrechan mientras camina más cerca, y luego se detiene justo detrás de él.

Me gustaría que el cuello de su camisa fuera más alto. Me gustaría que no tuviera tantos tatuajes. Me gustaría...

“Tu cabello es muy corto para un Concordia”, dice ella.

...él no se cortó el pelo como un Abnegación.

“Hace calor”, dice él.

La excusa podría funcionar si él supiese cómo entregarla, pero él lo dice de forma abrupta.

Ella extiende su mano y, con su dedo índice, tira del cuello de la camisa para ver su tatuaje.

Y Tobías se mueve.

Él agarra la muñeca de la mujer, tirando de ella hacia delante así ella pierda el equilibrio. Ella se golpea la cabeza contra el borde de la mesa y cae. Al otro lado de la habitación, un arma se dispara, alguien grita, y todo el mundo se mete bajo la mesa o se agacha al lado de los bancos.

Todo el mundo excepto yo. Me siento donde estaba antes que el disparo sonara, aferrada al borde de la mesa. Sé que ahí es donde estoy, pero no veo la cafetería. Veo el callejón por el que me escapé después de que mi madre murió. Me quedo mirando el arma en mis manos, a la piel suave entre las cejas de Will.

Un pequeño sonido gorgotea en mi garganta. Hubiera sido un grito, si mis dientes estuviesen fijamente cerrados. El flash de memoria se desvanece, pero todavía no me puedo mover.

Tobías agarra a la mujer Intrepidez por la parte posterior del cuello y le hace una llave al ponerse de pie. Él tiene su arma en la mano. Él la utiliza como escudo para protegerse cuando dispara justo por encima del hombro de ella al soldado de Intrepidez en la habitación.

“Tris”, grita. “¿Un poco de ayuda aquí?”

Me levanto la camiseta apenas lo suficiente para alcanzar el mango del arma, y mis dedos encuentran el metal. Se siente tan fría que me duelen los dedos, pero eso no puede ser; hace demasiado calor aquí. Un hombre de Intrepidez al final del pasillo

levanta su propia arma contra mí. El punto negro al final del cañón crece a mi alrededor, y puedo escuchar mi corazón, pero nada más.

Caleb se lanza hacia delante y agarra mi arma. La sostiene con ambas manos y le dispara en las rodillas al hombre de Intrepidez que está a pocos metros lejos de él.

El hombre de Intrepidez grita y colapso, con las manos agarrándose la pierna, lo que le da a Tobías la oportunidad de dispararle en la cabeza. Su dolor es momentáneo.

Todo mi cuerpo está temblando y no puedo parar. Tobías todavía tiene a la mujer de Intrepidez por la garganta, pero esta vez, apunta su arma a la mujer de Sabiduría.

“Di una sola palabra”, dice Tobías, “y te dispararé”.

La boca de la mujer Sabiduría está abierta, pero ella no habla.

“El que sea que está con nosotros debe comenzar a correr”, dice Tobías, su voz llena la habitación.

Todos a la vez, los Abnegación se levantan de sus lugares debajo de las mesas y bancos, y comienzan a ir hacia la puerta. Caleb me levanta del banco. Corro a la puerta.

Entonces veo algo. Un tic, un atisbo de movimiento. La mujer Sabiduría levanta una pequeña arma, le apunta a un hombre en una camisa amarilla frente a mí. Por instinto, sin la presencia de la mente, lo empujo en un salto. Mis manos chocan con el hombre, y la bala golpea la pared en lugar de a él, o en vez de a mí.

“Baja el arma”, dice Tobías, apuntando con su pistola a la mujer Sabiduría.

“Tengo *muybuena* puntería, y te apuesto a que vos no”.

Parpadeo varias veces para sacar la visión borrosa de mis ojos. Peter me mira. Acabo de salvar su vida. No me da las gracias, y no lo reconozco.

La mujer Sabiduría deja caer su arma. Juntos Peter y yo nos acercamos a la puerta. Tobías nos sigue, caminando hacia atrás para poder mantener su arma en la mujer Sabiduría. En el último segundo antes de que él pase el umbral, se cierra la puerta entre él y ella.

Y todos corremos.

Corremos por el pasillo central de la huerta en una manada sin aliento. El aire de la



noche es pesado como una manta y huele a lluvia. Gritos nos siguen. Puertas de autos golpeándose. Corro más rápido de lo que puedo correr, como si estuviera respirando adrenalina en lugar de aire. El ronroneo de los motores me persigue a través de los árboles. La mano de Tobías se cierra alrededor de la mía.

Corremos a través de un campo de maíz en una larga fila. Para entonces, los autos nos han alcanzado. Los faros se arrastran a través de los tallos altos, iluminando una hoja aquí, una mazorca de maíz allí.

“¡Dividansen!” alguien grita, y suena como Marcus.

Nos dividimos y nos extendemos por el campo como agua derramada. Agarro el brazo de Caleb. Escucho a Susan jadeando detrás de Caleb.

Nos caemos sobre los tallos de maíz. Las gruesas hojas cortan mis mejillas y brazos. Me quedo mirando entre los omóplatos de Tobías mientras corremos. Escucho un golpe sordo y un grito. Hay gritos por todas partes, a mi izquierda, a mi derecha. Disparos. La Abnegación están muriendo otra vez, muriendo como cuando fingí estar bajo la simulación. Y lo único que hago es correr.

Finalmente llegamos al alambrado. Tobías corre a lo largo, empujándolo hasta que encuentra un agujero. Él sostiene el alambrado hacia atrás para que Caleb, Susan, y yo podamos gatear por debajo. Antes de empezar a correr de nuevo, me detengo y miro hacia atrás al campo de maíz que acabamos de dejar. Veo luces distantes que brillan intensamente. Pero no se escucha nada.

“¿Dónde están los otros?” Susurra Susan.

Yo digo, “Muertos”.

Susan solloza. Tobías me tira hacia su lado más o menos, y empezamos a seguir. Mi cara quema por los cortes superficiales de las hojas de maíz, pero mis ojos están secos. Las muertes de Abnegación son sólo otro peso que no soy capaz de establecer.

Nos mantenemos alejados de la carretera de tierra que Sabiduría e Intrepidez uso para llegar al recinto de Concordia, siguiendo las vías del tren hacia la ciudad. No hay ningún lugar para esconderse aquí, no hay árboles o edificios que nos protejan, pero no importa. Sabiduría no puede conducir a través del alambrado de todos modos, y les llevará un tiempo llegar a la puerta.

“Tengo que... parar...”, dice Susan de algún lugar en la oscuridad detrás de mí.

Nos detenemos. Susan cae al suelo, llorando, y Caleb se agacha junto a ella. Tobías y yo miramos la ciudad, la cual sigue iluminada, porque no es medianoche todavía. Quiero sentir algo. Miedo, ira, dolor. Pero no lo hago. Todo lo que siento es la necesidad de mantenerme en movimiento.

Tobías se da vuelta hacia mí.

“¿Qué fue eso, Tris?”, Dice.

“¿Qué?” digo, y me avergüenzo de lo débil que mi voz suena. No sé si él está hablando de Peter o de lo que vino antes u otra cosa.

“¡Te congelaste! ¡Alguien estaba a punto de matarte y te sentaste allí!” Él está gritando ahora. “¡Pensé que podía confiar en vos por lo menos para proteger tu propia vida!”

“¡Hey!”, Dice Caleb. “Dale un descanso, ¿de acuerdo?”

“No”, dice Tobías, mirándome fijamente. “Ella no necesita un descanso”. Su voz se suaviza. “¿Qué pasó?”

Él todavía cree que soy fuerte. Lo suficientemente fuerte como para no necesitar su simpatía. Solía pensar que tenía razón, pero ahora no estoy segura. Aclaro mi garganta.

“Entre en pánico”, digo. “No volverá a suceder”.

Levanta una ceja.

“No lo hará”, digo de nuevo, esta vez más fuerte.

“Está bien”. No parece convencido. “Tenemos que llegar a algún lugar seguro. Van a reagruparse y empezar a buscar por nosotros”.

“¿Crees que les importamos así de mucho?” digo.

“Nosotros, sí”, dice. “Probablemente éramos los únicos tras los cuales estaban realmente, aparte de Marcus, quien está probablemente muerto”.

No sé cómo me esperaba que dijera eso—con alivio, tal vez, porque Marcus, su padre y la amenaza de su vida, finalmente se han ido. O con dolor y tristeza, porque su padre podría haber sido asesinado, y a veces el dolor no tiene mucho sentido. Pero

él lo dice sólo como un hecho, como la dirección en la que nos estamos moviendo, o la hora del día.

“Tobías...” empiezo a decir, pero luego me doy cuenta de que no sé lo que viene después de eso.

“Es hora de irse”, dice Tobías por encima del hombro.

Caleb levanta a Susan a sus pies. Ella se mueve sólo con la ayuda del brazo de él en su espalda, presionándola hacia delante.

No me di cuenta hasta ese momento que la iniciación de Intrepidez me enseñó una lección importante: cómo seguir adelante.

## Capítulo ocho

Decidimos seguir las vías del tren a la ciudad, porque ninguno de nosotros es bueno para la navegación. Camino de ligadura a ligadura, Tobías se equilibra sobre el carril, bamboleándose sólo ocasionalmente, y Caleb y Susan arrastran los pies detrás de nosotros. Tiemblo con cada ruido no identificado, tensándome hasta que me doy cuenta de que es sólo el viento, o el rechinar de los zapatos de Tobías en el carril. Me gustaría que pudiésemos seguir corriendo, pero es una hazaña que mis piernas se estén incluso moviendo en este punto.

Entonces escuchó un gemido de los carriles.

Me agacho y presionó las palmas de las manos en la barandilla, cerrando los ojos para concentrarme en la sensación del metal debajo de mis manos. La vibración se siente como un suspiro pasando por mi cuerpo. Miro entre las rodillas de Susan a las vías y no veo la luz del tren, pero eso no quiere decir nada. El tren podría estar funcionando sin campana y sin lámparas para no anunciar su llegada.

Veo el brillo del vagón de un pequeño tren, muy lejos ahora pero acercándose rápidamente.

“Está llegando”, digo. Es todo un esfuerzo ponerme de pie cuando lo único que quiero hacer es sentarme, pero lo hago, me limpio las manos en mis pantalones vaqueros. “Creo que nosotros deberíamos ir en él”.

“¿Incluso si esta manejado por Sabiduría?”, Dice Caleb.

“Si los Sabiduría estuviesen corriendo el tren, lo habrían llevado al recinto de Concordia en busca de nosotros”, dice Tobías. “Creo que vale la pena el riesgo. Seremos capaces de escondernos en la ciudad. Aquí estamos a la espera de ser encontrados”.

Todos nos alejamos de las vías. Caleb le da a Susan instrucciones paso a paso para subir a un tren en movimiento, en la única forma que un iniciado en Sabiduría puede hacer. Veo el primer vagón acercarse; escucho el rítmico golpe del vagón en las ligaduras, el susurro de la rueda de metal contra el carril de metal.

A medida que el primer vagón pasa, empiezo a correr. Ignorando el ardor en mis piernas. Caleb ayuda a Susan a subirse en un vagón de la mitad primero, luego salta él. Tomo una respiración rápida y tiro mi cuerpo hacia la derecha, chocando contra el suelo del vagón con las piernas colgando sobre el borde. Caleb me agarra del brazo

izquierdo y me tira el resto del camino. Tobías utiliza la palanca para meterse él mismo detrás de mí.

Miro hacia arriba y dejo de respirar.

Ojos brillan en la oscuridad. Oscuras formas sentadas en el vagón, más numerosos de lo que nosotros somos.

Los Sin Facción.

El viento silba a través del vagón. Todo el mundo está de pie y armados—excepto Susan y yo, que no tenemos armas. Un hombre Sin Facción con un parche en el ojo tiene una pistola apuntada a Tobías. Me pregunto cómo la consiguió.

Junto a él, una mujer mayor Sin Facción tiene un cuchillo—del tipo que se utiliza para cortar pan. Detrás de él, alguien más sostiene una gran tabla de madera con un clavo que sobresale de ella.

“Nunca he visto a Concordias armados antes”, la mujer Sin Facción con el cuchillo, dice.

El hombre Sin Facción con la pistola me parece familiar. Lleva ropa hecha jirones en diferentes colores—una camiseta negra con una campera de Abnegación rota por encima, pantalones jeans de color rojo zurcidos, botas marrones. La ropa de todas las facciones está representada en el grupo de delante de mí: pantalones negros de Sinceridad combinados con camisas negras de Intrepidez, vestidos amarillos con camisetas azules sobre ellos. La mayoría de los artículos están rotos o manchados de alguna manera, pero algunos no lo están. Recién robados, me imagino.

“Ellos no son Concordia”, el hombre de la pistola, dice. “Son de Intrepidez”.

Entonces lo reconozco: él es Edward, un compañero iniciado que dejó Intrepidez después de que Peter lo atacara con un cuchillo de mantequilla. Es por eso que lleva un parche en el ojo.

Recuerdo estabilizarle la cabeza mientras yacía gritando en el suelo, y limpio la sangre que dejó atrás.

“Hola, Edward”, le digo.

Él inclina la cabeza hacia mí, pero no baja su arma. “Tris”.

“Lo que sea que sean”, dice la mujer, “tendrán que bajarse de este tren si quieren seguir vivos”.

“Por favor”, dice Susan, su labio temblando. Sus ojos se llenan de lágrimas. “Hemos estado corriendo... y el resto de ellos están muertos y yo no...” Ella empieza a llorar otra vez. “No creo que pueda seguir adelante, yo...”

Tengo la extraña necesidad de golpear mi cabeza contra la pared. Los sollozos de otras personas me incomodan. Es egoísta de mi parte, tal vez.

“Estamos escapando de Sabiduría”, dice Caleb. “Si bajamos, será más fácil para ellos encontrarnos. Por lo tanto, le agradeceríamos si nos dejaran viajar a la ciudad con ustedes”.

“¿Sí?” Edward inclina la cabeza. “¿Qué han hecho por nosotros?”

“Te ayude cuando nadie más lo hizo”, le digo. “¿Recuerdas?”

“Vos, tal vez. ¿Pero los otros?”, Dice Edward. “No tanto”.

Tobías da un paso adelante, por lo que el arma de Edward está casi contra su garganta.

“Mi nombre es Tobías Eaton”, dice Tobías. “No creo que quieran empujarme de este tren”.

El efecto del nombre en las personas del vagón es inmediato y apabullante: ellos bajan las armas. Intercambian significativas miradas.

“¿Eaton? ¿En serio?” dice Edward, enarcando las cejas. “Tengo que admitir, que no vi eso venir”. Se aclara la garganta. “Está bien, pueden venir. Pero cuando lleguemos a la ciudad, tienes que venir con nosotros”.

Luego sonrío un poco. “Sabemos que alguien te ha estado buscando, Tobías Eaton”.

Tobías y yo nos sentamos en el borde del vagón con las piernas colgando sobre el

borde.

“¿Sabes quién es?”

Tobías asiente.

“¿Quién, entonces?”

“Es difícil de explicar”, dice. “Tengo mucho que contarte”.

Me apoyo en él.

“Sí”, le digo. “Yo también”.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que nos digan que tenemos que bajar. Pero cuando lo hacen, estamos en la parte de la ciudad donde los Sin Facción viven, algo así como una milla de donde crecí. Reconozco cada edificio que pasamos como uno por el cual caminaba cada vez que me perdía el autobús a casa de la escuela. Uno con los ladrillos rotos. Uno con una farola caída apoyada en él.

Nos paramos en la puerta del vagón del tren, los cuatro de nosotros en una línea. Susan gime.

“¿Y si nos lastimamos?”, Dice ella.

Le agarro la mano. “Vamos a saltar juntas. Vos y yo. He hecho esto una docena de veces y nunca me lastime”.

Ella asiente y me aprieta los dedos con tanta fuerza que me duele.

“A las tres. Uno”, digo, “Dos. *Tres*”.

Salto, y tiro de ella conmigo. Mis pies chocan contra el suelo y sigo adelante, pero Susan solo cae al pavimento y rueda sobre su costado. Aparte de una rodilla raspada, ella parece estar bien. Los otros saltan sin dificultad—incluso Caleb, que sólo ha saltado de un tren una vez antes, por lo que sé.

No estoy segura de que podría conocer a Tobías entre los Sin Facción. Podría ser Drew o Molly, que fallaron en la iniciación de Intrepidez—pero ni siquiera saben el verdadero nombre de Tobías, y además, Edward probablemente los habría matado para ahora, a juzgar por cuan preparado estaba para dispararnos. Debe ser alguien de Abnegación,

de la escuela.

Susan parece haberse calmado. Ella camina por su cuenta ahora, junto a Caleb, y sus mejillas se están secando sin lágrimas nuevas para mojarlas.

Tobías camina a mi lado, tocándome el hombro ligeramente.

“Paso un tiempo desde que comprobé como está tu hombro”, dice. “¿Cómo está?”

“Está bien. Traje el medicamento para el dolor, por suerte”, le digo. Me alegro de poder hablar de algo de liviano—tan liviano como una herida puede ser, de todos modos. – Pienso que no lo estoy dejando sanar muy bien. Sigo usando mi brazo o aterrizando en él”.

“Habrá un montón de tiempo para sanar una vez que todo esto haya terminado”.

“Sí”. *O no importará si sano, añadido en silencio, porque voy a estar muerta.*

“Aquí”, dice, tomando un pequeño cuchillo de su bolsillo trasero y entregándomelo. “Por si acaso”.

Lo pongo en mi bolsillo. Me siento más nervioso ahora.

Los Sin Facción nos llevan por la calle a la izquierda en un callejón sucio que apesta a basura. Las ratas se dispersan frente a nosotros, con chirridos de terror, y no veo más que sus colas, deslizándose entre los montones de basura, latas vacías, y cajas de cartón empapadas. Respiro por la boca, así no vomito.

Edward se detiene junto a uno de los edificios de ladrillo y fuerza una puerta de acero para abrirla. Me estremezco, medio esperando que todo el edificio se caiga abajo si tira demasiado fuerte. Las ventanas tienen tanta suciedad que la luz casi no las penetra. Seguimos a Edward en una habitación fría y húmeda. En la parpadeante luz de una linterna, veo... personas.

Personas sentadas al lado de rollos de ropa de cama. Personas curioseando latas abiertas de alimento. Personas bebiendo de botellas de agua. Y niños, tejidos entre los grupos de adultos, sin limitarse a un determinado color de la ropa—niños Sin Facción.

Estamos en un almacén de Sin Facción y los Sin Facción quienes se supone que están dispersos, aislados y sin comunidad... están juntos dentro de él. Están juntos, como una *facción*.



No sé que es lo que esperaba de ellos, pero me sorprendió lo normal que parecen. Ellos no pelean entre sí o se evitan el uno al otro. Algunos de ellos dicen bromas, otros se hablan el uno al otro en voz baja. Poco a poco, sin embargo, todos parecen darse cuenta de que no se supone que debamos estar allí.

“Vamos”, dice Edward, doblando el dedo para atraernos hacia él. “Ella está allá atrás”.

Miradas y silencio nos saludan mientras seguimos a Edward más profundo en un edificio que se supone que debe estar abandonado. Finalmente no puedo contener mis preguntas por más tiempo.

“¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué están todos juntos de esta manera?”

“Pensaste que ellos—nosotros—estábamos todos separados”, dice Edward por encima del hombro. “Bueno, lo estaban, por un tiempo. Demasiados hambrientos como para otra cosa que buscar comida. Pero entonces los Estirados comenzaron a darles comida, ropa, herramientas, todo. Y se hicieron más fuertes, y esperaron. Estaban así cuando los encontré, y me dieron la bienvenida”.

Entramos en un pasillo oscuro. Me siento en casa, con la oscuridad y la tranquilidad que son como los túneles del recinto de Intrepidez. Tobías, sin embargo, enreda un hilo suelto de su camisa alrededor de su dedo, hacia atrás y hacia adelante, una y otra vez. Él sabe con quién estamos por encontrarnos, pero todavía no tengo ni idea. ¿Cómo es que se tan poco sobre el chico que dice que me ama—el chico cuyo nombre real es lo suficientemente poderoso como para mantenernos con vida en un vagón de tren lleno de enemigos?

Edward se detiene en una puerta de metal y la golpea con el puño.

“Espera, ¿dijiste que estaban esperando?”, dice Caleb. “¿Qué estaban *esperando*, exactamente?”

“Que todo el mundo se desmorone”, dice Edward. “Y ahora lo ha hecho”.

La puerta se abre, y una mujer de aspecto severo, con un ojo perezoso se para en el umbral. Su ojo estable nos escanea a los cuatro.

“¿Errantes?”, ella dice.

“Difícilmente, Therese”. Él señala con el pulgar por encima del hombro, a Tobías. “Este

es Tobías Eaton”.

Therese mira a Tobías por unos segundos, luego asiente. “Ciertamente lo es. Espera”.

Ella cierra la puerta otra vez. Tobías traga duro, moviendo la manzana de Adán.

“Sabes a quien va a buscar ella, ¿no es así?”, le dice Caleb a Tobías.

“Caleb”, dice Tobías. “Por favor, cállate”.

Para mi sorpresa, mi hermano suprime su curiosidad Sabiduría.

La puerta se abre de nuevo, y Therese camina hacia atrás para dejarnos entrar. Caminamos en una sala de calderas con maquinaria antigua que surge de la oscuridad tan de repente que me golpeó las rodillas y los codos. Therese nos lleva a través del laberinto de metal a la parte posterior de la sala, donde varias bombillas cuelgan desde el techo sobre una mesa.

Una mujer de mediana edad se encuentra detrás de la mesa. Ella tiene el pelo negro rizado y piel aceitunada. Sus características son duras, tan angulares que casi la hacen poco atractiva, pero no del todo.

Tobías agarra mi mano. En ese momento me doy cuenta de que él y la mujer tienen la misma nariz—aguileña, un poco demasiado grande en la cara de ella, pero del tamaño correcto en la de él. También tienen la misma mandíbula fuerte, barbilla distintiva, el mismo labio superior, orejas adheridas al cráneo. Solo sus ojos son diferentes—en lugar de azul son tan oscuros que parecen en negros.

“Evelyn”, dice él, su voz tiembla un poco.

Evelyn era el nombre de la esposa de Marcus y la madre de Tobías. Mi agarre sobre la mano de Tobías se afloja. Hace apenas unos días me estaba acordando de su funeral. Su *funeral*. Y ahora se pone de pie frente a mí, con los ojos más fríos que los de cualquier mujer Abnegación que haya visto nunca.

“Hola”. Ella camina alrededor de la mesa, observándolo. “Te ves más grande”.

“Sí, bueno. El paso del tiempo tiende a hacer eso a una persona”.

Él ya sabía que ella estaba viva. ¿Hace cuánto tiempo que lo sabe?

Ella sonríe. “Así que finalmente llegaste—”

“No por la razón que piensas”, la interrumpe. “Estamos escap ndonos de Sabiduría, y la única posibilidad de escapar que teníamos me obligó a decirle a tus lacayos armados mi nombre”.

Debe haberlo enojado de alguna manera. Pero no puedo dejar de pensar que si yo descubro que mi madre est  viva después de pensar que estaba muerta durante tanto tiempo, nunca le hablaría a ella de la manera que Tobías le habla a su madre ahora, no importa lo que haya hecho.

La verdad de ese pensamiento me hace doler. Lo empujo a un lado y me centro en lo que está delante de mí. En la mesa detrás de Evelyn hay un gran mapa con marcadores por todas partes. Un mapa de la ciudad, obviamente, pero no estoy segura de lo que signifique los marcadores. En la pared detrás de ella hay una pizarra con un gráfico en él. No puedo descifrar la información contenida en el gráfico; está escrita en una forma abreviada que no conozco.

“Ya veo”. La sonrisa de Evelyn permanece, pero sin su toque antiguo de divers n.  
“Pres ntame a tus compañeros refugiados, entonces”.

Sus ojos derivan hasta nuestras manos unidas. Los dedos de Tobías se separan.  l me señala a mí primero. “Esta es Tris Prior. Su hermano, Caleb. Y su amiga Susan Black”.

“Prior”, dice ella. “Conozco a varios Prior, pero ninguno de ellos se llaman Tris. Beatrice, sin embargo...”

“Bueno”, digo, “Conozco varios Eaton vivos, pero ninguno de ellos se llama Evelyn”.

“Evelyn Johnson es el nombre que prefiera. Particularmente entre una manada de Abnegación”.

“Tris es el nombre que prefiero”, le respondo. “Y no somos Abnegación. No todos nosotros, de todos modos”.

Evelyn le da una mirada a Tobías. “Interesantes amigos los que hiciste”.

“ Esos son recuentos de la población?”, Dice Caleb detrás de mí. Camina hacia adelante, con la boca abierta. “Y...  qu ?  Casas seguras de los Sin Facción?” Apunta a la primera línea en el gráfico, cuyo texto es el 7..... Grn Hse. “Quiero decir,  estos lugares, en el mapa? Son casas seguras, como está,  cierto?”

“Esas son un montón de preguntas”, dice Evelyn, arqueando una ceja. Reconozco esa expresión. Le pertenece a Tobías—como su disgusto por las preguntas. “Por razones de seguridad, no voy a responder a ninguna de ellas. De todos modos, es hora de cenar”.

Ella hace un gesto hacia la puerta. Susan y Caleb van hacia ella, seguidos por mí, y Tobías y su madre son los últimos. Nosotros trabajamos nuestro camino a través del laberinto de la maquinaria de nuevo.

“No soy tonta”, dice ella en voz baja. “Sé que no quieres tener nada que ver conmigo, aunque todavía no entiendo muy bien por qué—”

Tobías resopla.

“Pero”, dice ella, “te extiende mi invitación de nuevo. Podríamos usar tu ayuda aquí, y sé que sabes sobre los sistemas de facciones—”

“Evelyn”, dice Tobías. “Elegí Intrepidez”.

“Las elecciones se pueden hacer de nuevo”.

“¿Qué te hace pensar que estoy interesado en pasar tiempo en cualquier lugar cerca de vos?” exige. Escucho sus pasos detenerse y reduzco la velocidad para poder escuchar cómo responde.

“Porque soy tu madre”, dice ella, y su voz casi se rompe con las palabras, extrañamente vulnerable. “Porque tú eres mi hijo”.

“Realmente no lo entiendo”, dice él. “No tienes la menor idea de lo que me hiciste”. Él suena sin aliento. “No quiero unirme a tu pequeña banda de Sin Facción. Quiero salir de aquí lo antes posible”.

“Mi *pequeña* banda de Sin Facción es del doble del tamaño de Intrepidez”, dice Evelyn. “Harías bien en tomártelo en serio. Sus acciones pueden determinar el futuro de esta ciudad”.

Con eso, ella camina delante de él, y delante de mí. Sus palabras resuenan en mi mente: *Dos veces del tamaño de Intrepidez*. ¿Cuándo se volvieron tantos?

Tobías me mira, bajando las cejas.

“¿Hace cuánto tiempo lo sabes?” digo.

“Alrededor de un año”. Él se desploma contra la pared y cierra los ojos. “Ella me envió un mensaje codificado a Intrepidez, diciéndome que la encuentre en el patio de trenes. Lo hice, porque tenía curiosidad, y allí estaba ella. Viva. No fue una reunión feliz, como probablemente adivinaras”.

“¿Por qué dejó Abnegación?”

“Ella tuvo un romance”. Él sacude la cabeza. “Y no es de extrañar, ya que mi padre...” Sacude la cabeza de nuevo. “Bueno, digamos que Marcus no era más amable con ella que lo era conmigo”.

“¿Es... por eso que estás enojado con ella? ¿Por qué ella le fue infiel?”

“No”, dice demasiado severo, abriendo los ojos. “No, eso no es por lo que estoy enojado”.

Me acerco a él como si me estuviera acercando a un animal salvaje, con cuidado de cada paso en el piso de cemento. “Entonces, ¿por qué?”

“Ella tenía que dejar a mi padre, entiendo eso”, dice él. “Pero, ¿pensó en llevarme con ella?”

Frunzo mis labios. “Oh. Ella te dejó con él”.

Ella lo dejó solo con su peor pesadilla. No es de extrañar que la odie.

“Sí.” Él patea el piso. “Ella lo hizo”.

Mis dedos encuentran los suyos, buscando a tientas, y él los acomoda en los espacios entre los suyos. Sé que son suficientes preguntas, por ahora, así que dejo al silencio instalarse entre nosotros hasta que él decida romperlo.

“Me parece”, dice él, “que los Sin Facción son mejores amigos que enemigos”.

“Tal vez. Pero ¿cuál sería el costo de esa amistad?” Le digo.

Sacude la cabeza. “No lo sé. Pero podemos no tener ninguna otra opción”.

## Capítulo nueve

Uno de los Sin Facción hizo un fuego para que pudiésemos calentar comida. Los que querían comer se sentaron en un círculo alrededor del gran tacho de metal que contenía el fuego, primero calentaron latas, después pasaron las cucharas y tenedores, y luego pasaron las latas alrededor para que todos pudiesen tener un bocado de todo. Trato de no pensar en todas las enfermedades que pueden propagarse de esta manera mientras sumerjo mi cuchara en una lata de sopa. Edward se tira en el suelo a mi lado y toma la lata de sopa de mis manos.

“¿Así que todos fueron Abnegación, eh?” Él se mete varios fideos y trozos de zanahoria en la boca, y le pasa la lata a la mujer que está a su izquierda.

“Lo fuimos”, digo. “Pero, obviamente Tobías y yo nos transferimos, y...” De repente se me ocurre que no debería decirle a nadie que Caleb se unió a Sabiduría. “Caleb y Susan todavía están en Abnegación”.

“Y él es tu hermano. Caleb”, dice. “¿Abandonaste a tu familia para convertirte en una Intrepidez?”

“Hablas como Sinceridad”, le digo irritada. “¿Te importaría mantener tus juicios para ti mismo?” Therese se inclina.

“Él fue Sabiduría primero, realmente. No Sinceridad”.

“Sí, lo sé”, digo, —yo Ella me interrumpe.

“Al igual que yo. Me tuve que ir, sin embargo”.

“¿Qué pasó?”

“No era lo suficientemente inteligente”. Se encoge de hombros y toma una lata de frijoles de Edward, hundiendo su cuchara en ella. “No obtuve una puntuación lo suficientemente alta en mi test de inteligencia en la iniciación. Ellos dijeron, “Pasa toda tu vida limpiando los laboratorios de investigación, o vete”. Y me fui”.

Ella mira hacia abajo y lame la cuchara hasta dejarla limpia. Tomo los guisantes de ella y se los paso a Tobías, que está mirando fijamente el fuego.

“¿Muchos de ustedes son de Sabiduría?” digo. Therese niega.

“La mayoría son de Intrepidez, en realidad”. Ella mueve la cabeza hacia Edward, que frunce el ceño. “Entonces Sabiduría, después Sinceridad, luego un puñado de Concordia. Nadie falla la iniciación de Abnegación, sin embargo, por lo que tenemos muy pocos de ellos, a excepción de un grupo que sobrevivió al ataque de la simulación y vinieron a nosotros buscando de refugio”.

“Creo que no debería estar sorprendida de lo de Intrepidez”, digo.

“Bueno, sí. Tienen una de las peores iniciaciones, y con toda esa cosa de la vejez”.

“¿Cosa de la vejez?” digo. Le doy un vistazo a Tobías. Él está escuchando ahora, y parece casi normal otra vez, con los ojos pensativos y oscuros a la luz del fuego.

“Una vez que los Intrepidez llegan a un cierto nivel de deterioro físico”, dice él, “se les pide que se vayan. De una forma u otra”.

“¿Cuál es la otra manera?” Mi corazón late fuertemente, como si ya conociera una respuesta a la que no puedo hacer frente sin preguntar.

“Digamos”, dice Tobías, “que para algunos, la muerte es preferible a los Sin Facción”.

“Esas personas son idiotas”, dice Edward. “Prefiero ser un Sin Facción que un Intrepidez”.

“Qué suerte que acabaste en la forma en que lo hiciste, entonces”, dice Tobías con frialdad.

“¿Suerte?” Edward resopla. “Sí. Soy muy afortunada, con mi ojo y todo”.

“Creo recordar escuchar algunos rumores de que tú provocaste ese ataque”, dice Tobías.

“¿De qué estás hablando?” digo.

“Él estaba ganando, eso es todo, y Peter estaba celoso, entonces él sólo...” Veo la sonrisa en la cara de Edward y dejo de hablar. Tal vez no se todo sobre lo que sucedió durante la iniciación.

“Hubo un incidente inicial”, dice Edward.

“Del cual Peter no salió vencedor. Pero ciertamente eso no justifica un cuchillo de manteca en el ojo”.

“No hay argumentos aquí”, dice Tobías. “Si te hace sentir mejor, le dispararon en el brazo de cerca durante el ataque de la simulación”. Y parece que Edward se siente mejor, porque su sonrisa se extiende en su rostro.

“¿Quién hizo eso?”, Dice. “¿Tú?”

Tobías niega. “Tris lo hizo”.

“Bien hecho”, dice Edward.

Asiento, pero me siento un poco enferma por ser felicitada por eso. Bueno, no tan enferma. Era Peter, después de todo.

Me quedo mirando las llamas que se envuelven alrededor de los fragmentos de madera que les sirven como combustible. Se mueven y cambian, como mis pensamientos. Recuerdo la primera vez que me di cuenta de que nunca había visto a un anciano en Intrepidez. Y cuando me di cuenta de que mi padre era demasiado viejo para subir las sendas hacia La Fosa. Ahora entiendo más de lo que me gustaría.

“¿Sabes mucho acerca de cómo están las cosas ahora?” le pregunta Tobías a Edward.  
“¿Todo Intrepidez se puso del lado de Sabiduría? ¿Sinceridad ha hecho algo?”

“Intrepidez se dividió por la mitad”, dice Edward, hablando con comida en boca. “La mitad en la sede de Sabiduría, la mitad en la sede de Sinceridad. Lo que queda de Abnegación está con nosotros. Nada más ha sucedido todavía. A excepción de lo que les haya sucedido a ustedes, supongo”. Tobías asiente.

Me siento un poco aliviada de saber que la mitad de Intrepidez, al menos, no son traidores. Como cucharada tras cucharada hasta que mi estómago está lleno. Entonces Tobías nos consigue colchonetas y mantas, y encuentro una esquina vacía para que nosotros nos acostemos. Cuando se inclina para desatarse los zapatos, veo el símbolo de Concordia en la parte baja de su espalda, ramas enroscadas sobre su espalda. Cuando se endereza, paso a través de las mantas y pongo mis brazos alrededor de él, rozando el tatuaje con los dedos.

Tobías cierra los ojos. Confío en que el disminuido fuego nos disfrace mientras paso la mano por su espalda, tocando cada tatuaje sin verlos. Imagino los ojos de Sabiduría mirando, las escalas de Sinceridad no balanceadas, las manos juntas de Abnegación, y las llamas de Intrepidez. Con mi otra mano encuentro el parche de fuego tatuado sobre su caja torácica. Siento su respiración pesada contra mi mejilla.

“Desearía que estuviéramos solos”, dice.

“Casi siempre deseo eso”, le digo.

Me voy a la deriva durmiéndome, llevada por el sonido de las distantes conversaciones. En estos días es más fácil para mí conciliar el sueño cuando hay ruido alrededor. Puedo concentrarme en el sonido en vez de cualquier pensamiento que se arrastrara a mi cabeza en el silencio. El ruido y la actividad son los refugios de los deudos y culpables.

Me levanto cuando el fuego es sólo un resplandor, y sólo unos pocos Sin Facción todavía están despiertos. Me toma unos segundos averiguar por qué me desperté: escuché las voces de Evelyn y Tobías, a pocos metros lejos de mí. Me quedo quieta y espero a que no descubran que estoy despierta.



“Vas a tener que decirme lo que está pasando aquí si quieres que considere ayudarte”, dice él. “Aunque todavía no estoy seguro de por qué me necesitas en absoluto”.

Veo la sombra de Evelyn en la pared, parpadeando con el fuego. Ella es delgada y fuerte, como Tobías. Sus dedos se retuercen en su cabello mientras habla.

“¿Qué te gustaría saber, exactamente?”

“Háblame del gráfico. Y el mapa”.

“Tu amigo estaba en lo cierto en pensar que el mapa y el gráfico enlistan todas nuestras casas seguras”, dice ella.

“Él estaba equivocado acerca de los recuentos de la población... más o menos. Los números no documentan a todos los Sin Facción—solo a algunos. Y apuesto a que puedes adivinar a cuáles son”.

“No estoy de humor para adivinanzas”. Ella suspira.

“Los Divergentes. Estamos documentando a los Divergentes”.

“¿Cómo sabes quiénes son?”

“Antes del ataque de la simulación, parte del esfuerzo de ayuda de Abnegación implicaba hacer algunas pruebas a los Sin Facción por una determinada anomalía genética”, dice ella.

“A veces las pruebas involucraban volver a administrar la prueba de aptitud. A veces eran más complicadas que eso. Pero nos explicaron que sospechaban que podríamos tener la mayor población Divergente que cualquier otra facción en la ciudad”.

“No entiendo. Por qué—”

“¿Por qué los Sin Facción tendrían una mayor población de Divergentes?” Suena como si estuviera sonriendo. “Obviamente, aquellos que no pueden limitarse a sí mismos a pensar de una forma en particular tienen más probabilidades de dejar una facción o de fallar en su iniciación, ¿verdad?”

“Eso no era lo que iba a preguntar”, dice él. “Quiero saber por qué te importa a *tí* cuántos Divergentes hay”.

“Los Sabiduría están buscando mano de obra. La encontraron temporalmente en Intrepidez. Ahora van a estar buscando por más, y nosotros somos el lugar obvio, al menos que den cuenta de que tenemos más Divergente que cualquier otro grupo. Sólo en caso de que ellos no lo hagan, me gustaría saber cuántas personas tenemos que son resistentes a las simulaciones”.

“Lo suficientemente justo”, dice él, “pero ¿por qué estaban tan preocupado los Abnegación en la búsqueda de los Divergentes? No era para ayudar a Jeanine, ¿verdad?” “Por supuesto que no”, dice ella. “Pero me temo que no lo sé. Abnegación eran reacia de proporcionar información que sólo sirviera para aliviar la curiosidad. Nos dijeron todo lo que ellos creyeron que deberíamos saber”.

“Extraño”, murmura él. “Tal vez deberías preguntarle a tu padre acerca de eso”, dice ella. “Él fue quien me habló de ti”.

“De mí”, dice Tobías. “¿Qué de mí?”

“Del hecho de que él sospechaba que fueras Divergente”, dice ella. “Él siempre te estaba mirando. Observando tu comportamiento. Él estaba muy atento de ti. Es por eso que... es por eso que pensé que estarías a salvo con él. Más seguro con él que conmigo”.

Tobías no dice nada.

“Ahora veo que debo haber estado equivocada”. Él todavía no dice nada. “Me gustaría—” ella empieza.

“No te atrevas a tratar de pedir disculpas”. Su voz tiembla. “Esto no es algo que se pueda arreglar con una o dos palabras y algunos abrazos, o algo”.

“Está bien”, dice ella. “Está bien. No lo haré”.

“¿Para qué se están uniendo los Sin Facción?”, Dice él. “¿Qué piensan hacer?”

“Queremos usurpar Sabiduría”, dice ella. “Una vez que nos deshagamos de ellos, no hay mucho que nos impida controlar el gobierno”.

“Eso es lo que esperas en que te ayude. A derrocar a un gobierno corrupto y en vez de eso crear algún tipo de tiranía Sin Facción”. El resopla. “Ni una oportunidad”.

“No queremos ser tiranos”, dice ella. “Queremos establecer una nueva sociedad. Una sin facciones”. Mi boca se seca. ¿Sin facciones? ¿Un mundo en el que nadie sepa quiénes son o en dónde encajan? Ni siquiera puedo comprenderlo. Me imagino sólo el caos y el aislamiento. Tobías suelta una carcajada.

“De acuerdo. Entonces, ¿cómo vas a usurpar a Sabiduría?”

“A veces un cambio drástico requiere medidas drásticas”. La sombra de Evelyn levanta un hombro. “Me imagino que implica un alto nivel de destrucción”. Me estremezco al escuchar esa palabra “destrucción”. En algún lugar en las partes más oscuras de mí, busca destrucción, mientras que Sabiduría sea la destruida. Pero la palabra tiene un significado nuevo para mí, ahora que he visto lo que puede parecer: cuerpos vestidos de gris colgando de los bordillos y aceras, los líderes de Abnegación asesinados en el césped de sus jardines, junto a sus buzones. Aprieto mi cara contra la colchoneta en la que estoy

durmiendo, tan fuerte que me duele la frente, solo para forzar los recuerdos fuera, fuera, fuera.

“En cuanto a por que te necesito”, dice Evelyn. “Para hacer esto, vamos a necesitar la ayuda de Intrepidez. Ellos tienen las armas y la experiencia en combate. Podrías cerrar la brecha entre nosotros y ellos”.

“¿Crees que soy importante para Intrepidez? Porque no lo soy. Sólo soy alguien que no tiene miedo a mucho”.

“Lo que estoy sugiriendo”, dice ella, “es que te conviertas en importante”. Ella está de pie, su sombra se extiende desde el techo al suelo. “Estoy segura de que podrás encontrar una manera, si quieres. Piensa en ello”. Ella tira hacia atrás su cabello rizado y lo ata en un nudo.

“La puerta está siempre abierta”. Unos minutos más tarde él se acuesta a mi lado otra vez. No quiero admitir que lo estaba escuchando, pero quiero decirle que no me fío de Evelyn, o de los Sin Facciones, o de cualquier persona que habla tan a la ligera sobre la destrucción de una facción entera.

Antes de que pueda reunir el valor para hablar, su respiración se vuelve lenta, y se duerme.

## *Capítulo diez*

Me paso la mano por la parte de atrás de mi cuello para levantar el pelo que se me pega allí. Me duele todo el cuerpo, sobre todo mis piernas, que queman con ácido láctico, incluso cuando no estoy en movimiento. Y no huelo muy bien. Necesito una ducha.

Deambulo por el pasillo y el cuarto de baño. No soy la única persona con un baño en la mente—un grupo de mujeres están en las duchas, la mitad de ellas desnudas, la otra mitad completamente sin inmutarse por ello. Encuentro una ducha libre en la esquina y meto la cabeza bajo el grifo, dejando que se derrame el agua fría sobre mis oídos.

“Hola”, dice Susan. Doy vuelta la cabeza hacia un lado. Con el agua cayendo por mi mejilla y nariz. Ella lleva dos toallas: una blanca y una gris, ambas deshilachadas en los bordes.

“Hola”, le digo.

“Tengo una idea”, dice ella. Ella me da la espalda y sostiene una toalla, bloqueándome del resto del baño. Suspiro de alivio. Privacidad. O tanto de ella como es posible.

Me saco la ropa de forma rápida y agarro la barra de jabón junto al fregadero.

“¿Cómo estás?”, Dice ella.

“Estoy bien”. Sé que ella me lo está preguntando solamente porque las reglas de la facción establecen que lo haga. Me gustaría que ella solo me hablara libremente.

“¿Cómo estás tú, Susan?” “

Mejor. Therese me dijo que hay un gran grupo de refugiados de Abnegación en una de las casas seguras de los Sin Facción”, dice Susan mientras hago espuma con el jabón en mi cabello.

“¿Oh?” digo. Meto la cabeza bajo el grifo de nuevo, esta vez masajeo el cuero cabelludo con la mano izquierda para lavar el jabón. “¿Te vas a ir?”

“Sí”, dice Susan. “A menos que necesites mi ayuda”.

“Gracias por la oferta, pero creo que tu facción te necesita más”, le digo, girando la llave del agua. Me gustaría no tener que vestirme. Hace demasiado calor para pantalones de mezclilla. Sin embargo, agarro la otra toalla del suelo y me seco apresuradamente.

Me pongo la camiseta roja que llevaba antes. No quiero ponerme algo que me ensucie de nuevo, pero no tengo otra opción.

“Sospecho que algunas de las mujeres Sin Facción tienen ropa de repuesto”, dice Susan.

“Probablemente tengas razón. Bueno, tu turno”.

Me quedo con la toalla mientras Susan se baña. Mis brazos empiezan a doler después de un rato, pero ella ignoró el dolor por mí, así que voy a hacer lo mismo para ella. El agua me salpica los tobillos cuando se lava el pelo.

“Esta es una situación en la que nunca pensé que estaríamos juntas”, le digo después de un tiempo. “Bañándonos en la pileta de un edificio abandonado, huyendo de Sabiduría”.

“Pensé que íbamos a vivir cerca una de la otra”, dice Susan. “Yendo a eventos sociales juntas. Nuestros hijos caminando la parada de autobús juntos”. Me muerdo el labio a eso. Es mi culpa, por supuesto, que esa nunca fuera una posibilidad, porque elegí otra facción.

“Lo siento, no quise sacarlo”, dice ella. “Sólo lamento que no te presté mayor atención. Si lo hubiera hecho, tal vez hubiera sabido lo que estabas pasando. Actué de manera egoísta”.

Me río un poco. “Susan, no hay nada malo con la manera en que actuaste”.

“Ya he terminado”, dice ella. “¿Puedes darme esa toalla?” Cierro los ojos y giro para que pueda tomar la toalla de mis manos. Cuando Therese entra en el cuarto de baño, alisándose el cabello en una trenza, Susan le pregunta por ropa de repuesto.

Para el momento en que salimos del baño, tengo un jean y una camisa negra que es tan suelta en la parte de arriba que se desliza de mis hombros, y Susan lleva unos pantalones anchos y una camisa blanca de Sinceridad con un cuello. Ella abrochó los botones hasta el cuello. Abnegación es modesta hasta el punto de incomodidad.

Cuando entro en la habitación grande de nuevo, algunos de los Sin Facción están caminando con baldes de pintura y pinceles. Los veo hasta que la puerta se cierra detrás de ellos.

“Ellos van a escribir un mensaje para las otras casas seguras”, dice Evelyn detrás de mí. “En una de las tablas publicitarias. Códigos formados de información personal—tal y como, color favorito, la mascota de la infancia de otra persona”.

No estoy segura de por qué elige decirme algo acerca de los códigos de los Sin Facción hasta que me doy la vuelta. Veo un aspecto familiar en sus ojos—es el mismo que Jeanine tenía cuando le dije a Tobías que había desarrollado un suero que podía controlarlo: orgullo.

“Listo”, le digo. “¿Tu idea?”

“Lo fue, en realidad”. Se encoge de hombros, pero no me dejo engañar. Ella es cualquier cosa menos indiferente. “Era una Sabiduría antes de que fuera una Abnegación”.

“Oh”, digo. “¿Supongo que no podías continuar con una vida académica, entonces?” Ella no muerde el anzuelo.

“Algo así, sí”. Hace una pausa.

“Me imagino que tu padre se fue por la misma razón”. Estuve a punto de alejarme para poner fin a la conversación, pero sus palabras crean una especie de presión dentro de mi mente, como si estuviera exprimiendo mi cerebro entre sus manos. La miro fijamente.

“¿No lo sabías?” Ella frunce el ceño. “Lo siento, me olvidé que los miembros de una facción rara vez hablan de sus antiguas facciones”.

“¿Qué?” digo, mi voz quebrándose.

“Tu padre nació en Sabiduría”, dice ella. “Sus padres eran amigos de los padres de Jeanine Matthews, antes de morir. Tu padre y Jeanine solían jugar juntos cuando eran niños. Solía verlos pasarse libros de ida y de vuelta en la escuela”.

Me imagino a mi padre, un hombre maduro, sentado junto a Jeanine, una mujer adulta, en una mesa en mi vieja cafetería, un libro entre ellos. La idea es tan ridícula que doy un medio bufido, medio risa. No puede ser verdad.

Excepto.

Excepto: Nunca hablaba de su familia o de su infancia.

Excepto: No tenía la actitud tranquila de alguien que creció en Abnegación.

Excepto: Su odio por Sabiduría era tan vehemente que debería haber sido personal.

“Lo siento, Beatrice”, dice Evelyn. “No tenía intención de reabrir las heridas cerradas”.

Le frunzo el ceño. “Sí, lo hacías”.

“¿Qué quieres decir—”

“Escucha con atención”, digo, bajando la voz. Compruebo por encima del hombro de ella por Tobías, para asegurarme de que no está escuchando. Todo lo que veo es a Caleb y a Susan en el piso en una esquina, pasando por un frasco de mantequilla de maní ida y vuelta. Sin Tobías.

“No soy tonta”, le digo. “Puedo ver que estás tratando de usarlo. Y te voy a decir, si es que él no lo ha descubierto ya”.

“Mi querida niña”, dice ella. “Soy su familia. Soy permanente. Tú sólo eres temporal”.

“Sí”, digo. “Su mamá lo abandonó, y su padre lo golpeaba. ¿Cómo podría su lealtad no estar con su sangre, con una familia como esa?”

Me alejo, mis manos temblando, y me siento junto a Caleb en el suelo. Susan está ahora a través de la sala, ayudando a uno de los Sin Facción a limpiar. El me pasa el frasco de

mantequilla de maní. Me acuerdo de las hileras de plantas de maní en los invernaderos de Concordia. Cultivan maní, ya que son ricos en proteínas y grasa, que es importante para los Sin Facción en particular. Saco algo de mantequilla de maní con mis dedos y me lo como.

¿Le digo lo que Evelyn me acaba de decir? No quiero hacerle creer que él tiene a Sabiduría en la sangre. No quiero darle ninguna razón para volver con ellos.

Decido guardarlo por ahora.

“Quería hablar contigo de algo”, dice Caleb. Asiento, todavía trabajando la mantequilla de maní en mi paladar.

“Susan quiere ir a ver a los Abnegación”, dice. “Y yo también quiero asegurarme de que todo está bien. Pero no quiero dejarte”.

“Está bien”, digo.

“¿Por qué no vienes con nosotros?”, Pregunta. “Abnegación te daría la bienvenida, estoy seguro”.

También lo estoy—Abnegación no guarda rencor. Pero estoy vacilando en el borde de la boca de la pena, y, si vuelvo a la vieja facción de mis padres, me tragara. Niego con la cabeza. “Tengo que ir a la sede de Sinceridad y averiguar lo que está pasando”, le digo.

“Me estoy volviendo loca, sin saber”. Me obligo a sonreír. “Pero tu deberías ir. Susan te necesita. Parece estar bastante mejor, pero aún te necesita”.

“Está bien”. Caleb asiente. “Bueno, voy a tratar de unirme a ustedes pronto. Sean cuidadosos, sin embargo”.

“¿No lo somos siempre?”

“No, creo que la palabra para cómo eres generalmente es “imprudente””. Caleb me aprieta el hombro bueno ligeramente. Como otro poco de mantequilla de maní con las puntas de los dedos.

Tobías emerge del baño de los hombres unos minutos más tarde, la camisa roja de Concordia reemplazada por una camiseta negra, y su pelo corto brillando con agua. Nuestros ojos se encuentran a través del cuarto, y sé que es hora de irse.

La sede de Sinceridad es lo suficientemente grande como para contener todo un mundo. O al menos eso me parece a mí.

Se trata de un ancho edificio de cemento que pasa por encima de lo que antes fue un río. El letrero dice MERC IS MART—solía leerse ‘Merchandise Mart’, pero la mayoría de las

personas se refieren a él como Merciless Mart, porque Sinceridad es despiadado, pero honesto.

Ellos parecen haber adoptado el apodo.

No sé qué esperar, porque nunca he estado dentro. Tobías y yo nos pausamos fuera de las puertas y nos miramos entre nosotros.

“Aquí vamos”, dice.

No puedo ver nada más allá de mi reflejo en las puertas de cristal. Tengo aspecto cansado y sucio. Por primera vez, se me ocurre que no tenemos que hacer nada. Podríamos terminar ocultándonos con los Sin Facción y dejar que el resto ordene este lío. Podríamos ser don nadie, seguros, juntos.

Él todavía no me contó de la conversación que tuvo con su madre ayer por la noche, y no creo que vaya a hacerlo. Parecía tan decidido a llegar a la sede de Sinceridad que me pregunto si él está planeando algo sin mí.

No sé por qué camino por las puertas. Tal vez decidí que como llegamos hasta aquí, bien podríamos ver lo que está pasando. Pero sospecho que es más que por que se lo que es verdad y lo que no. Soy divergente, por lo que no soy nadie, no hay tal cosa como ‘seguridad’, y tengo otras cosas en mi mente que jugar a la casita con Tobías. Y también, aparentemente, las tiene él.

El vestíbulo es amplio y bien iluminado, con pisos de mármol negro que se remontan a un ascensor. Un anillo de baldosas de mármol blanco en el centro de la habitación toman la forma del símbolo de Sinceridad: una escala desequilibrada, que simboliza el peso de la verdad contra la mentira. La sala está llena de Intrepidez armados.

Un soldado Intrepidez con el brazo en un cabestrillo se acerca a nosotros, con un arma lista fija en Tobías.

“Identifíquense”, dice ella. Es joven, pero no lo suficientemente joven como para conocer a Tobías.

Otros se reúnen detrás de ella. Algunos de ellos nos miran con sospecha, el resto con curiosidad, pero mucho más que ambos es la luz que veo en algunos de sus ojos. Reconocimiento. Puede ser que conozcan a Tobías, pero ¿cómo podrían reconocerme?

“Cuatro”, dice. Él asiente hacia mí. “Y esta es Tris. Ambos Intrepidez”.

Los ojos del soldado de Intrepidez se amplían, pero ella no baja su arma.

“¿Alguna ayuda aquí?”, Pregunta. Algunos de los Intrepidez dan un paso hacia adelante, pero lo hacen con cautela, como si fuéramos peligrosos.



“¿Hay algún problema?”, Dice Tobías.

“¿Están ustedes armados?”

“Por supuesto que estoy armado. Soy de Intrepidez, ¿no?”

“De pie con las manos detrás de la cabeza”. Lo dice violentamente, como si ella esperara que nos negáramos. Miro a Tobías. ¿Por qué está todo el mundo actuando como si estuviéramos a punto de atacarlos?

“Entramos por la puerta grande”, digo lentamente. “¿Crees que lo habría hecho si estuviéramos aquí para hacer daño?”

Tobías no me mira. Él sólo se toca con los dedos la parte posterior de su cabeza. Después de un momento, hago lo mismo. Los soldados de Intrepidez se agolpan a nuestro alrededor. Uno de ellos le da palmadas a lo largo de las piernas de Tobías mientras que otro toma el arma escondida debajo de su cintura. Otro, un chico con cara redonda y mejillas rosadas, me mira como disculpándose.

“Tengo un cuchillo en mi bolsillo trasero”. Le digo. “Pon tus manos sobre mí, y voy a hacer que te arrepientas”. Murmura algún tipo de disculpa. Sus dedos pellizcan el mango del cuchillo, con cuidado de no tocarme.

“¿Qué está pasando?”, Pregunta Tobías. El primer soldado intercambia miradas con algunos de los otros.

“Lo siento”, dice ella. “Pero se nos instruyó para arrestarlos a su llegada”.

## Capítulo once

Ellos nos rodean, pero no nos esposan, y nos encaminamos hacia los elevadores. No importa cuántas veces pregunte porque estamos bajo arresto, nadie me dice nada ni miran en mi dirección. Con el tiempo me doy por vencida y permanezco callada, como Tobías.

Vamos al tercer nivel, donde nos llevan a una pequeña habitación con el suelo de mármol blanco en vez de negro. No hay mobiliario excepto por un banco a lo largo de la pared posterior. Cada facción se supone que tiene habitaciones para los que causan problemas, pero yo nunca he estado en una antes.

La puerta se cierra detrás de nosotros, se bloquea, y estamos solos otra vez.

Tobías se sienta en el banco, frunce el ceño. Yo voy arriba y abajo por delante de él. Si él tuviera una idea de porque estamos aquí, me lo diría, así que no pregunto. Ando cinco pasos hacia delante y cinco hacia atrás, cinco pasos hacia delante y cinco pasos hacia atrás, al mismo ritmo, esperando que esto me ayude a descubrir algo.

Si Sabiduría no se hubiera hecho cargo de Sinceridad—y Edward nos dijo que no lo hizo—¿Por qué Sinceridad nos arrestaría? ¿Qué podríamos haberles hecho?

Si Sabiduría no se hubiera hecho cargo, el único delito real que queda es ponerse de su parte. ¿Hice algo que se pudiera interpretar como que estoy del lado de Sabiduría? Clavo mis dientes en mi labio de abajo tan fuerte que hago una mueca de dolor. Sí. Lo hice.

Disparé a Will. Disparé a un número de otros Intrepidez. Ellos estaban bajo simulación, pero quizás Sinceridad no lo sabe o no piensa que sea una razón suficiente.

“¿Te puedes calmar, por favor?” dice Tobías. “Estas poniéndome nervioso”.

“Esta soy yo calmada”.

Se inclina hacia delante, descansando sus codos sobre sus rodillas, y mira entre sus zapatillas. “La herida de tu labio se ve diferente”.

Me siento a su lado y abrazo mis rodillas contra mi pecho con un brazo, mi brazo derecho cuelga a mi lado. Por un rato largo, él no dice nada, y mi brazo envuelve más y más fuerte mis rodillas. Me siento como que me hago más pequeña, estoy más segura.

“A veces” dijo Tobías, “Me preocupa que no confíes en mí.”

“Confió en ti”. Dije “Por supuesto que confió en ti. ¿Por qué piensas que sería de otra manera?”

“Solo parece que hay cosas que no estás diciéndome. Yo te he contado cosas...” él sacude su cabeza. “Que no debería haberle dicho a nadie. Hay algo que te está pasando y todavía no me has dicho”.

“Están sucediendo muchas cosas. Lo sabes,” digo. “De todas formas. ¿Qué pasa contigo? Podría decir lo mismo de ti.”

Él toca mi mejilla, sus dedos empujando por mi pelo. Ignorando mi pregunta justo como yo he ignorado la suya.

“Si es sobre tus padres”. Dice él suavemente, “dímelo y te creeré”.

Sus ojos deberían estar salvajes con aprensión, dado donde nos encontramos, pero están calmados y oscuros. Ellos me transportan a lugares familiares, lugares seguros, donde confesar que disparé a mi mejor amigo sería fácil, donde no estuviera asustada de la

manera en la que me miraría Tobías cuando descubra lo que hice.

Cubro su mano con la mía. “Eso es todo”. Digo débilmente.

“Bien,” dice él. Toca su boca con la mía. Siento presión culpable en mi estómago.

La puerta se abre. Unas cuantas personas entraron—dos Sinceridad con armas; uno de piel oscura, un Sinceridad anciano; una mujer Intrepidez que no reconocí. Y después: Jack Kang, el representante de Sinceridad.

Para los estándares de la mayoría de las facciones, él es un líder joven—solo treinta y nueve años. Pero para los estándares de Intrepidez, eso no es nada. Eric se convirtió en un líder joven a los diecisiete. Pero esa es probablemente una de las razones por la que las otras facciones no toman en serio nuestras opiniones o decisiones.

Jack es guapo, también, con el pelo negro corto y cálido, ojos rasgados, como los de Tori, y pómulos altos. A pesar de verse bien, él no sabe ser encantador, probablemente es porque es un Sinceridad y ellos ven el encanto como un engaño. Confío en que él nos dirá lo que está pasando sin perder el tiempo en amabilidades. Eso es algo.

“Ellos me dijeron que parecías confundidos del porque habían sido arrestados” dice él. Su voz es profunda, pero extrañamente plana, como si no pudiera crear eco ni en la profundidad de una caverna vacía. “Para mí eso significa que han sido falsamente acusados o que son buenos fingiendo. Lo único...”

“¿De qué estamos acusados?” lo interrumpo yo.

“Él está acusado de crímenes contra la humanidad. Tú estás acusada de ser su cómplice.

“¿Crímenes contra la humanidad?” Tobías finalmente parecía enfadado. Él le dio a Jack una mirada disgustada. “¿Qué?”

“Nosotros vimos las secuencias de video del ataque. Ustedes estaban ejecutando la simulación del ataque”, dice Jack.

“¿Cómo has podido ver el video? Tomamos todos los datos”, dice Tobías.

“Tomaron una copia de los datos. Todo el video de Intrepidez fue completamente registrado durante el ataque y también fue enviado a otros ordenadores a través de la ciudad” dice Jack. “Todos te vimos ejecutando la simulación y ella siendo golpeada hasta casi la muerte antes de darse por vencida. Entonces tú lo paraste, tuvieron una brusca reconciliación de amantes, y robaron el disco duro juntos. Una razón posible es porque la simulación se había terminado y no querías que nosotros pusiéramos nuestras manos en ella.

Casi me río. Mi gran acto de heroísmo. La única cosa importante que he hecho, y ellos piensan que estaba trabajando para Sabiduría cuando lo hice.

“La simulación no acabó”, digo. “Nosotros la paramos, tú...”

Jack sostiene sus manos hacia arriba. “No estoy interesado en lo que tú tengas que decir ahora mismo. La verdad saldrá cuando ambos sean interrogados bajo la influencia del suero de la verdad.

Christina me habló del suero de la verdad una vez. Ella me dijo que la parte más difícil de la iniciación de Sinceridad era cuando te daban el suero de la verdad y tenías que responder a preguntas personales delante de todos los miembros de la facción. No necesito buscar en mi misma los más profundos, y oscuros secretos para saber que el suero de la verdad es la última cosa que quiero en mi cuerpo.

“¿El suero de la verdad? Sacudo mi cabeza. “No, de ningún modo.

“¿Tienes algo que ocultar? Dice Jack, elevando ambas cejas.

Quiero decirle que cualquiera con una pizca de dignidad quiere mantener algunas cosas para sí mismo, pero no quiero aumentar sus sospechas. Así que sacudo mi cabeza.

“Todo correcto, entonces”. El comprueba su reloj. “Ahora es medio día. El interrogatorio será a las siete. No se molesten en prepararse. No pueden retener información mientras están bajo la influencia del suero de la verdad.

Él se gira sobre sus talones y sale de la habitación.

“Que hombre más agradable,” dice Tobías.

Un grupo de Intrépidos armados me escolta al baño temprano en la tarde. Me tomo mi tiempo, dejando que mis manos se vuelvan rojas con el agua caliente del grifo y mirando mi reflejo. Cuando era Abnegación y no estaba permitido mirarse en los espejos, solía pensar lo mucho que podía cambiar la apariencia de una persona en tres meses.

Me veo mayor. Quizás es el pelo corto o quizás que llevo todo lo que ha sucedido como una máscara. De cualquier manera, siempre pensé que sería feliz cuando ya no pareciera una niña. Pero todo lo que siento es un nudo en mi garganta. Ya no soy la hija que mis padres conocían. Ellos nunca sabrán como soy ahora.

Me giro lejos del espejo y empujo la puerta del pasillo abriéndola con la palma de mis manos.

Cuando el Intrepidez me deja en la sala de espera, me detengo en la puerta. Tobías luce como la primera vez que lo encontré—camiseta negra, pelo corto, expresión dura. La visión de él solía llenarme de nerviosa excitación. Recuerdo cuando tomé su manos fuera de la habitación de entrenamiento, solo por unos cuantos segundos, o cuando nos sentamos juntos en las rocas cerca del abismo, y siento una punzada de nostalgia de como las cosas solían ser.

“¿Hambrienta?” Él pregunta. Me ofrece un bocadillo del plato cercano a él.

Lo tomo y me siento, inclinando mi cabeza en su hombro. Todo lo que nos queda es esperar, así que eso hacemos. Comemos hasta que la comida se termina. Nos sentamos hasta que nos sentimos incómodos. Luego nos tumbamos cerca el uno del otro en el suelo, hombro con hombro, mirando a la misma zona del techo blanco.

“¿Qué temas decir?” dice él.

“Cualquier cosa. Todo. No quiero revivir nada.

Él asiente. Cierro los ojos y finjo dormir. No hay reloj en la habitación, así que no puedo contar los minutos que quedan hasta el interrogatorio.

El tiempo bien no podría existir en este sitio, excepto por que siento la presión contra mi mientras las siete en punto se acercan inevitablemente, empujándome hacia los azulejos del suelo.

Tal vez el tiempo no se sentiría tan duro si no tuviera este sentimiento de culpa—la culpa por conocer la verdad y arrepintiéndome donde nadie puede verlo, ni Tobías. Quizás no tendría que estar tan asustada de decir algo, porque honestamente me hará sentir más ligera.

Debí dormirme con el tiempo, porque me desperté de repente con el sonido de la puerta abriéndose. Unos pocos Intrepidez entran cuando nos estábamos levantando, y uno de

ellos dice mi nombre. Christina empuja su camino a través de los demás y tira sus brazos a mi alrededor. Sus dedos se clavan en la herida de mi hombro y yo grito.

“Recibí un disparo” digo. “En el hombro. Ow”.

“Oh, Dios” Ella me libera. “Lo siento, Tris.

Ella no parece la Christina que yo recuerdo. Su pelo es más corto, como el de un chico, y su piel es grisácea en vez del cálido marrón. Ella me sonrío, pero su sonrisa no llega a sus ojos, los cuales todavía se ven cansados. Intento sonreírle de vuelta, pero estoy demasiado nerviosa. Christina estará en mi interrogatorio. Ella escuchara lo que le hice a Will. Nunca me perdonará.

A menos que combata el suero, tragar la verdad—Si puedo.

¿Pero es eso lo que quiero realmente? ¿Dejar que esto se quede dentro de mí para siempre?

“¿Estas bien? Escuché que estabas aquí así que pedí acompañarte”, me dice mientras dejamos la sala de espera. “Sé que no lo hiciste. Tú no eres una traidora”.

“Estoy bien”, digo. “Y gracias. ¿Cómo estás?”

“Oh, yo...” Su voz se desvanece, y se muerde el labio. “Nadie te lo ha dicho... Quiero decir, quizás ahora no es el momento, pero...”

“¿Qué? ¿Qué pasa?”

“Um... Will murió en el ataque” dice.

Ella me da una mirada triste, y expectante. ¿Esperando que?

Oh. Se supone que yo no sé qué Will ha muerto. Puedo fingir estar conmocionada, pero probablemente no sería muy convincente. Es mejor admitir que ya lo sé. Pero no sé cómo explicárselo sin decírselo todo.

De pronto me siento enferma. ¿De verdad estoy evaluando la mejor manera de engañar a mi amiga?

“Lo sé” digo. “Lo vi por los monitores, cuando estuve en la sala de control. Lo siento. Christina.

“Oh” Ella asiente. “Bueno... Me alegro de que ya lo supieras. Yo realmente no quería darte la noticia en el pasillo.

Una pequeña risa. Un destello de una sonrisa. Ninguna de las dos como solía ser.

Entramos en el ascensor. Puedo sentir a Tobías mirándome—él sabe que no vi a Will por los monitores, y él no sabía que Will estaba muerto. Miro hacia delante y finjo que sus ojos no me estaban incendiando.

“No te preocupes por el suero de la verdad” dice ella. “Es fácil. Apenas sabes lo que está sucediendo cuando estas bajo su influencia. Solo cuando tú resurges sabes lo que has dicho. Yo lo hice cuando era una niña. Es muy común en Sinceridad.

Los otros Intrepidez del elevador se miran entre ellos. En circunstancias normales, alguien la regañaría por discutir sobre su antigua facción, pero esta no es una circunstancia normal. En ningún otro momento de la vida de Christina, ella tendría que escoltar a su mejor amiga, ahora una sospechosa traidora, a un interrogatorio público.

“¿Están todos los demás bien?” digo. ¿Uriah, Lynn, Marlene?

“Todos están aquí”. Dice ella. “Excepto el hermano de Uriah, Zeke, que está con los otros Intrepidez.

“¿Qué? Zeke, el que aseguro mis cuerdas en la tirolesa, ¿un traidor?

El ascensor para en el piso superior, y los otros salieron.

“Lo sé” dice, “Nadie lo vio venir”.

Ella toma mi brazo y me dirige hacia la puerta. Andamos por un pasillo de mármol negro—debe ser fácil perderse en la sede de Sinceridad, todo aquí parece igual. Caminamos por otro pasillo y cruzamos unas puertas dobles. Desde el exterior el Merciless Mart es un bloque rechoncho con una parte estrecha en el centro. Desde dentro, esa parte estrecha es un hueco de tres plantas de salas con paredes vacías en vez de ventanas. Veo el cielo oscuro sobre mí, sin estrellas.

Aquí los suelos de mármol son blancos, con el símbolo de Sinceridad negro en el centro de la sala, y las paredes están iluminadas con líneas de luces amarillo oscuro, así toda la habitación está iluminada. Todas las voces hacen eco.

La mayoría de los Sinceridad y el resto de Intrepidez ya están reunidos. Algunos de ellos están sentados en las gradas que envuelven el borde la habitación, pero no hay espacio suficiente para todos, así que el resto está abarrotado alrededor del símbolo de Sinceridad. En el centro del símbolo entre las escalas desequilibradas, hay dos sillas vacías.

Tobías alcanza mi mano. Uno mis dedos con los suyos.

Nuestros guardias Intrepidez nos conducen al centro de la habitación, donde nos dan la bienvenida, con lo mejor, murmullos, y con lo peor, burlas. Veo a Jack Kang en la primera fila de las gradas.

Un viejo de piel oscura, camina hacia delante, con una caja negra en sus manos.

“Me llamo Niles” dice. “Seré su interrogador. Tú...” señala a Tobías. “Tú iras primero. Así que si puedes caminar hacia....

Tobías aprieta mi mano, y luego la libera, y me quedo con Christina en el borde del símbolo de Sinceridad. El aire en la habitación es cálido... húmedo, aire de verano, aire de puesta de sol—pero se siente frío.

Niles abre la caja negra, contiene dos agujas, una para Tobías y una para mí. Él también toma una toallita antiséptica de su bolsillo y se la ofrece a Tobías. Nosotros no nos preocupamos por esa clase de cosas en Intrepidez.

“El sitio de tu inyección es en tu cuello” dice Niles.

Todo lo que escucho, cuando Tobías se aplica el antiséptico en su piel, es el viento. Niles camina hacia delante y clava la aguja en el cuello de Tobías, exprimiendo el líquido turbio y azulado en sus venas. La última vez que vi a alguien inyectándole algo a Tobías, fue a Janine, poniéndolo en una nueva simulación, una que era efectiva incluso para los Divergentes—o eso creía ella. Pensé, entonces, que él estaba perdido para mí para siempre.

Tiemblo.

## Capítulo doce

“Les haré una serie de simples preguntas así pueden acostumbrarse al suero mientras hace todo su efecto “dice Niles. “Ahora. ¿Cuál es tu nombre?”

Tobías se sienta con hombros derechos y la cabeza baja, como si su cuerpo fuera demasiado pesado para él. Él frunce el ceño y se retuerce, y a través de sus dientes apretados dice:

“Cuatro”.

Tal vez no es posible mentir bajo el suero de la verdad, pero seleccionar cual parte de la verdad decir: Cuatro es su nombre, pero no es su nombre.

“Es un sobrenombre “dice Niles. “¿Cuál es tu nombre real?”

“Tobías “dice él.

Christina me codea. “¿Sabías eso?”

Asiento.

“¿Cuáles son los nombres de tus padres, Tobías?”

Tobías abre su boca para responder, y luego aprieta su mandíbula como para evitar escupir las palabras. “¿Por qué esto es relevante?” pregunta.

Los Concordia alrededor de mí murmuran entre sí, algunos de ellos frunciendo el ceño. Le alzo mi ceja a Christina.

“Es extremadamente difícil no responder inmediatamente las preguntas mientras estás bajo el efecto del suero” dice ella. “Quiere decir que tiene una voluntad seriamente fuerte. Y algo que ocultar”.

“Tal vez no era relevante antes, Tobías” dice Niles, “pero lo es ahora que te has resistido a contestar la pregunta. Los nombres de tus padres, por favor”.

Tobías cierra sus ojos. “Evelyn y Marcus Eaton”.

Los apellidos son sólo significados adicionales de identificación, útiles solamente para prevenir la confusión en los registros oficiales. Cuando nos casamos, un esposo tiene que tomar el apellido del otro, o ambos uno nuevo. Sin embargo, mientras podemos traer nuestros nombres de familia a la facción, rara vez los mencionamos. Pero todo el mundo reconoce el apellido de Marcus. Puedo notarlo por el clamor que se eleva en la sala después de que Tobías habla. Todos los Concordia saben que Marcus es el oficial de gobierno más influyente, y algunos deben haber leído el artículo que Jeanine publicó sobre la crueldad hacia su hijo. Fue una de las cosas que dijo ella que era cierta. Y ahora todo saben que Tobías era ese hijo.

Tobías Eaton es un nombre poderoso.

Niles espera por silencio, luego continua, “¿entonces eres un transferido de facción, verdad?”

“Sí”.

“¿Te transferiste de Abnegación a Intrepidez?”

“Sí “Tobías dice bruscamente”. “¿No es obvio?”

Me muerdo mi labio. Él debe calmarse; está diciendo mucho. Entre más reacio sea a responder una pregunta, más determinado Niles estará por escuchar la respuesta.

“Uno de los propósitos de este interrogatorio es determinar tus lealtades” dice Niles, “así que debo preguntar: ¿Por qué te transferiste?”

Tobías mira a Niles, y mantiene su boca cerrada. Segundos pasan en completo silencio. Entre más se resiste al suero, más difícil parece para él: color llena sus mejillas, y su respiración es más rápida, pesada. Mi pecho duele por él. Los detalles de su infancia deberían quedarse dentro de él, si eso es lo que él quiere. Concordia es cruel por forzárselos, por arrebatar su libertad.

“Esto es horrible” le digo con vehemencia a Christina. “Erróneo”.

“¿Qué?” dice ella. “Es una simple pregunta”.

Niego con mi cabeza. “No lo entiendes”.

Christina me sonrío un poco. “En verdad te importa él”.

Estoy demasiado ocupada viendo a Tobías para responder.

Niles dice, “lo preguntaré de nuevo. Es importante que entendamos la amplitud de tu lealtad a tu facción elegida. ¿Por qué te transferiste a Intrepidez, Tobías?”

“Para protegerme” dice Tobías. “Me transferí para protegerme”.

“¿Protegerte de qué?”

“De mi padre”.

Todas las conversaciones en la habitación se detienen, y el silencio que deja a su paso es peor que lo que eran los murmullos. Espero que Niles sigan probando, pero no lo hace.

“Gracias por tu honestidad” dice Niles.

Concordia repite la frase en voz baja. A mi alrededor hay “Gracias por tu honestidad” en diferentes volúmenes y voces, y mi odio empieza a disolverse. Las palabras susurradas



parecen recibir a Tobías, parecen adoptar su secreto más oscuro y luego desecharlo.

No es crueldad, tal vez, pero hay un deseo por entender, que los motiva. Eso no me asusta menos de estar bajo el efecto del suero.

“¿Eres leal con tu facción actual, Tobías?” Niles dice.

“Mi lealtad está con quien no quiera apoyar el ataque a abnegación” dice él.

“Hablando de eso” Niles dice “creo que necesitamos concentrarnos en lo que sucedió ese día. ¿Qué recuerdas al estar bajo simulación?”

“No estaba bajo simulación, al principio” dice Tobías. “No funcionó”.

Niles se ríe un poco. “¿Qué quiere decir con que no funcionó?”

“Una de las características definidas de los Divergentes es que sus mentes son resistentes a las simulaciones” dice Tobías. “Soy Divergente. Así que no funcionó”.

Más murmullos. Christina me codea.

“¿Tú también?” dice ella, cerca de mi oído para que pueda quedarse callada. “¿Es por eso que estaban despiertos?”

La miro. He pasado los últimos meses asustada de la palabra “Divergente,” aterrorizada de que alguien descubra lo que soy. Pero no seré capaz de ocultarlo por más tiempo. Asiento.

Es como si sus ojos se crecieran para llenar sus cuencas; son tan grandes como pueden serlo. Tengo problemas identificando su expresión. ¿Es shock? ¿Miedo? ¿Asombro?

“¿Sabes lo que eso significa?” digo.

“Lo escuché cuando era pequeña” dice en un susurro de reverencia.

Definitivamente asombro.

“Fue como una historia de fantasía” dice ella. ¡Hay personas con poderes especiales entre nosotros! Así.

“Bueno, no es fantasía, y no es la gran cosa” digo. Es como la simulación de miedo a los paisajes, estabas consciente de que estabas ahí, y podías manipularlo. Excepto que para mí, es así en cada simulación.

“Pero Tris” dice ella, poniendo su mano en mi codo. “Eso es *imposible*”.

En el centro de la habitación, Niles tiene sus manos extendidas y está intentando callar a la multitud, pero hay demasiado susurros; algunos hostiles, algunos atemorizados,

algunos de asombro, como los de Christina.

Finalmente Niles se pone de pie y grita,

“¡Si no hacen silencio, pediré que se vayan!”

Al final todos se callan. Niles se sienta.

“Ahora” dice él. “Cuando dices “resistente a las simulaciones”, ¿qué quieres decir?”

“Usualmente, significa que estoy consciente durante las simulaciones” dice Tobías. Parece estar mejor con el suero de la verdad cuando él responde preguntas objetivas en vez de las emocionales. No suena como si estuviera bajo el efecto del suero en absoluto, aunque su postura recta y ojos desubicados indican otra cosa. Pero el ataque de simulación fue diferente, usando una clase de suero diferente, uno con transmisores de largo alcance. Obviamente los transmisores no funcionaron en los Divergentes en absoluto, porque me desperté en mi propia mente esa mañana.

“Dijiste que no estaba bajo la simulación *al principio*. ¿Puedes explicar que querías decir con eso?”

“Quiero decir que fui descubierta y llevado hacia Jeanine, y ella inyectó una versión del suero de simulación específicamente dirigido a los Divergentes. Estaba consciente durante esa simulación, pero no hizo mucho bien.

“Las secuencias de las oficinas centrales de Intrepidez te muestran *dirigiendo* la simulación” dice Niles oscuramente. “¿Cómo, exactamente, explicas eso?”

“Cuando una simulación está en curso, tus ojos siguen viendo y procesando el mundo real, pero tu cerebro ya no los comprende. En cierto nivel, sin embargo, tu cerebro sabe qué estás viendo y quien eres. La naturaleza de esta nueva simulación fue que grabó mis respuestas emocionales a las estimulaciones exteriores”, Tobías dice, cerrando sus ojos por unos segundos, “y responde al alterar la apariencia de esa estimulación. La simulación convirtió a mis amigos en enemigos, a enemigos en amigos. Pensé que estaba apagando la simulación. En verdad estaba recibiendo instrucciones en cómo hacer que siguiera funcionando”.

Christina asiente con sus palabras. Me siento más calmada cuando veo que la mayoría de la multitud está haciendo lo mismo. Es el beneficio del suero de la verdad, me doy cuenta. El testimonio de Tobías es irrefutable de esta manera.

“Hemos visto las tomas de lo que últimamente te sucedió en la sala de control “dice Niles”, pero es confuso. Por favor descríbelo para nosotros.

“Alguien entró en la habitación, pensé que era un soldado Intrepidez, tratando de detenerme de destruir la simulación. Estaba peleando con ella, y...” Tobías frunce el ceño, luchando “... Y luego ella se detuvo, y yo me confundí. Incluso si hubiera estado despierto, habría estado confundido. ¿Por qué se rendiría? ¿Por qué no sólo me mataba?

Sus ojos buscaron en la multitud hasta que me encontraron. Mi latido vive en mi garganta; vive en mis mejillas.

“Todavía no lo entiendo” dice suavemente, “como si ella supiera que eso iba a funcionar”.

Vidas en mis dedos.

“Creo que mis emociones en conflicto confundieron a la simulación” dice él. “Y luego escuché su voz. De alguna forma, eso me permitió pelear contra la simulación”.

Mis ojos arden. Había tratado de no pensar en ese momento, cuando pensé que él estaba tan perdido para mí que pensé que pronto estaría muerta, cuando todo lo que quería hacer era sentir su latido. Trato de no pensar en eso ahora; pestañeo las lágrimas fuera de mis ojos.

“La reconocí”, finalmente, dice él. “Volvimos a la habitación de control y detuvimos la simulación”.

“¿Cuál es el nombre de esta persona?”

“Tris, dice él. “Beatrice Prior, quiero decir”.

“¿La conocías?”

“Sí”.

“¿Cómo la conociste?”

“Fui su instructor” dice él. “Ahora estamos juntos”.

“Tengo una última pregunta” dice Niles. “En Concordia, antes de que una persona sea aceptada en nuestra comunidad, tienen que exponerse completamente. Dadas las circunstancias en las que estamos, requerimos lo mismo de ti. Así que, Tobías Eaton: ¿cuál es tu arrepentimiento más profundo?”

Lo miré, desde sus zapatillas desgastadas a sus dedos largos y sus cejas rectas.

“Me arrepiento... Tobías levanta su cabeza, y suspira. “Me arrepiento de mi decisión”.

“¿Qué decisión?”

“Intrepidez” dice él. Nací para Abnegación. Estaba planeando dejar Intrepidez, y volverme un sin facción. Pero luego la conocí a ella, y... sentí como si tal vez podía convertir mi decisión en algo más.

*Ella.*

Por un momento, es como si estuviera mirando a una persona diferente, metida en la piel

de Tobías, una cuya vida no es tan simple como pensé. Él quería dejar Intrepidez, pero se quedó por mí. Él nunca me dijo eso.

“Escoger Intrepidez para escapar de mi padre fue un acto de cobardía, dice él. “Me arrepiento de esa cobardía. Significa que no soy digno de mi facción. Siempre me arrepentiré”.

Espero que Intrepidez deje escapar gritos indignados, tal vez que carguen su silla y lo vuelvan una pulpa. Son capaces de hacer cosas mucho más erráticas que eso. Pero no lo hacen. Se quedan en silencio de piedra, con rostros de piedra, mirando al joven hombre que no los traicionó, pero nunca sintieron que en verdad les perteneciera.

Por un momento todos estamos en silencio. No sé quién empieza el murmullo; parece originarse de la nada, salir de nadie, pero alguien susurra “Gracias por tu honestidad” y el resto de la habitación lo repite.

“Gracias por tu honestidad” susurran.

Y no me uno.

Soy la única cosa que lo mantuvo en la facción que quería dejar. No valgo eso.

Tal vez él merece saberlo.

Niles se para en el medio de la habitación con una aguja en la mano. Las luces encima de él la hacen brillar. Alrededor de mí, los Intrepidez y Concordia esperan que dé un paso adelante y escupa mi vida entera frente a ellos.

Una idea se me ocurre: *tal vez pueda luchar con el suero*. Pero no sé si debo intentarlo. Puede ser mejor para las personas que amo si hago honesto. Camino rígidamente hacia el centro de la habitación mientras Tobías se va de esta. Mientras pasamos el uno junto al otro, él toma mi mano y aprieta mis dedos.

Luego se va y sólo somos Niles, la aguja y yo. Limpio un lado de mi cuello con el antiséptico, pero cuando él se mueve con la aguja, me muevo hacia atrás.

“Prefiero hacerlo yo” digo, extendiendo mi mano.

Nunca jamás dejaré que otra persona me inyecte, no después de dejar que Eric me inyectara con el suero de simulación de ataque después de mi ataque final. No puedo cambiar el contenido de la jeringa sólo haciéndolo yo, pero al menos de esta manera, soy el instrumento de mi propia destrucción.

“¿Sabes cómo?” dice él, alzando una poblada ceja.

“Sí”.

Niles me ofrece la jeringa. La posiciono encima de la vena en mi cuello, inserto la aguja, y

presiono el émbolo. A penas siento el pinchazo. Estoy demasiado cargada con adrenalina.

Alguien viene con una bolsa de basura, y lanzo la aguja dentro. Siento los efectos del suero inmediatamente después de eso. Hace que la sangre se sienta como plomo en mis venas. Casi colapso llegando a la silla, Niles tiene que agarrar mi brazo y guiarme hacia allí.

Segundos después mi cerebro se vuelve silencioso. *¿Qué estaba pensando?* No parece importar. Nada importa excepto la silla debajo de mí y el hombre sentado frente a mí.

“¿Cuál es tu nombre?” dice él.

Al segundo que él hace la pregunta, la pregunta salta fuera de mi boca. “Beatrice Prior”.

“¿Pero te dicen Tris?”

“Sí”.

“¿Y cuáles son los nombres de tus padres, Tris?”

Andrew y Natalie Prior.

“También eres una transferida de facción, ¿verdad?”

“Sí” digo.

Pero un nuevo pensamiento susurra en la parte posterior de mi cabeza. ¿También? también se refiere a alguien más, y en ese caso, alguien más es Tobías. Frunzo el ceño mientras trato de imaginar a Tobías, pero es difícil forzar la imagen de él en mi mente. No tan difícil que no pueda hacerlo, sin embargo. Lo veo, y veo un destello de él sentado en la misma silla en la que yo estoy.

“¿Venías de Abnegación? ¿Y escogiste Intrepidez?”

“Sí”, digo de nuevo, pero esta vez, la palabra suena lacónica. No sé por qué, exactamente.

“¿Por qué te transferiste?”

La pregunta es más complicada, pero sé la respuesta. *No era lo suficientemente buena para Abnegación* está en la punta de mi lengua, pero otra frase la reemplaza: *quería ser libre*. Ambas son ciertas. Quiero decirlas. Aprieto los descansabrazos y trato de recordar donde estoy, qué estoy haciendo. Veo personas a mí alrededor, pero no sé por qué están aquí. Me someto, de la manera que solía someterme cuando casi recordaba la respuesta a una pregunta en un examen pero no la podía meter en mi mente. Solía cerrar mis ojos e imaginar la página del libro en la que estaba la respuesta. Lucho por unos segundos, pero no puedo hacerlo; no puedo recordar.

“No era lo suficientemente buena para Abnegación” digo, “y quería ser libre. Así que elegí

Intrepidez.”

“¿Por qué no eras lo suficientemente buena?”

“Porque era egoísta” digo.

“¿Eras egoísta? ¿Ya no?”

“Por supuesto que lo soy. Mi mamá dice que todos somos egoístas” digo, “pero me volví menos egoísta en Intrepidez. Descubrí que había personas por las cuales pelearía. Moriría, incluso”.

Esa respuesta me sorprende, ¿por qué? Aprieto mis labios por un momento. Porque es verdad, si lo digo aquí, debe ser verdad. Ese pensamiento me da el eslabón perdido de la cadena de pensamiento que estaba intentando encontrar. Estoy aquí para una prueba de detector de mentiras. Todo lo que diga es cierto.

Siento una gota de sudor bajar por la parte posterior de mi cuello.

Prueba de detector de mentiras. Suero de la verdad. Tengo que recordarme a mí misma. Es muy fácil perderse en la honestidad.

“Tris, ¿podrías decirnos qué pasó el día del ataque?”

“Me desperté, digo, y todos estaban bajos una simulación. Así que seguí la corriente hasta que encontré a Tobías”.

“¿Qué pasó después de que tú y Tobías se separaron?”

“Jeanine trató de matarme, pero mi madre me salvó. Ella solía ser Intrepidez, así que sabía cómo usar un arma”.

Mi cuerpo se siente más pesado ahora pero ya no frío. Siento algo agitándose en mi pecho, algo peor que la tristeza, peor que el arrepentimiento.

Sé lo que sigue. Mi madre murió y yo maté a Will; le disparé; lo maté.

“Ella distrajo a los soldados Intrepidez para que yo pudiera irme, y ellos la mataron” digo.

*Algunos corrieron tras de mí, y yo los maté. Pero hay Intrepidez en la multitud a mí alrededor, Intrepidez, maté algunos de Intrepidez, no debería hablar de eso aquí.*

“Seguí corriendo, digo. Y...” Y Will corrió tras de mí. Y lo maté. No, no. Siento sudor en mi línea de nacimiento del cabello.

“Y encontré a mi hermano y mi padre” digo, mi voz reprimida. “Formamos un plan para destruir la simulación”.

Los bordes del descansar brazos se entierran en mi palma. Retuve un poco de la verdad. Seguramente eso cuenta como decepción.

Peleé contra el suero. Y en ese momento, gané. Me debo sentir triunfadora. En cambio, siento el peso de lo que hice aplastándome de nuevo.

“Entramos en el recinto de Intrepidez, y mi padre y yo fuimos a la sala de control. Él peleó contra soldados de Intrepidez a expensa de su vida” digo. “Yo llegué a la sala de control, y Tobías estaba allí”.

“Tobías dijo que peleaste con él, pero luego te detuviste. ¿Por qué lo hiciste?”

“Porque me di cuenta que uno de los dos tendría que matar al otro” digo, “y yo no quería matarlo”.

“¿Te rendiste?”

“¡No!” digo rápidamente. “No, no exactamente. Recordé algo que había hecho en mi paisaje de miedo en mi iniciación de Intrepidez... en una simulación, una mujer exigió que matara a mi familia, y dejé que me disparara en cambio. Funcionó en ese momento”. — pellizco el puente de mi nariz. Mi cabeza está comenzando a doler y mi control se ha ido y mis pensamientos corren en palabras. “Estaba tan desesperada, pero todo en lo que pude pensar fue que estaba ahí; que había fuerza. No podía matarlo, así que lo intenté”.

Pestañeo las lágrimas de mis ojos.

“¿Así que nunca estuviste bajo simulación?”

“No”. Presiono la palma de mis manos en mis ojos, sacando las lágrimas así no pueden caer a mis mejillas para que todos las vean.

“No” digo de nuevo. “No, soy Divergente”.

“Sólo para clarificar” dice Niles. “¿Me estás diciendo que casi fuiste matada por Sabiduría... y luego hiciste tu camino hacia el recinto de Intrepidez... y destruiste la simulación?”

“Sí” digo.

“Creo que hablo por todos” dice él, “cuando digo que te ganaste el título de Intrepidez”.

Gritos se alzan desde la esquina izquierda de la habitación, y veo borrones de puños presionándose en el oscuro aire. Mi facción, llamándome.

Pero no, están equivocados, yo no soy osada, no soy osada, le disparé a Will y no puedo admitirlo, ni siquiera puedo admitirlo...

“Beatrice Prior” dice Niles, “¿cuál es tu arrepentimiento más profundo?”

¿De qué me arrepiento? No me arrepiento de elegir Intrepidez o dejar Abnegación. Ni siquiera me arrepiento de dispararles a los guardias afuera de la sala de control, porque era tan importante pasarlos.

“Me arrepiento de...”

Mis ojos dejan el rostro del Niles y pasean por la habitación, y aterrizan en Tobías. Él está sin expresión, su boca en una línea firme, su mirada impasible. Sus manos cruzadas encima de su pecho, sus manos tan apretadas que sus nudillos están blancos. Junto a él está Christina. Mi pecho se aprieta, no puedo respirar.

Tengo que decirles. Tengo que decirles la verdad.

“Will” digo. Suena como un jadeo, como si fuera sacado directamente de mi estómago. Ahora no hay vuelta atrás.

“Le disparé a Will” digo, mientras estaba bajo la simulación. Lo maté. Él iba a matarme, pero yo lo maté. Mi amigo.

Will, con las arrugas entre sus cejas, con ojos tan verdes como el apio y la habilidad de recitar manifiestos de Intrepidez de memoria. Siento un dolor en mi estómago tan intenso que casi gruño. Duele recordarlo. Duele cada parte de mí.

Y hay algo más, algo de lo que no me había dado cuenta antes. Estaba dispuesta a morir en vez de matar a Tobías, pero nunca se me ocurrió eso con Will. Decidí matar a Will en una fracción de segundo.

Me sentí vacía. No me di cuenta que usaba mis secretos como una armadura hasta que se habían ido, y ahora todos me ven como soy.

“Gracias por tu honestidad” dicen ellos.

Pero Tobías y Christina no dicen nada.



## Capítulo trece.

Me levanto de la silla. No me siento tan mareada como lo hacía hace un momento; el suero se está desgastando. La multitud se inclina, y busco una puerta. No acostumbro a huir de las cosas, pero debería escapar de esto.

Todo el mundo empieza a presentarse fuera de la habitación, a excepción de Christina. Ella está donde la dejé, sus manos en puños están en proceso de desenrollarse. Sus ojos encuentran los míos, y sin embargo no lo hacen. Lagrimas nadando en sus ojos, y sin embargo no está llorando.

“Christina”, le digo, pero las únicas palabras que se me ocurren “lo siento” suenan más como un insulto que como una disculpa. Lamentarlo es lo que dices cuando golpeas a alguien con tu codo, lo que dices cuando interrumpes a alguien. Estoy más que arrepentida.

“Tenía una pistola”, le digo. “Estaba a punto de pegarme un tiro. Él estaba bajo la simulación.”

“Lo mataste”, dice. Sus palabras suenan más grandes de lo que usualmente lo hacen, como expandiéndose en su boca antes de que las diga. Me mira como si me reconociera por unos segundos, luego se gira.

Una chica joven con el mismo color de piel y la misma altura toma su mano—la hermana menor de Christina. La vi en el Día de Visita, hace mil años. El suero de la verdad hace que la vista de ello nade ante mí, o podrían ser las lágrimas reuniéndose en mis ojos.

“¿Estás bien?”, dice Uriah, emergiendo de la multitud para tocar mi hombro. No lo he visto desde antes del ataque de simulación, pero no puedo encontrar algo en mí para darle la bienvenida.

“Sí.”

“Hey”. Aprieta mi hombro. “Hiciste lo que tenías que hacer, ¿verdad? Para salvarnos de ser esclavos de Sabiduría. Ella se dará cuenta con el tiempo. Cuando disminuya el dolor.”

Ni siquiera puedo encontrar en mí para asentir. Uriah me sonrío y camina lejos. Algunos Intrépidos me rozan y murmuran palabras que suenan como gratitud, o cumplidos, o tranquilidad. Otros me eluden, me miran con ojos entrecerrados, sospechosos.

Los cuerpos vestidos de negro se expanden en frente mío. Estoy vacía. Todo ha salido en tropel de mí.

Tobías está junto a mí. Me preparo para su reacción.

“Recuperé nuestras armas”, me dice, ofreciéndome un cuchillo.

Lo meto en mi bolsillo trasero, sin mirarlo a los ojos.

“Podemos hablar sobre eso mañana”, dice. Tranquilamente. La tranquilidad es peligrosa, con Tobías.

“Está bien.”

Desliza su brazo sobre mis hombros. Mi mano encuentra su cadera, y lo empujo contra mí. Me agarro fuerte mientras andamos juntos hacia los ascensores.

Él nos descubre dos catres al final del vestíbulo en algún sitio. Nos acostamos con nuestras cabezas a pulgadas de distancia, sin hablar.

Cuando estoy segura de que está dormido, me escapo desde debajo de las mantas y paseo por el pasillo, pasando una docena de Intrepidez. Encuentro la puerta que conduce a las escaleras.

A medida que subo, paso a paso, y mis músculos empiezan a arder, y mis pulmones luchan por aire, siento los primeros momentos de alivio que he experimentado en días. Puede que sea buena corriendo en terrenos planos, pero subir las escaleras es otra cosa. Masajeo un espasmo del tendón de mi tibia mientras paso por el duodécimo piso y trato de recobrar parte de mi aire perdido. Sonrío abiertamente a la quemadura feroz en mis piernas, en mi pecho. Usando el dolor para aliviar el dolor. No tiene mucho sentido. En el momento en que llego al piso dieciocho, mis piernas se sienten como si se hubiesen convertido en líquido. Arrastro los pies hasta el lugar donde fui interrogada. Está vacío ahora, pero los bancos del anfiteatro todavía están ahí, al igual que la silla en que me senté. La luna brilla detrás de una neblina de nubes.

Pongo mis manos sobre el respaldo de la silla. Es simple: de madera, un poco chirriante. Qué raro que algo tan simple podría haber sido clave en mi decisión de arruinar una de mis relaciones más importantes, y dañar a otro.

Ya es bastante malo que maté a Will, que no pensé lo suficientemente rápido como para llegar a otra solución. Ahora tengo que vivir con el juicio de los demás, así como el mío, y el hecho de que nada “ni siquiera yo” será de vuelta lo mismo.

La Sinceridad canta los elogios de la verdad, pero nunca te dice cuánto cuesta.

El borde de la silla muerde mis manos. La estaba apretando más fuerte de lo que pensaba. Miro abajo hacia ella por un segundo y luego la levanto, balanceando sus piernas en mi hombro bueno. Busco en el borde de la habitación por una escala o escalera que me ayude a subir. Todo lo que veo son bancos de anfiteatro, elevándose del suelo. Me acerco al banco más grande, y levanto la silla por encima de mi cabeza. Apenas toca la repisa debajo de uno de los espacios de la ventana. Salto, empujando la silla hacia delante, y deslizándola por la repisa. El hombro me duele—realmente no debería estar usando mi brazo—pero tengo otras cosas en mi mente.

Salto, agarro la repisa, y tiro de mi misma, mis brazos temblando. Balanceo mi pierna y arrastro el resto de mi cuerpo sobre la repisa. Cuando estoy arriba, me acuesto por un momento, aspiro el aire y me levanto otra vez.

Estoy en la cornisa, bajo el arco de lo que solía ser una ventana, observando la ciudad. El río muerto se enrosca alrededor del edificio y desaparece. El puente, su pintura roja descascarada, se despliega por el lodo. A través de ellos los edificios, la mayoría vacíos. Es difícil creer que alguna vez hubo gente en la ciudad, suficiente como para llenarlos.

Por un momento, me permito entrar de nuevo en la memoria de los interrogatorios. La falta de expresión de Tobías; su ira después, suprimida por mi sanidad. La mirada vacía de Christina. Los susurros, “Gracias por tu honestidad”. Es fácil decir que lo que hice no les afecta.

Agarro la silla y la empujo fuera de la repisa. Un débil lloriqueo se me escapa. Se convierte en un chillido, que se transforma en un grito, y luego estoy de pie en el borde de Merciless Mart, gritando mientras la silla vuela hacia el suelo, gritando hasta que me quema la garganta. Luego, la silla cae al suelo, haciéndose añicos como un frágil esqueleto. Me

siento en la cornisa, apoyada en un lado del marco de la ventana, y cierro los ojos.

Y entonces pienso en Al.

Me pregunto cuánto tiempo se situó en el borde antes de que se lanzara, dentro del Foso de Intrepidez.

Él debió haber estado allí mucho tiempo, haciendo una lista de todas las cosas terribles que había hecho— cuando casi me mató es una de ellas— y otra lista de todas las cosas buenas, heroicas, valientes que él no había hecho, y luego decidió que estaba cansado. Cansado, no solo de la vida, sino de existir. Cansado de ser Al.

Abro los ojos, y miro los pedazos de silla que vagamente se pueden ver sobre el pavimento. Por primera vez siento que entiendo a Al. Estoy cansada de ser Tris. He hecho cosas malas. No puedo tomarlas de vuelta, y son parte de lo que soy. La mayor parte del tiempo, pareciera que son lo único que soy.

Me inclino hacia delante, en el aire, sosteniéndome del lado de la ventana con una mano. Otros cuantos centímetros y mi peso me tirarían al suelo. No sería capaz de pararlo.

Pero no puedo hacerlo. Mis padres perdieron la vida por amor a mí. Perderme sin una buena razón sería una terrible forma de pagarles por ese sacrificio, no importa lo que he hecho.

“Deja que la culpa te enseñe cómo comportarte la próxima vez”, decía mi padre.

“Te amo. No importa que”, decía mi madre.

Una parte de mí desea poder quemarlos de mi mente, así nunca tendría que llorar por ellos. Pero el resto de mí tiene miedo acerca de quién sería yo sin ellos.

Mis ojos borrosos de lágrimas, me bajo de vuelta a la sala de interrogación.

Vuelvo a mi cama temprano por la mañana, y Tobías ya está despierto. Él se gira y camina hacia los ascensores, y lo sigo, porque sé qué es lo que quiere. Nos paramos en el ascensor, uno al lado del otro. Oigo un zumbido en mis oídos.

El elevador se hunde en el segundo piso, y me pongo a temblar. Inicia en mis manos, pero se desplaza a mis brazos y mi pecho, hasta que un ligero estremecimiento pasa por todo mi cuerpo y no tengo ningún modo de pararlos. Estamos entre los elevadores, justo encima de otro símbolo de Sinceridad, escalas irregulares. El símbolo que señala también el medio de su columna vertebral.

Él no me mira por un largo tiempo. Permanece de pie con los brazos cruzados y la cabeza abajo hasta que ya no aguanto más, hasta que siento que podría gritar. Debo decir algo, pero no sé qué. No puedo pedir disculpas, porque solo dije la verdad, y no puedo cambiar la verdad por una mentira. No puedo dar excusas.

“No me dijiste”, dice. “¿Por qué no?”

“Porque yo no...”. Sacudo mi cabeza. “No sabía cómo.”

Frunce el ceño. “Es muy fácil, Tris”

“Oh sí”, digo, asintiendo. “Es muy fácil. Todo lo que tengo que hacer es ir a ti y decirte: ‘Por cierto, le disparé a Will, y ahora la culpa está rompiéndose en fragmentos, pero ¿Qué hay para desayunar?’, ¿verdad? ¿No es así?” De repente es demasiado, demasiado para contener. Las lágrimas llenan mis ojos, y yo le chillo, “¿Por qué no tratas de matar a uno de tus mejores amigos y luego le haces frente a la consecuencias?”

Me cubro la cara con mis manos. No quiero que me vea llorando otra vez. Me toca el hombro.

“Tris”, dice, suavemente esta vez. “Lo siento. No debería pretender que lo entiendo. Yo solo quería decir...” Lucha por un momento. “Me gustaría que confiaras en mi lo suficiente como para contarme cosas así.”

Confío en ti, es lo que quiero decir. Pero no es cierto —no confío en él para amarme a pesar de las cosas terribles que había hecho. No confío en nadie por hacer eso, pero ese no es su problema; es el mío.

“Quiero decir”, dice, “tuve que descubrir que casi te ahogas en un tanque de agua de Caleb ¿No te parece un poco extraño?”

Justo cuando estaba a punto de pedir disculpas.

Limpio mis mejillas fuertemente con las yemas de mis dedos y lo miro.

“Otras cosas parecen extrañas”, le digo, tratando de darle luz a mi voz. “Como descubrir que la madre supuestamente muerta de tu novio todavía está viva para ver en persona. U oír por casualidad sus planes de aliarse con los Sin Facción, pero nunca te dice nada al respecto. Eso me parece un poco extraño a mí.”

Él saca la mano de mi hombro.

“No pretendas que este es mi problema”, le digo. “Si yo no confío en ti, no confías en mí tampoco.”

“Pensé que llegaríamos a esas cosas tarde o temprano”, dice. “¿Tengo que decirte todo de inmediato?”

Me siento tan frustrada que ni siquiera puedo hablar por unos segundos. El calor llena mis mejillas.

“¡Dios, Cuatro!”, me quiebro. “No tienes que decirme todo de inmediato, ¿pero yo tengo que decirte todo de inmediato? ¿No puedes ver lo estúpido que es eso?”

“Primero, no utilices mi nombre como un arma contra mí”, dice, señalándome. “Segundo, no estaba haciendo planes para aliarme con los Sin Facción; solo lo estaba pensando. Si hubiera tomado una decisión, habría dicho algo. Tercero, esto habría sido diferente si hubieses tomado la decisión de decirme sobre Will en algún momento, pero es obvio que no lo hiciste.”

“¡Te dije acerca de Will!” Digo. “Eso no era el suero de la verdad; era yo. Lo dije porque lo escogí.”

“¿De qué estás hablando?”

“Estaba consciente. Bajo el suero. Yo podría haber mentido; podría haberlo ocultado. Pero no lo hice, porque pensé que merecías saber la verdad.”

“¡Qué manera de decírmelo!”, dice, frunciendo el ceño. “¡En frente de más de un centenar de personas! ¡Cuán íntimo!”

“Oh, ¿así que no es suficiente con que te lo haya dicho; sino que tenemos que estar en el lugar correcto?” levanto las cejas. La próxima vez, ¿debo preparar una taza de té y asegurarme de que la iluminación es correcta también?”

Tobías deja escapar un sonido frustrado y se aleja de mí, caminando unos pasos. Cuando se vuelve, sus mejillas están manchadas. No recuerdo haber visto su cara antes cambiar

de color.

“A veces”, dice en voz baja, “no es fácil estar contigo, Tris.” Mira hacia otro lado. Quiero decirle que sé que no es fácil, pero yo no lo habría hecho la semana pasada sin él. Pero solamente con mirarlo, mi corazón late con fuerza en mis oídos.

No puedo decirle que lo necesito. No lo puedo necesitar—punto. O en realidad, no podemos necesitarnos mutuamente, porque ¿Quién sabe cuánto tiempo cualquiera de nosotros va a durar en esta guerra?

“Lo siento”, le digo, toda mi rabia desapareció. “Deberías haber sido honesta contigo.”

“¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que tienes para decir?” Frunce el ceño.

“¿Qué más quieres que diga?”

Sacude su cabeza. “Nada, Tris. Nada.”

Lo veo alejarse. Siento como un espacio se ha abierto dentro de mí, expandiéndose tan rápido que me va a separar.

## **Capítulo catorce**

“Está bien, ¿qué diablos estás haciendo aquí?” demandó una voz.

Me siento en un colchón en medio del pasillo. Vine aquí a hacer algo, pero perdí mi tren de pensamiento cuando llegué, así que en cambio sólo me senté. Levanté la vista. Lynn—a quien conocí por primera vez cuando pisó los dedos de mis pies en el ascensor del edificio Hancock— se encuentra por encima de mí con las cejas arqueadas. Su cabello está creciendo—todavía es corto, pero ya no puedo ver su cráneo.

“Estoy sentada” digo. “¿Por qué?”

“Eres ridícula, eso es lo que eres”, suspira. Junta tus cosas. Eres Intrepidez, y es hora de que actúes como tal. Nos estás dando mala reputación entre los de Sinceridad.

“¿Cómo estoy haciendo eso exactamente?”

“Actuando como si no nos conocieras”.

“Sólo le estoy haciendo un favor a Christina”.

“Christina” Lynn bufra. “Es un cachorro enfermo de amor. Las personas mueren. Eso es lo que pasa en la guerra. Ella lo descubrirá tarde o temprano”.

“Sí, la gente muere, pero no siempre es tu buena amiga quien los mata”.

“Lo que sea” Lynn suspira impacientemente. “Vamos”.

No veo una razón para negarme. Me levanto y la sigo por una serie de pasillos. Se mueve a un ritmo acelerado, y es difícil mantenerle el paso.

“¿Dónde está tu aterrador novio” dice.

Mis labios se fruncen como si acabara de probar algo amargo.

“No es aterrador”.

“Seguro que no” sonrío.

“No sé dónde está”.

Se encoge de hombros. “Bueno, puedes tomar una litera para él, también. Estamos tratando de olvidar a esos bastardos niños Intrepidez/Sabiduría. Juntarnos otra vez.”

Me rio.

“Niños bastardos Intrepidez/Sabiduría, huh.

Empuja una puerta, y estamos en un cuarto largo y abierto que me recuerda al vestíbulo del edificio. Como es de esperar, los pisos son negros con un gran símbolo blanco en el centro de la habitación. Pero la mayor parte ha sido cubierta con literas. Hombres, mujeres y niños Intrepidez están por todas partes, y no hay un solo Sinceridad a la vista.

Lynn me lleva a la parte izquierda del cuarto y entre la fila de literas. Mira al chico sentado en una de las literas de abajo—es unos años menor que nosotros, y está tratando de deshacer un nudo de sus cordones.

“Hec “ella dice”, vas a tener que encontrar otra litera.

“¿Qué? De ninguna manera” dice, sin levantar la mirada. “No me voy a reubicar *de nuevo* sólo porque quieres tener una charla de media noche con una de tus estúpidas amigas”.

“Ella no es mi amiga” suelta Lynn. Casi me rio. Tiene razón—la primera cosa que hizo cuando me conoció fue pisotearme los pies “Hec, esta es Tris. Tris, este es mi hermano pequeño, Héctor”.

Al sonido de mi nombre, su cabeza se sacudió hacia arriba, y me miró fijamente, con la boca abierta.

“Encantada de conocerte” dije.

“Tú eres *Divergente*” dijo. “Mi mamá dice que me mantenga alejado de ti porque puedes ser peligrosa”.

“Sí. Ella es una gran y aterradora Divergente, y va a hacer que tu cabeza explote sólo con el poder de su cerebro” dice Lynn, golpeándolo entre los ojos con su dedo índice. “No me digas que realmente *crees* toda esas cosas de niños acerca de Divergente”.

Se puso rojo brillante y arrebató algunas cosas de una pila al lado de la cama. Me sentí mal por hacerlo moverse hasta que lo vi lanzar sus cosas a algunas literas de distancia. No tiene que irse muy lejos.

“Pude haber hecho eso” dije. “Dormir allá, quiero decir”.

“Sí, lo sé “Lynn sonrío”. Se lo merece. Llamó a Zeke traidor justo en frente de Uriah. No es como si no fuera verdad, pero no es razón para ser un idiota sobre eso. Pienso que

Sinceridad está apoderándose de él. Siente que puede decir lo que quiera. ¡Oye, Mar!

Marlene asoma la cabeza por una de las literas y me sonrío ampliamente.

“¡Hey, Tris!” dice Marlene. “Bienvenida. ¿Qué pasó, Lynn?”

“¿Puedes decirles a algunas de las chicas más pequeñas que renuncien a algunas piezas de ropa cada una?” dice Lynn. “No sólo camisas. Vaqueros, ropa interior, ¿tal vez un par de zapatos de repuesto?”

“Claro” dice Marlene.

Pongo mi cuchillo a un lado de la litera de abajo.

“¿A qué “cosas de niños” te referías?” dije.

“*Divergente* ¿Personas con poderes mentales especiales? Vamos” se encoge de hombros. “Sé que tú crees en eso, pero yo no”.

“¿Entonces cómo explicas que estuviera despierta durante las simulaciones” digo. “¿O resistir una entera?”

“Creo que los líderes escogen personas al azar y cambian las simulaciones para ellos”.

“¿Por qué harían eso?”

Ondea su mano en mi cara.

“Distracción. Estás demasiado ocupada preocupándote sobre el *Divergente*—como mi mamá—que olvidas preocuparte acerca de lo que los líderes están haciendo. Sólo es un tipo de control mental diferente.

Sus ojos eluden los míos, y patea el suelo de mármol con la punta de su zapato. Me preguntó si está recordando la última vez que estuvo en control mental. Durante la simulación del ataque.

He estado tan concentrada en que le pasó a Abnegación que casi olvidó que le sucedió a Intrepidez. Cientos de Intrepidez se despertaron para descubrir la marca negra de muerte en ellos, y ni siquiera lo escogieron para sí mismos.

Decido no discutir con ella. Si quiere creer en una conspiración gubernamental, no creo que pueda disuadirla. Tendría que experimentarlo por sí misma.



“Vengo con ropa de apoyo “dice Marlene, parándose en frente de nuestra litera. Sostiene un montón de ropa negra del tamaño de su torso, que me ofrece con una mirada orgullosa en su cara”. Incluso llene de culpa a tu hermana para que entregara un vestido, Lynn. Trajo tres.

“¿Tienes una hermana?” le pregunto a Lynn.

“Sí” dijo, “tiene dieciocho. Estaba en la clase de inicio de Cuatro”.

“¿Cómo se llama?”

“Shauna” dice. Mira a Marlene. Le *dije* que ninguna de nosotras necesitaría vestidos en un momento cercano, pero no me escuchó, como normalmente lo hace.

Recuerdo a Shauna. Es una de las personas que me atraparon después de la tirolesa.

“Pienso que hubiera sido más fácil pelear en un vestido” dice Marlene, golpeando su pecho. “Le daría a tus piernas más libertad de movimiento. ¿Y a quién le importa realmente si le das a la gente un vistazo de tu ropa interior, mientras te mantengas sacando la mierda de ellos?”

Lynn se queda en silencio, como si reconociera la chispa de brillantez pero no pudiera admitirlo.

“¿Qué dices sobre vistazos de ropa interior?” dice Uriah, parándose a un lado de nuestra litera. “Lo que sea, estoy dentro”.

Marlene lo golpea en el brazo.

“Algunos de nosotros vamos a ir esta noche al edificio Hancock” dice Uriah. “Deberías venir. Nos vamos a las diez”.

“¿Tirolesa?” dice Lynn.

“No. Vigilancia. Escuchamos que los Sabiduría mantienen sus luces prendidas toda la noche, lo que haría más fácil mirar por sus ventanas. Ver que están haciendo”.

“Iré” digo.

“Yo también” dice Lynn.

“¿Qué? Oh. Yo también” dice Marlene, sonriéndole a Uriah. “Voy a conseguir comida. ¿Quieres venir?”

“Seguro” dice él.

Marlene se despide mientras camina. Solía caminar con un ascenso en su paso, como si estuviera saltando. Ahora sus pasos son más suaves, más elegantes, tal vez; pero que carecen de la alegría infantil que asocio con ella. Me pregunto que hizo mientras estaba en la simulación.

Lynn frunce la boca.

“¿Qué?” digo.

“Nada” suelta. Sacude su cabeza. “Sólo que han estado pasando todo el tiempo solos últimamente.”

“Él necesita todos los amigos que pueda conseguir, suena como si, como con Zeke y los demás”.

“Sí. Que pesadilla fue aquello. Un día estaba aquí y al siguiente...” Suspira. No importa que tanto te entrenan para ser valiente, no sabes si lo son o no hasta que pasa algo real.”

Sus ojos se encuentran con los míos. Nunca me di cuenta lo extraños que son, cafés dorados. Y ahora que su cabello ha crecido un poco y su calvicie no es la primera cosa que veo, también me doy cuenta de su delicada nariz, sus labios llenos—es impresionante sin proponérselo. Estoy celosa por un momento, y después pienso que probablemente lo debe odiar, y por eso es que rapó su cabeza.

“Tú eres valiente” dice. “No necesitas que yo lo diga, porque ya lo sabes. Pero quiero que sepas que yo lo sé”.

Me está alagando, pero aun así siento como si me hubiera golpeado con algo.

Entonces agrega: “No lo arruines”.

Unas horas más tarde, después de haber almorzado y tomado una siesta, me siento en el borde de la cama para cambiar el vendaje de mi hombro. Me saco la camiseta, dejándome el suéter de tirantes—hay bastantes Intrepidez alrededor, reunidos entre las literas, riéndose de chistes de unos a otros. Acabo de terminar de aplicar más unguento curativo cuando escucho un grito de risa. Uriah pasa por el pasillo entre las camas con Marlene encima de su hombro. Ella me saluda mientras pasan, con la cara roja.

Lynn, quien está sentada en la litera de al lado, resopla. “No veo cómo él puede *coquetear*, con todo lo que está pasando”.

“¿Se supone que tiene que arrastrar los pies con el ceño fruncido todo el tiempo?” digo,

llegando por encima del hombro para presionar el vendaje en mi piel. “Tal vez puedes aprender algo de él”.

“Tú eres de la que hablas”, dice ella. “Siempre estas deprimida. Deberíamos empezar a llamarte Beatrice Prior, Reina de la Tragedia”.

Me levanto y le golpeo el brazo, más duro que si estuviera bromeando, más suave que si hablara en serio. “Cállate”.

Sin mirarme, mete mi hombro en la litera. “No acató las órdenes de Estiradas”.

Me doy cuenta de una ligera curva en su labio y reprimo una sonrisa por mí misma.

“¿Lista para ir?” Dice Lynn.

“¿Adónde vas?”, Dice Tobías, deslizándose entre su cama y la mía para estar en el pasillo con nosotras. Mi boca se siente seca. No hablé con él en todo el día, y no estoy segura de qué esperar. ¿Va a ser difícil, o vamos a volver a la normalidad?

“Arriba del edificio Hancock para espiar a los Sabiduría”, dice Lynn. “¿Quieres venir?”

Tobías me da un vistazo. “No, tengo un par de cosas que atender acá. Pero tengan cuidado”.

Asiento. Sé por qué él no quiere venir—Tobías trata de evitar alturas, si es posible. Me toca el brazo, sosteniéndome por solo un momento. Me pongo tensa—no me ha tocado desde antes de nuestra pelea—y me libera.

“Nos vemos más tarde”, murmura. “No hagas nada estúpido”.

“Gracias por el voto de confianza”, le digo, con el ceño fruncido.

“No quise decir eso”, dice. “Quiero decir, que no dejes que nadie haga nada estúpido. Te van a escuchar”.

Se inclina hacia mí como si me fuera a besar, después parece pensarlo mejor y se inclina hacia atrás, mordiéndose el labio. Es un pequeño acto, pero aun así se siente como un rechazo. Evito sus ojos y corro detrás de Lynn.

Lynn y yo caminamos por el pasillo hacia el ascensor. Algunos de los Intrepidez han comenzado a marcar las paredes con cuadrados de colores. El recinto de Sinceridad es como un laberinto para ellos, y quieren aprender a navegarlo. Sólo sé cómo llegar a los lugares más básicos: la zona para dormir, la cafetería, el vestíbulo, y la sala de interrogatorios.

“¿Por qué todo el mundo se fue del recinto de Intrepidez?” digo. “¿Los traidores no están allí, verdad?”

“No, están en la sede de Sabiduría. Nos fuimos porque el recinto de Intrepidez tiene más cámaras de vigilancia que cualquier otra zona de la ciudad”, dice Lynn. “Sabíamos que Sabiduría probablemente podría tener acceso a todo el metraje, y que tardaríamos una eternidad en encontrar todas las cámaras, por lo que pensamos que era mejor irnos”.

“Inteligente”.

“Tenemos nuestros momentos”. Lynn empuja el dedo en el botón correspondiente a la primera planta. Me quedo mirando nuestras reflexiones en las puertas. Ella es más alta que yo por unos pocos centímetros, y su camisa y pantalones holgados tratan de oscurecerlo, puedo decir que su cuerpo se encorva y curva como se supone que debe.

“¿Qué?”, Dice, frunciéndome el ceño.

“¿Por qué te afeitaste la cabeza?”

“Iniciación”, dice ella. “Me encanta Intrepidez, pero los chicos de Intrepidez no ven a las chicas Intrepidez como una amenaza durante la iniciación. Me cansé de ello. Así que pensé que si no me veía tanto como una chica, a lo mejor ellos no me mirarían de esa manera”.

“Creo que podrías haber utilizado esa subestimando para tu ventaja”.

“Sí, ¿y qué? ¿Actuó toda desvanecida cada vez que algo aterrador da la vuelta?” Lynn roda los ojos. “¿Crees que tengo cero dignidad o algo así?”

“Creo que un error que los Intrepidez cometen es negarse a ser astutos”, le digo. “No siempre tienes que golpear a la gente en la cara con lo fuerte que seas”.

“Tal vez deberías vestirse de azul a partir de ahora”, dice ella, “si vas a actuar como una Sabiduría. Además, tú haces lo mismo, pero sin afeitarte la cabeza”.

Me deslizo fuera del ascensor antes de decir algo que lamentaré. Lynn es rápida para perdonar, pero rápida para encenderse, como la mayoría de Intrepidez. Como yo, excepto por la parte ‘rápida para perdonar’.

Como de costumbre, algunos Intrepidez con armas largas cruzan ida y vuelta en frente de las puertas, buscando intrusos. Justo en frente de ellos se encuentra un pequeño grupo de jóvenes Intrepidez, incluyendo Uriah; Marlene; la hermana de Lynn, Shauna; y Lauren, que les enseñó a los iniciados nacidos en Intrepidez como Cuatro nos enseñó a los transferidos de facciones durante la iniciación. Su oreja brilla cuando mueve la cabeza—está perforada de arriba a abajo.

Lynn para de repente, y piso sus talones. Ella jura.

“Qué encantadora estás”, dice Shauna, sonriendo a Lynn. Ellas no se ven muy parecidas, excepto por el color de cabello, que es un marrón medio, pero el de Shauna es largo hasta la barbilla, como el mío.

“Sí, ese es mi objetivo. Ser encantadora”, responde Lynn.

Shauna pasa un brazo sobre los hombros de Lynn. Es extraño ver a Lynn con una hermana—de ver a Lynn conectada a otra persona en absoluto. Shauna me mira, su sonrisa desaparece. Ella se ve cuidadosa.

“Hola”, digo, porque no hay nada más que decir.

“Hola”, dice ella.

“Oh, Dios, ¿mamá habló contigo también, no es así?”. Lynn se cubre el rostro con una mano.  
“Shauna”

“Lynn. Mantén la boca cerrada, por una vez”, dice Shauna, sus ojos todavía en mí. Ella parece tensa, como si pensara que podría atacarla en cualquier momento. Con mis poderes cerebrales especiales.

“¡Oh!”, Dice Uriah, rescatándome. “Tris, ¿conoces a Lauren?”

“Sí”, dice Lauren, antes de que pueda contestar. Su voz es nítida y clara, como si estuviera regañándolo, excepto que parece ser la forma en que ella suena naturalmente. “Pasó por mi paisaje de miedo en la práctica durante la iniciación. Así que me conoce mejor de lo que debería, probablemente”.

“¿En serio? Pensé que los transferidos iban a través del paisaje de Cuatro”, dice Uriah.

“Como si él dejara a alguien hacer eso”, dice ella, resoplando.

Algo dentro de mí se pone caliente y suave. Él me dejó pasar por él. Veo un destello de color azul sobre el hombro de Lauren, y miro a su alrededor para tener una mejor visión. Luego, las armas se disparan.

Las puertas de cristal estallan en fragmentos. Soldados de Intrepidez con brazaletes azules están de pie en la acera, portando armas de fuego que nunca he visto antes, armas con haces estrechos, una luz azul fluye desde encima de sus barriles.

“¡Traidores!” Alguien grita.

Intrepidez saca sus armas de fuego, casi al unísono. Yo no tengo una, así que me agacho detrás de la pared de Intrepidez leales delante de mí, mis zapatos hacen crujir trozos de cristal, y tiro mi cuchillo de mi bolsillo trasero. Todo a mi alrededor, la gente cae al suelo. Mis

compañeros miembros de facción. Mis amigos más cercanos. Todos ellos caen—deben estar muertos, o muriendo—mientras el golpe ensordecedor de las balas de llena mis oídos.

Entonces me congelo. Una de las luces azules se fija en mi pecho. Me sumerjo de lado para salir de la línea de fuego, pero no me muevo lo suficientemente rápido.

El arma se dispara. Caigo.

## Capítulo quince

El dolor cede a un dolor sordo. Deslizo mi mano debajo de mi chaqueta y siento la herida.

No estoy sangrando. Pero la fuerza de la bala me tiró al suelo, por lo que tuve que haber sido golpeada con algo. Paso los dedos por encima de mi hombro, y siento un bulto duro en la piel que solía ser suave.

Escucho un crujido en el suelo al lado de mi cara, y un cilindro de metal del tamaño de mi mano rueda hasta pararse contra mi cabeza. Antes de que lo pueda mover, humo blanco sale de los dos extremos. Toso, y lo arrojo lejos de mí, más profundo en el vestíbulo. No es el único cilindro, sin embargo—ellos están en todas partes, llenando la habitación con un humo que no quema ni arder. De hecho, sólo oscurece mi visión durante unos segundos antes de evaporarse completamente.

*¿Cuál fue el punto de eso?*

Tendidos en el suelo a mí alrededor los soldados de Intrepidez están con los ojos cerrados. Frunzo el ceño mientras miro a Uriah de arriba hacia abajo—él no parece estar sangrando. No veo ninguna herida cerca de sus órganos vitales, lo que significa que no está muerto. Entonces, ¿que lo dejó inconsciente? Miro por encima de mi hombro izquierdo, donde Lynn cayó en una extraña, posición medio curvada. Ella también está inconsciente.

Los traidores de Intrepidez entran en el vestíbulo, con sus armas levantadas. Me decido a hacer lo que siempre hago cuando no estoy segura de lo que está pasando: actúo como todos los demás. Dejo caer mi cabeza y cierro los ojos. Mi corazón late fuerte mientras los pasos de los Intrepidez se acercan más y más, sonando en los suelos de mármol. Me muerdo la lengua para reprimir un grito de dolor cuando uno de ellos camina sobre mi mano.

“No sé por qué no podemos dispararles a todos en la cabeza”, dice uno de ellos. “Si no hay ejército, ganamos”.

“Ahora, Bob, no podemos solo matarlos a *todos*”, dice con voz fría.

El pelo en la parte de atrás de mi cuello se para. Reconocería esa voz en cualquier lugar. Pertenece a Eric, uno de los líderes de Intrepidez.

“Sin personas significa que no queda nadie para crear condiciones de prosperidad”, continúa Eric. “De todos modos, no es tu trabajo hacer preguntas”. Levanta su voz. “¡La mitad en los ascensores, la mitad en las escaleras, izquierda y derecha! ¡Vayan!”

Hay un arma de fuego a pocos metros a mi izquierda. Si abro los ojos, puedo agarrarla y disparar antes de que él sepa que le golpeó. Pero no hay garantías de que fuera capaz de tocarla sin entrar en pánico de nuevo.

Espero hasta escuchar los últimos pasos desapareciendo detrás de la puerta del ascensor

o del hueco de la escalera antes de abrir los ojos. Todo el mundo en el vestíbulo parece estar inconsciente. Lo que sea que es el gas con los que nos rociaron, tiene que ser un inductor para simulación o no sería la única despierta. No tiene ningún sentido—no sigue con las reglas de la simulación que conozco—pero no tengo tiempo para pensar en eso.

Agarro mi cuchillo y me levanto, tratando de ignorar el dolor en mi hombro. Corro hacia uno de los traidores Intrepidez muertos cerca de la puerta. Era de mediana edad, hay toques de gris en su cabello oscuro. Trato de no mirar a la herida de bala en su cabeza, pero la poca luz ilumina algo que parece ser el hueso, y me atraganto.

*Piensa.* No me importa quién era ella, o cuál era su nombre, o qué edad tenía. Solo me importa el brazalete azul que lleva. Tengo que centrarme en eso. Trato de conectar mi dedo alrededor de la tela, pero no se suelta. Parece que está adherida a la chaqueta negra. Voy a tener que tener que tomarla, también.

Me desabrocho la chaqueta y la lanzo sobre su cara, así no tengo que mirarla. Luego desabrocho su chaqueta y tiro de ella, primero su brazo izquierdo, y luego su brazo derecho, apretando los dientes mientras la deslizo por debajo de su pesado cuerpo.

“Tris”, alguien dice. Me doy la vuelta, la chaqueta en una mano, el cuchillo en la otra. Pongo el cuchillo lejos—los Intrepidez invasores no los llevaban, y no quiero llamar la atención.

Uriah está detrás de mí.

“¿Divergente?” pregunto. No hay tiempo para estar sorprendida.

“Sí”, dice.

“Consigue una chaqueta”, le digo. Él se agacha junto a otro de los traidores Intrepidez, este es joven, ni siquiera tenía la edad suficiente para ser un miembro de Intrepidez. Me estremezco a la vista de su cara pálida—como la muerte. Alguien tan joven no debería estar muerto; ni siquiera debería haber estado aquí en primer lugar.

Mi cara se calienta de ira, me encojo de hombros en la chaqueta de la mujer. Uriah saca su propia chaqueta su boca en una muesca.

“Ellos son los únicos que están muertos”, dice en voz baja. “¿Algo te parece equivocado?”

“Tienen que haber sabido que dispararíamos contra ellos, pero vinieron de todas formas”, le digo. “Las preguntas más tarde. Tenemos que llegar hasta arriba”.

“¿Arriba? ¿Por qué?”, Dice. “Debemos salir de aquí”.



“¿Quieres salir corriendo antes de saber lo que está pasando?” le frunzo el ceño. “¿Antes de que los Intrepidez del piso de arriba sepan que los golpeó?”

“¿Qué pasa si alguien nos reconoce?”

Me encojo de hombros. “Sólo tenemos que esperar que no lo hagan”.

Doblo hacia el hueco de la escalera, y él me sigue. Tan pronto como mi pie toca el primer escalón, me pregunto qué en la tierra me propongo hacer. Obligadamente hay más Divergentes en este edificio, pero ¿ellos saben que lo son? ¿Sabrán cómo esconderse? Y ¿qué espero obtener al sumergirme en el ejército de traidores de Intrepidez?

Muy dentro de mí sé la respuesta: estoy siendo imprudente. Probablemente no voy a ganar nada. Probablemente voy a morir.

Y más inquietante aún: Realmente no me importa.

“Van a trabajar su camino hacia arriba”, le digo entre respiraciones. “Así que deberías... ir al tercer piso. Diles que... evacuen. Silenciosamente”.

“¿A dónde vas tú entonces?”

“Piso dos”, le digo. Meto mi hombro en la puerta del segundo piso. Sé lo que hacer en el segundo piso: buscar a los Divergentes.

Mientras camino por el pasillo, pasando por encima de las personas inconscientes, vestidas de negro y blanco, pienso en un verso de la canción que los niños de Sinceridad suelen cantar cuando pensaban que nadie los podía escuchar:

***Intrepidez es el más cruel de los cinco  
Se desgarran entre sí en pedazos....***

Nunca me pareció más real que ahora, viendo a los traidores de Intrepidez inducir a una simulación en sueños que no es tan diferente de la que los obligó a matar a los miembros de Abnegación, no hace un mes.

Somos la única facción que podría dividirse de esta manera. Concordia no permitiría una división; nadie en Abnegación sería tan egoísta; Sinceridad discutiría hasta que encontraran una solución común, e incluso Sabiduría nunca haría algo tan ilógico. Realmente somos la facción más cruel.

Paso por encima de un brazo cubierto y una mujer con la boca abierta, y tarareo el

comienzo del siguiente verso de la canción bajo mi respiración.

***Sabiduría es el más frío de los cinco  
El conocimiento es algo caro....***

Me pregunto cuando se dio cuenta Jeanine que Sabiduría e Intrepidez harían una combinación mortal. La crueldad y la fría lógica, al parecer, pueden lograr casi cualquier cosa, incluso poner una facción y media a dormir.

Puedo escanear rostros y cuerpos mientras camino, buscando respiraciones irregulares, parpadeos, algo que sugiera que la gente tirada en el piso está fingiendo estar inconsciente. Hasta el momento, todas las respiraciones son uniformes y todos los párpados quietos. Tal vez ninguno de los Sinceridad es Divergente.

“¡Eric!” escucho a alguien gritar desde el pasillo. Aguanto la respiración cuando camina derecho hacia mí. Trato de no moverme. Si me muevo, me verá, y me va a reconocer, lo sé. Miro hacia abajo, y me tensó tanto que tiemblo. *No me mires no me mires no me mires...*

Eric pasa delante de mí y por el pasillo a mi izquierda. Debo continuar mi búsqueda lo más rápido posible, pero la curiosidad me impulsa hacia quien llamó a Eric. El grito sonó urgente.

Cuando levanto mis ojos, veo a un soldado de pie junto a mujer Intrepidez arrodillada. Ella lleva una blusa blanca y una falda negra, y tiene sus manos detrás de la cabeza. La sonrisa de Eric se ve codiciosa, incluso de perfil.

“Divergente”, dice. “Bien hecho. Tráela a los ascensores. Vamos a decidir cuáles matar y cuáles llevaremos más tarde”.

El soldado Intrepidez agarra a la mujer por el cabello y se dirige hacia el ascensor, arrastrándola detrás de él. Ella grita y después se pone de pie, inclinándose. Trato de tragar, pero se siente como si tuviera una bola de algodón en la garganta.

Eric sigue por el pasillo, lejos de mí, y trato de no mirar mientras la mujer Sinceridad tropieza delante de mí, con el pelo todavía están atrapados en el puño del soldado de Intrepidez. Para ahora sé cómo funciona el terror: dejo que me controle durante unos segundos, y luego me obligo a actuar.

*Uno... dos... tres...*

Empiezo a caminar hacia adelante con un nuevo sentido de propósito. Mirar a cada persona para ver si está despierta está tomando demasiado tiempo. La próxima persona

inconsciente que me encuentro, doy un paso fuerte en su dedo meñique. No hay respuesta, ni siquiera un tic. Camino por encima de ellos y busco el dedo de la siguiente persona, presionando fuertemente con la punta de mi zapato. No hay respuesta tampoco.

Escucho a alguien gritar, “¡Tengo uno!” lejos por el pasillo y comienzo a sentirme desesperada. Salto sobre un hombre caído después una mujer, a lo largo de niños, adolescentes y ancianos, caminando en sus dedos o estómagos o tobillos, buscando signos de dolor. Apenas veo sus caras después de un tiempo, pero aun así no obtengo respuesta. Estoy jugando al escondite con los Divergentes, pero no soy la única persona que está en ‘eso’.

Y entonces sucede. Me paro en el dedo meñique de una niña Sinceridad, y su cara hace una mueca. Solo un poco—un impresionante intento de ocultar el dolor—pero lo suficiente como para captar mi atención.

Miro por encima de mi hombro para ver si alguien está cerca de mí, pero todos pasaron al pasillo central. Compruebo la escalera más cercana—hay una a solo tres metros de distancia, por un pasillo lateral a mi derecha. Me agacho junto a la cabeza de la niña.

“Hey, niña”, le digo lo más silenciosamente que puedo. “Está bien. No soy una de ellos”. Sus ojos se abren, sólo un poco. “Hay una escalera a unos tres metros de distancia”, digo. “Te diré cuando nadie está mirando, y después tienes que correr, ¿entiendes?”

Ella asiente.

Me levanto y giro en un círculo lento. Un traidor de Intrepidez a mi izquierda está mirando a otro lado, empujando un Intrepidez inconsciente con el pie. Dos traidores de Intrepidez detrás de mí se están riendo de algo. Uno frente a mí está en mi dirección, pero luego levanta la cabeza y empieza a bajar el pasillo de nuevo, lejos de mí.

“Ahora”, digo.

La niña se levanta y corre hacia la puerta de la escalera. La miro hasta que la puerta se cierra, y veo mi reflejo en una de las ventanas. Pero no estoy sola, parada en un pasillo de personas que duermen, como pensaba. Eric está de pie justo detrás de mí.

Miro a su reflexión, y él me mira. Podría romper para él. Si me muevo lo suficientemente rápido, él podría no tener los reflejos para tomarme. Pero sé, aun cuando la idea se me ocurre, que no voy a ser capaz de correr más rápido. Y no voy a ser capaz de pegarle un tiro, porque no tomé un arma.

Me doy la vuelta, levantando el codo mientras lo hago, y lo lanzó hacia la cara de Eric.

Golpeo el extremo de su barbilla, pero no lo suficiente como para hacer cualquier daño. Él me agarra el brazo izquierdo con una mano y me presiona el cañón del arma en la frente con la otra, sonriéndome.

“No entiendo”, dice, “cómo podrías ser tan estúpida como para venir aquí sin arma”.

“Bueno, soy lo suficientemente inteligente como para hacer esto”, le digo. Pisando duro en el pie que dispare hace menos de un mes atrás. Él grita, su cara retorciéndose, e impulsa la culata del arma a mi mandíbula. Apreté los dientes para reprimir un gemido. Sangre corre por mi cuello—me rompió la piel.

A través de todo eso, su agarre en mi brazo no se afloja ni una vez. Pero el hecho de que no me acaba de disparar en la cabeza me dice una cosa: Él no tiene permitido matarme todavía.

“Me sorprendí al descubrir que aún estabas viva”, dice él. “Teniendo en cuenta que soy el que le dijo a Jeanine que construya el tanque de agua sólo para ti”.

Trato de averiguar qué puedo hacer que sea lo suficientemente doloroso como para que me suelte. Acaba de decidir sobre una patada a la ingle cuando se desliza detrás de mí y me agarra los brazos, apretándose contra mí, así que apenas puedo mover los pies. Sus uñas se clavan en mi piel, y aprieto los dientes, tanto por el dolor como por la horrible sensación de su pecho sobre mi espalda.

“Ella pensó que estudiar la reacción de uno de los Divergentes en una versión en la vida real de una simulación sería fascinante”, dice él, y me presiona hacia delante así que tengo que caminar. Su aliento me hace cosquillas en el pelo. “Y yo estaba de acuerdo. Verás, el ingenio—una de las cualidades que más valoramos en Sabiduría—requiere de la creatividad”.

Él retuerce las manos entonces los callos rozan mis brazos. Puedo cambiar mi cuerpo ligeramente hacia la izquierda mientras camino, tratando de posicionar uno de mis pies entre sus pies que avanzan. Me doy cuenta con placer feroz que está cojeando.

“A veces la creatividad parece un desperdicio, ilógica... a menos que sea hecho por un propósito mayor. En este caso, la acumulación de conocimiento”.

Dejo de caminar lo suficiente como para levantar mi talón, fuerte, entre sus piernas. Un grito agudo tira en su garganta, pero lo detuvo antes de que realmente comenzara, y sus manos se relajaron por un momento. En ese momento, giro mi cuerpo tan fuerte como puedo y me libero. No sé por dónde voy a correr, pero tengo que correr, tengo que—”

Él me agarra del codo, tirándome hacia atrás, y empuja su dedo en la herida de mi hombro, torciéndolo hasta que el dolor hace que mi visión se ponga negra en los bordes, y grito con todo mis pulmones.

“Creo recordar en las imágenes en el tanque de agua que recibiste un disparo en ese hombro”, dice. “Parece que tenía razón”.

Mis rodillas tiemblan debajo de mí, y me agarra el cuello de la chaqueta casi sin cuidado, arrastrándome hacia el ascensor. La tela se clava en mi garganta, me ahoga, y me tropiezo después de él. Mi cuerpo vibra con dolor persistente.

Cuando llegamos a la orilla del ascensor, me obliga a ponerme de rodillas junto a la mujer Sinceridad que vi antes. Ella y otros cuatro se sientan entre las dos filas de ascensores, mantenidos en su lugar por Intrepidez armados.

“Quiero un arma en ella en todo momento”, dice Eric. “No sólo dirigida a ella. *En ella*”.

Un hombre Intrepidez empuja el cañón de un arma en la parte trasera de mi cuello. Formando un círculo frío en mi piel. Levanto mis ojos a Eric. Su cara es de color rojo, sus ojos aguosos.

“¿Qué te pasa, Eric?” digo, alzando las cejas. “¿Tienes miedo de una pequeña chica?”

“No soy tonto”, dice, empujándose las manos por el pelo. “Ese acto de la pequeña niña pudo haber funcionado en mí antes, pero no va a funcionar de nuevo. Eres el mejor perro de ataque que tienen”. Él se inclina más cerca de mí. “Es por eso que me voy a asegurar que va a pongan a dormir muy pronto”.

Una de las puertas del ascensor se abre, y un soldado Intrepidez empuja a Uriah—cuyos labios están manchados con sangre—hacia la corta fila de Divergentes. Uriah me mira, pero no puedo leer su expresión lo suficientemente bien como para saber si tuvo éxito o no. Si él está aquí, probablemente no. Ahora van a encontrar a todos los Divergentes en el edificio, y la mayoría de nosotros va a morir.

Probablemente debería tener miedo. Pero en vez de eso una risa histérica burbujas dentro de mí, porque me acabo de acordar de algo: Tal vez no pueda sostener un arma. Pero tengo un cuchillo en mi bolsillo trasero.

## ***Capítulo dieciséis***

Muevo mi mano de nuevo, centímetro a centímetro, así que él soldado que está apuntando con un arma hacia mí no se da cuenta. Las puertas del ascensor se abren otra vez, trayendo más Divergentes con más de traidores de Intrepidez. La mujer de Sinceridad a mi derecha gime. Hebras de su cabello se pegan a sus labios, que están mojados con saliva o lágrimas, No lo puedo decir.

Mi mano llega a la esquina de mi bolsillo trasero. Me mantengo constante, mis dedos temblando de anticipación. Tengo que esperar al momento justo, cuando Eric se encuentre cerca.

Me concentro en la mecánica de la respiración, imaginando al aire llenando cada parte de mis pulmones mientras lo inhalo, después recuerdo mientras lo exhalo como toda mi sangre, oxigenada y desoxigenada, viaja desde y hasta el mismo corazón.

Es más fácil pensar en la biología, que en la línea de Divergentes sentados delante de los ascensores. Un niño de Sinceridad que no puede ser mayor de once años se sienta a mi izquierda. Es más valiente que la mujer de mi derecha—mira al soldado de Intrepidez frente a él, inquebrantable.

Aire adentro, aire afuera. La sangre empuja todo el camino a mis extremidades—el corazón es un músculo potente, el músculo más fuerte en el cuerpo en términos de longevidad. Más Intrepidez llegan, presentan los exitosos informes de los barridos de los pisos específicos de Merciless Mart. Centenares de personas inconscientes en el suelo, disparados con algo más que balas, y no tengo ni idea de por qué.

Pero estoy pensando en el corazón. Ya no en mi corazón, sino en el de Eric, y en lo vacío que su pecho sonará cuando su corazón no este latiendo. A pesar de lo mucho que lo odio, realmente no quiero matarlo, al menos no con un cuchillo, cerca de donde poder ver la vida dejándolo. Pero tengo una última oportunidad de hacer algo útil, y si quiero golpear a Sabiduría dónde le duele, tengo que tomar a uno de sus líderes.

Me doy cuenta de que nadie trajo a la niña Sinceridad a la que alerté en los ascensores, lo que significa que debe haber escapado. Bien.

Eric junta sus manos en la espalda y comienza a caminar, ida y vuelta, ante la línea de Divergentes.

“Mis órdenes son tomar sólo dos de vosotros de vuelta a Sabiduría para hacer pruebas” dice Eric. “El resto de ustedes han de ser ejecutados. Hay varias maneras de determinar quién de entre vosotros será el menos útil para nosotros”.

Sus pasos se vuelven lentos cuando se me acerca. Pongo tensos mis dedos, a punto de agarrar el mango del cuchillo, pero él no está lo suficientemente cerca. Sigue caminando y

se detiene frente al niño a mi izquierda.

“El cerebro se termina de desarrollar a la edad de veinticinco años”, dice Eric. “Por tanto, tu Divergencia no está completamente desarrollada”.

Él saca su arma y dispara.

Un grito ahogado salta mi cuerpo mientras el niño cae al suelo, y aprieto los ojos cerrados. Cada músculo de mi cuerpo se tensa hacia él, pero me retengo. Espera, espera, espera. No puedo pensar en el niño. Espera. Me obligo a mantener mis ojos abiertos y parpadear para sacar las lágrimas de ellos.

Mi grito logro una cosa: ahora Eric está delante de mí, sonriendo. Llame su atención.

“Tú también eres bastante joven”, dice. “En ninguna parte cerca de terminar el desarrollo”.

Da un paso hacia mí. Mis dedos están una pulgada más cerca del mango del cuchillo.

“La mayor parte de los Divergentes obtienen dos resultados en la prueba de aptitud. Algunos sólo consiguen una. Nadie ha conseguido tres, no por la aptitud, sino simplemente porque en orden para obtener ese resultado, tienes que negarte a elegir algo”, dice, acercándose aún más. Inclino mi cabeza hacia atrás para mirarlo, a todo el metal brillante en su cara, a sus ojos vacíos.

“Mis superiores sospechan que tú tienes dos, Tris”, dice.” Ellos no creen que tú seas tan compleja—sólo una mezcla uniforme de Abnegación e Intrepidez—desinteresada hasta el punto de la idiotez. ¿O es valiente hasta el punto de la idiotez?”

Cierro mi mano alrededor del mango del cuchillo y apretó. Él se acerca más.

“Entre tú y yo... creo que podrías haber llegado a tres, porque tú eres del tipo de persona obstinada, que sería capaz de negarse a hacer una simple elección sólo porque se le dice”, dice. “¿Te importaría iluminarme?”

Tambaleándome hacia delante, tiro mi mano del bolsillo. Cierro mis ojos mientras levanto el cuchillo hacia arriba y hacia él. No quiero ver su sangre.

Siento el cuchillo entrar y luego tiro de él hacia atrás. Mi cuerpo entero late al ritmo de mi corazón. La parte trasera de mi cuello esta pegajosa por el sudor. Abro los ojos, mientras Eric cae en el suelo, y entonces el caos.

Los traidores de Intrepidez no está sosteniendo armas letales, las únicas que tienen son

con las que dispararon antes lo que sea que fuere, así que todos pelearon para buscar sus armas reales. Mientras lo hacen, Uriah se lanza a uno de ellos y lo golpea duro en la mandíbula. La vida sale de los ojos del soldado y se cae, fuera de combate. Uriah toma el arma del soldado y comienza a disparar contra los Intrepidez más cercano a nosotros.

Alcanzo a buscar el arma de Eric, tan en pánico que apenas puedo ver, y cuando miro hacia arriba, juro que la cantidad de Intrepidez en la sala se duplicó. Disparos llenan mis oídos, y se me caigo al suelo cuando todo el mundo comienza a correr. Mis dedos rozan el cañón del arma, y me estremezco. Mis manos están demasiado débiles para agarrarla.

Un pesado brazo se envuelve alrededor de mis hombros y me empuja hacia la pared. Mi hombro derecho arde, y veo el símbolo de Intrepidez tatuado en la parte posterior del cuello. Tobías se da vuelta, se agacha a mí alrededor para protegerse de los disparos, y dispara.

“¡Dime si alguien está detrás de mí!”, Dice.

Me asomo por encima del hombro, doblando las manos en puños en torno a su camisa.

Hay más Intrepidez en la sala, Intrepidez sin el brazalete azul—leales a Intrepidez. Mi facción. Mi facción ha llegado a salvarnos. ¿Cómo están despiertos?

Los traidores de Intrepidez corren lejos de los ascensores. No estaban preparados para un ataque, no desde todos los lados. Algunos de ellos luchan, pero la mayoría huyen por las escaleras. Tobías dispara una y otra vez, hasta que su arma se queda sin balas, y el gatillo hace el sonido de click en su lugar. Mi visión está muy borrosa por las lágrimas y mis manos demasiado inútiles para disparar un arma. Grito a través de mis dientes apretados, frustrada. No puedo evitarlo. No valgo nada.

En el suelo, Eric suelta gemidos. Aún con vida, por ahora.

Los disparos cesan gradualmente. Mi mano está mojada. Una visión de rojo me dice que está cubierta de sangre—la de Eric. La limpio en mis pantalones y trato de parpadear y alejar las lágrimas. Mis oídos suenan.

“Tris”, dice Tobías. “Puedes bajar el cuchillo ahora”.